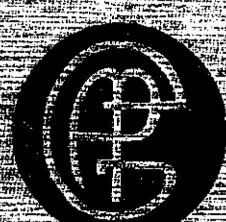
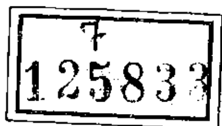


E. GÓMEZ CARRILLO

PÁGINAS ESCOGIDAS



Garnier Hermanos



Páginas Escogidas



Fot. Biedma. — Madrid.

E. Gomez Carrillo

E. GÓMEZ CARRILLO



Páginas Escogidas

OBRA

ADOPTADA COMO TEXTO DE LECTURA

EN ALGUNAS ESCUELAS DE AMÉRICA



PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

[redacted]

LA PSICOLOGÍA DEL VIAJERO

La afición por los viajes va convirtiéndose, según las estadísticas de las agencias ferroviarias y marítimas, en una pasión inquietante. Lo de inquietante no son las agencias las que lo dicen. Son los psicólogos, son los filósofos, son los moralistas... Porque esos doctos directores espirituales de nuestro siglo laico, están muy tentados de creer que el viaje, como método de estudio y de penetración intelectual, no tardará mucho en hacer bancarrota.

Ellos eran, sin embargo, los que, ayer, nos aseguraban que el único medio de conocer á los pueblos lejanos y de establecer corrientes de simpatía cosmopolita, es entablar relaciones directas con los países extranjeros. « Id á Alemania, id á Inglaterra, id á Italia y veréis lo que en el fondo son los hombres en esos países. » Pero hoy, á causa del triunfo inesperado del nacionalismo literario, ya no nos dicen eso, sino que, casi, casi, nos dicen lo contrario...



Hay que leer, en efecto, el capítulo que cierra el último libro de viajes de Paul Bourget, para comprender la gran desilusión de los que buscaban una enseñanza filosófica en las excursiones lejanas.

¿Para qué viajar, se pregunta, puesto que jamás podemos conocer las almas de los hombres de otros países? ¿Para qué ir á lugares remotos en busca de documentos humanos, puesto que ni siquiera somos capaces de descifrar los documentos de nuestra propia patria, de nuestra propia familia, de nuestro propio ser?... El *conócete á ti mismo* de los griegos, es una fantasía engañadora. No nos conoceremos nunca, como nunca conoceremos á nuestros semejantes.

Una de las pruebas que Bourget aduce para demostrar nuestra ceguedad, es la divergencia entre los diversos análisis de un tipo cualquiera de los más profundamente estudiados por los novelistas modernos. Luego agrega :

« ¿Cómo tener, pues, la presuntuosa pretensión de ver, en tres meses ó en un año, el interior de las almas extranjeras, es decir, de almas diferentes á las nuestras?... »

Es una locura, en efecto, eso de querer, como

aquel gran poeta que se llamó Hipólito Taine, sorprender el fondo de un pueblo por los signos exteriores de su vida. Lo exterior, el barniz, es casi uniforme en el mundo entero. Las levitas y los sombreros hongos, han nivelado el tipo humano. En Londres como en Berlín, y en Nueva York como en Buenos Aires, el hombre vive del mismo modo, se viste del mismo modo, habla del mismo modo y en las cuestiones generales piensa poco más ó menos del mismo modo. El cuerpo y el cerebro, obedecen á la fuerza formidable de la solidaridad cosmopolita. Pero hay algo más personal que la fisonomía, algo más íntimo que las ideas, y eso no está ni estará nunca nivelado, porque eso es el sentimiento, el alma, el instinto. « Á medida que he viajado — dice Bourget — he ido adquiriendo la convicción de que, entre los pueblos, la civilización no ha establecido sino semejanzas superficiales. En cuanto al fondo, cada raza conserva el suyo. Yo personalmente he trabajado mucho para tratar de conocer el alma inglesa. He vivido en Oxford, con estudiantes y fellows; en Londres, con literatos y hombres de salón; en Irlanda, con clérigos y landlords; en Escocia, con turistas y negociantes; en Florencia, con estetas. Pues bien : si tuviera que resumir mis impresiones, me tendría que contentar con decir que noventa y nueve veces por ciento, hay entre un anglo-sajón y un galo-romano una diferencia de sentimientos y de ideas

invencibles.» Ya lo veis... Y si esto acontece á quien, después de una larga preparación estudiosa, se consagra durante años y años á escudriñar una sola alma extranjera, ¿ qué debiéramos decir los petulantes psicólogos que tenemos la increíble ingenuidad de creer que con sólo llegar, y ver, y oir, y mezclarnos al coro vocinglero, y poner puntos interrogadores en cada esquina, ya tenemos bastantes elementos para reconstituir un alma colectiva?... En realidad, para darse uno cuenta de los sentimientos que animan á un pueblo, más que un viaje de un año, sirve un año de estudio. Oyendo á través de los libros las confesiones de las masas extranjeras se llega, poco á poco, á comprender los arcanos que les interesan. En cambio, cuando se procede como Jules Huret, modelo admirable de *enquêteur* periodístico, lo único que se logra, después de visitar todas las ciudades, y de interrogar á todos los notables, y de asistir á todas las fiestas, es dar un cuadro verídico, pero incompleto, del país que se estudia.

— ¡ Vea usted cuánto detalle ! — dicen los que leen las páginas admirables sobre Alemania, que el *Fígaro* publicó en folletín. — ¡ Vea usted cuánto documento ! Este Huret es un verdadero juez que instruye el proceso de un pueblo y lo examina en todas sus fases. Nada escapa á su espíritu penetrante. Desde el canciller del imperio hasta el último minero de Westfalia, todos le han dado

algún elemento. Su obra es, en verdad, toda Alemania.

Y, en verdad, es toda Alemania, mas sin alma.



Por mi parte, yo no busco nunca en los libros de viaje el alma de los países que me interesan. Lo que busco es algo más frívolo, más sutil, más positivo : la sensación.

Todo viajero artista, en efecto, podría titular su libro : *Sensaciones*. Porque así como la novela, según Zola, no es más que la vida vista á través de un temperamento, el cuadro lejano es una imagen interpretada por un visionario.

Comparando descripciones hechas por autores diferentes, de un mismo sitio, se ve la diversidad de las retinas. ¡Qué digo! Un mismo literato llamado á reproducir tres veces distintas un aspecto pintoresco de la Naturaleza, hará tres obras que no se parecen entre sí. El experimento pictórico de Claude Monet, que, copiando en veinte ó treinta ocasiones un mismo haz de trigo, logró realizar veinte ó treinta lienzos desemejantes, un Pierre Loti, ó un Maurice Barrés, ó un Henri de Regnier, podría renovarlo transportándolo á la literatura. Cada hora del día, cada capricho del sol, cada cambio de la atmósfera,

modifica radicalmente el paisaje. La naturaleza es sensible y variable como una mujer. En Versalles, una tarde de otoño, se ve la divina metamorfosis de las hojas, y de las fuentes, y de las flores, lo mismo que en un teatro se ve el cambio de las decoraciones. Minuto por minuto, las luces vesperales van matizando con suavidades acariciadoras los confines de las enramadas. En los estanques, las llamas caídas del ocaso, se apagan una tras otra. Un murmullo misterioso canta entre las hojas amarillas la elegía cotidiana de la vida. Y si esto pasa aquí, en este marco que parece ejecutado para eternizar una imagen muerta de gracia antigua, ¿qué será en los vibrantes y salvajes rincones de las selvas lejanas, donde la savia de la tierra hace palpitar con palpitaciones sensuales todo lo que vive? Yo he visto en América, en la América tropical, días de sol, en los cuales todo parecía hervir en una formidable hornada, en que los árboles retorcían sus ramas sin que la más leve brisa las agitara, en que los troncos rugosos inflábanse de substancia misteriosa, en que la tierra misma tenía palpitaciones de espasmo... Yo he visto también el mar como lo vió Zaratustra, el mar Índico que se rompe en los acantilados durante horas y horas con una rabia absurda, y que, de repente, se duerme para soñar pesadillas que lo sacuden con roncas congojas... Yo he visto, en el Extremo Oriente, playas de azul y de oro, en las cuales las on-

das parecen juguetonas encajeras que se ríen haciendo y deshaciendo los tenues flecos de sus labores... Yo he visto montañas milenarias llenas de arrugas, cubiertas de pústulas, que agonizan en el abandono... Y lo único que no he visto nunca, es un paisaje muerto, un paisaje quieto, un paisaje invariable.

***

Á medida que la humanidad se afina, este solo placer de ver paisajes raros aumenta por fuerza, y obliga á viajar. « ¡ Qué nos importa no conocer el fondo de las almas extranjeras ! — exclaman los espíritus errantes. — Con admirar los aspectos de la naturaleza, nos basta para gozar. »

Pero en realidad, ni aun esta esperanza de conocer sitios raros ó encantadores sería necesaria para que el número de los viajeros aumentara como hoy aumenta. El placer del viaje está en el viaje mismo. ¿No dice un poeta francés que *partir c'est mourir un peu?...* Pues es esta sensación de muerte ligera, esta impresión de abandono pasajero, lo que nos seduce en el viajar. Cuando nos vamos hacia tierras lejanas y transoceánicas, una inconsciente angustia oprime nuestras almas. Sin quererlo, nos interrogamos en secreto sobre aquello que puede cambiar durante

nuestra ausencia. ¿Qué encontraremos al volver, de todo lo que dejamos?... Y nosotros mismos, ¿volveremos tal cual nos vamos?... Un filósofo pesimista nos dice : « No; no volveréis así. No. El que se va, no vuelve nunca. Quien vuelve es otro, otro que es casi el mismo, pero que no es el mismo. » Y esto que parece una paradoja, no es sino la más melancólica de las verdades. Las madres y los amantes lo saben por desgarradora experiencia. El hijo que regresa, la novia que vuelve, son seres que traen algo de nuevo. « ¡ Qué cambiados ! » — murmuran los que se quedan. — En realidad no es que cambien. Es que son otros. En viaje han *muerto un poco*, y ese poco no resucita jamás, por lo mismo que es tan sutil y tan pequeño y tan íntimo.

Los psicólogos exclaman :

— ¡ Eh !, ¡ no hay que jugar con las palabras ! Eso que los poetas llaman *mourir un peu*, es, al contrario, revivir mucho. En los lugares donde pasamos nuestra existencia, casi no nos pertenecemos á nosotros mismos. Los hábitos, los deberes sociales, las necesidades ineludibles, lo que constituye nuestra vida de todos los días en una palabra, nos convierte en prisioneros inconscientes ó en autómatas resignados. Hay que ir á tal sitio, hay que hacer tal cosa, hay que expresar tal sentimiento... Y vamos, y hablamos, y casi no somos nosotros. En cambio, cuando nos hallamos solos, lejos de todos nuestros tiránicos

quehaceres, nuestra alma renace libre, con un suspiro de supremo placer. ¡Ah, esas primeras noches á bordo de un barco en el cual no conocemos aún á nadie; esas noches en las que nos encontramos solos con nosotros mismos!... La vida anterior aparece entonces como una cosa borrada, casi muerta...

— Muy bien — podemos contestar á los señores psicólogos; — pero que sea la vida pasada lo que muere en nosotros, no quiere decir que el poeta nos haya mentido. El poeta sólo dijo : *Partir c'est mourir un peu...*



Naturalmente, con el aumento de los viajeros y con la moda de la literatura de viajes, ha nacido toda una precéptica del nuevo gusto. Abel Bonnard nos explica lo que pudiera llamarse la retórica del viajero. Tú que tomas notas de ruta, oye al magister éste. En primer lugar, te dice : huye de toda psicología, puesto que ya sabes por Bourget que las observaciones sobre las sociedades extranjeras no son sino pedantes invenciones. Luego, huye también de las personalidades á la manera clásica y de las confesiones á la manera romántica. ¡Nada de yo!... ¡Nada de egoísmo! Lo que tú haces, no nos interesa.

« La personalidad del autor — dice Bonnard — debe aparecer sin ocupar la atención del lector. » Aquella ingenua sencillez con la cual nuestros padres comenzaban sus relatos, diciendo : « Me embarqué tal día con el deseo », etc., es cosa retirada del comercio de las letras. Hoy el viajero es objetivo y artista. Cuando es personal, tiene que ser lírico. Lo que su individuo hace, lo que sus ojos ven en el hotel, lo que le dicen los cicerones, poco ó nada importa. Lo único que se le permite, es que exhale, en una prosa sensible y armoniosa, las sensaciones de su alma. Un artista del viaje, debe figurarse que escribe para personas que ya conocen el país que describe. Esto evita los detalles baedekerianos. Además tiene que creer que su público es culto y que sus alusiones y sus evocaciones históricas ó legendarias son comprendidas. De lo contrario, tendría que hacerse pesado poniendo cátedra. « Como esos santos de cuadros antiguos — dice Bonnard — que tienen entre sus manos una reducción de su iglesia y á veces de su ciudad entera, querríamos llevar sonriendo al lector y darle como bello regalo una Roma, un Palermo, una Mesina. » La imagen es deliciosa y gráfica. Hay que parecer ligeros, en efecto, en los libros de viaje. Un pueblo no debe pesar entre las páginas. Y por encima de todo, hay que ser pintorescos. ¡Desgraciado del que no sabe ver con ojos sinceros los bellos paisajes!

Otro teórico del viaje en literatura nos traza un retrato del nómada ideal. Helo aquí : « Está dotado de una sensibilidad elástica que se dispersa y se concentra en movimientos rápidos é imprevistos. Pasa sin transición de la contemplación lírica al asombro infantil. Tiene gravedades religiosas y un sentimiento profundo, casi trágico, de la eternidad de las formas naturales. Además, es capaz de sonreir y de reir, de gozar, de vivir con frescura y de divertirse con cualquier cosa. En suma : exaltación sensual, candor infantil, sinceridad lírica y eso es todo. » Eso es todo, en efecto... Sólo que eso tal vez únicamente en Pierre Loti se encuentra reunido, ya que á Barrés le falta la alegría y el candor, ya que á Jules Huret le falta el arte, ya que al vizconde Melchor de Vogué le falta la sensibilidad elástica, ya que á Chevrillon le falta la sonrisa, ya que á Luis Bertrand le falta la movilidad sincera, ya que á Waleffe le falta la gravedad y el lirismo...



Lo que ni Abel Bonnard ni ninguno de los teóricos parisienses de la materia se han atrevido á decir, es que la mitad de los que salen de París no tienen en todo el viaje más que un placer, y es el de volver á París.

Nada, sin embargo, tan cierto como esto. Cansados de los grandes hoteles, cansados de los tre-

nes rápidos, cansados de los museos famosos y hasta cansados de los divinos paisajes, los buenos bulevarderos experimentan, al volver á ver, al fin, la torre Eiffel á lo lejos, una sensación de infinita voluptuosidad, que ni los lagos italianos, ni los mares escandinavos, ni las montañas suizas, ni las pirámides egipcias, ni los acrópolis griegos les proporcionaron nunca. Y no creáis que hablo de burgueses sin alma y sin gusto. No. De quien hablo es de los artistas, de los que saben sentir y admirar, de los que no viajan por puro snobismo ni por sólo cambiar de aire, sino por llenarse la retina de visiones ardientes. ¿Qué de extraño tiene esto, después de todo, cuando hasta los extranjeros que han vivido largos años en esta ciudad no pueden ausentarse de ella sin tristeza, ni volverla á ver sin emoción? Por mi parte confieso que, á pesar de que los países desconocidos me atraen con fascinaciones irresistibles, al fin de cada viaje, un delicioso sentimiento de tranquila alegría apodérase de mi alma. En cuanto veo desde la ventanilla del expreso las cúpulas de Nuestra Señora de Montmartre, mi corazón palpita con júbilo infantil. « París — murmuro, — París... París.» Y, en mi ingenuo entusiasmo, llego á experimentar algo que sólo puede compararse con la angustia divina de las primeras citas amorosas. Porque París es, para los que le saben adorar, una amante, una novia, una mujer. » ¡Lutecia, madre mía! » — excla-

maba François Villon hace quinientos años. Mas hoy, los que la invocan no es con filial, sino con amorosa emoción. ¡Lutecia, reina de la coquetería; Lutecia, musa del capricho; Lutecia, señora de la gracia; Lutecia, hada de las sorpresas!...

En todos los rostros de los que regresan ahora de las playas á la moda ó de las montañas sagradas, nótase el mismo placer de volver á sentirse en la buena ciudad.

— ¡Oh, la belleza de Venecia y del Lido!... — exclaman. — ¡Oh, Biarritz!... ¡Oh, la blanca Engandina!... ¡Oh, Falero y sus arenas milenarias!...

Pero, en realidad, lo que hace palpitar sus sienes, lo que agita exquisitamente sus párpados, es el perfume de París, del París invariable, del París adorable, en donde al fin, se encuentran de nuevo.

En una de sus crónicas del *Heraldo de Madrid*, Luis Bonafoux decía que París es una ciudad que no cambia, una ciudad estancada, una ciudad conservadora. Considerando esto como una censura, otros escritores hubieran podido contestarle asegurándole que si existe, por el contrario, una ciudad que cambia, es París. « No hay más que pasearse por sus calles — habrían, con justicia, podido decirle — para ver cuánto varía de año en año. Los que la conocieron á fines del siglo pasado, casi no la reconocerían

hoy. En plenos Campos Elíseos, en el lugar que parecía invariable, una avenida nueva, la más bella del mundo, surgió como por encanto... Más allá del Trocadero, un barrio entero de palacios se ha creado de la noche á la mañana... El aspecto de los bulevares, en fin, antes apacible, tiene hoy algo de vertiginoso, con sus multitudes y sus automóviles. » — Todo esto es cierto. Y, sin embargo, Bonafoux tiene razón. París es una ciudad que no cambia, París es una ciudad estancada, París es una ciudad conservadora. Si Aureliano Scholl saliera hoy de su tumba, podría quejarse del ruido que ha aumentado y de las distancias que han crecido. Pero, de seguro, al cabo de unas cuantas horas, su París le aparecería tal cual lo abandonó aquella tarde de primavera en que sus amigos lo acompañaron hasta el cementerio. Me diréis que Aureliano Scholl no es en este caso una autoridad irrecusable, puesto que su muerte remonta apenas á un par de lustros... Entonces, escojamos á otro parisino empedernido...., á Murger, si os parece..., ó á Gautier..., ó al mismísimo Mercier que hace cien años ejerció de cronista callejero... Pues bien : Mercier, después de reponerse de la sorpresa del ferrocarril subterráneo, de la locura de los automóviles, del lujo de las nuevas avenidas, diría sin vacilar :

— Este es mi París, mi dulce París de viejas piedras armoniosas. ..

Lo mismo dicen los que regresan de Venecia ó de Sevilla, de Zurich ó de Alejandría.

— Este es nuestro París, esta es la única ciudad habitable del mundo.

Y muchos podrían agregar :

— No sentimos ni la fatiga del viaje, ni las molestias de los hoteles, ni el mareo de los barcos, ni las tristezas de las interminables tardes solitarias, porque, gracias á todo eso, podemos ahora sentir mejor que hace tres meses. ¡Oh, nuestro París!, ¡cuán caro nos eres! La separación ha aumentado en nuestra alma el amor por ti. Encontrándonos de nuevo en tu seno, experimentamos la febril alegría de la mujer enamorada que, después de una ausencia, se halla entre los brazos de su amante. De todo el viaje y de todos los viajes, tú constituyes en verdad nuestro único placer infinito...



CLARIDADES VENECIANAS

Porque no veía desde la «piazeta» las velas rojas palpitando en una atmósfera de oro fundido, esta Venecia no me parecía la Venecia verdadera. ¿Cómo figurarnos, en efecto, una laguna sin cabrilleos cegadores de luz y un Canal Grande sin franjas de claridad purpúrea en sus aguas inmóviles? Los techos mismos de los palacios, y las cúpulas de San Marcos, y el domo de la Salute, y las torres de San Jorge, y todos los campanarios de las iglesias, se nos antojan perpetuamente bañados en una atmósfera que aviva sus tonos y prende chispas en sus cruces. Pero es el espacio claro que va desde las «rivas» hasta el Lido, el espacio admirable en que las islas alzan sus arquitecturas, en que los barcos se mecen; el espacio abierto en el cual se reflejan las luces azuladas de la aurora y los incendios del poniente; el espacio en que colocamos con la imaginación á la Bella Venecia Regina Maris con su corona y su cetro; el espacio en el cual caían los anillos de los dux y remaban los galeotes de las

galeras; el gran espacio de la gran laguna, en fin, es el que más lleno de violenta luz nos aparece en el recuerdo. ¿Cómo aceptarlo, pues, tal cual ahora lo encuentro? ¿Cómo explicármelo así tan suavemente claro, tan delicadamente celeste por las mañanas, tan exquisitamente rosado por las tardes? ¿Cómo inclinarme ante la realidad de esas velas que no son de púrpura soberbia, sino de ocre discreto? Para nosotros, los que venimos de París, una Venecia así es inverosímil.



Porque París tiene su Venecia, como tiene su Sevilla y su Granada, como tiene su Tánger y su Cairo. Es una Venecia de colores alegres, de tonos fuertes, de contrastes bruscos. En un fondo azul, pero no de un azul de cielo y de agua, sino de un azul de ensueño (como aquel que empleaban los maestros primitivos, como el de los mantos que Pier María Pennachi le pone á sus vírgenes, como el que fra Angélico usa cuando quiere vestir de pureza á un santo), en un fondo azul, especialmente reservado para las lagunas venecianas, en una palabra, destácase, alta y airosa, cual un ala de águila ensangrentada, la vela del barco. Á lo lejos flotando en el éter color de fuego, una torre coronada por una cruz de

oro, una cúpula refulgente, un muro de blancura cegadora. Y para animar el conjunto, una muchacha de cabellera rojiza, en una góndola negra. De no ser esto, en una vista del Canal Grande junto al puente del Rialto, entre dos palacios góticos cuyas ojivas resplandecen como encajes áureos. En las góndolas, que se atropellan, los más vistosos mantos. Los remos, al caer, abren surcos de luz en el agua. Si no es ni esto ni lo otro, es una pareja de enmascarados que salen de una casa luciente cual un ascua, y que se destacan, en el aire luminoso, con sus trapos rojos, como dos apariciones. El viejo, Zem, sobre todo, pinta Venecias de éstas en su taller de Montmartre desde hace cincuenta años. Y como uno las ve á diario, como las ve reproducidas en las revistas, como las ve en los abanicos, como las ve á todas horas y en todas partes, cuando llega aquí, se figura que el cielo, de intento, se ha puesto pálido para recibirlos.



Pero poco á poco una nueva visión veneciana reemplaza á la que uno trae. Es una visión menos violenta, menos azul, menos roja. Pero es una visión más delicada y más variada. En vez de la monotonía del gran poniente rojo y del pleno

día azul, vemos las más gentiles claridades tiñendo cada hora con un matiz especial, poniendo en cada mármol una nota típica, acariciando cada rincón de cielo con pincel característico. Y para probarnos que no sólo nosotros los que, viniendo de fuera, sorprendemos así á la ciudad, sus pintores indígenas nos hacen ver en sus lienzos, á través de los siglos, una Venecia, sin luces violentas, sin auroras románticas, sin puestas de sol perpetuas. He aquí, por ejemplo, un cuadro de aquel Gentile Bellino, que fué, hace cuatrocientos años, uno de los más ardientes patriotas de la serenísima república. En un espacio gris palpita el agua verde del canal. Las góndolas se mecen. Las ventanas doradas son la única nota clara del conjunto, pues aun la púrpura de los trajes de los gondoleros es obscura. Otro cuadro del siglo XV, el *Miracolo del Sancto Legno*, de Carapacio, nos hace ver una Venecia más gris aún, una Venecia casi nocturna, en la cual las góndolas negras se confunden con el agua negra. Sólo una nota es clara en esta obra : la mancha blanca de un perrito que duerme en una barca á los pies de un caballero. En los siglo XVI y XVIII la ciudad se convierte en un símbolo. Los grandes maestros no la pintan, sino que la interpretan. Vestida de diosa y coronada de reina, el Veronés la glorifica, el Tintoreto la exalta, el Tiépolo la canoniza. Pero llega el Canaletto, y con su pinceles realistas llena sus cuadros de canales, de

calles y de « campis ». Los tonos son siempre pálidos. En ninguna parte una de esas claridades cegadoras, uno de esos cabrilleos ardientes. La luz suave, dorada como la miel y no como el fuego, envuelve las arquitecturas, alumbra los grupos, anima las aguas. El cielo, de matices infinitos, se tiñe de verde ó de rosa, según las horas. Pero en la ciudad misma, la atmósfera es siempre delicadamente gris. Gris también la atmósfera de Bernardo Belloto, que pinta el espacio inmenso de la laguna, frente al Palacio Ducal, y que lo puebla de galeras, de góndolas, de casas, de torres. La Venecia de Guardi es más pálida aún : es una Venecia de anochecer, una Venecia de figuras que se desvanecen en el fondo de los canales, una Venecia de tarde de lluvia, con sus grupos de burgueses que se arropan friolentos, con sus barqueros que llaman á las puertas de los palacios dando golpes con los remos. Algo de más luz, algo de más color pone Jacopo Marischi en sus lienzos. Sus plazas son claras. En sus horizontes, el azul es plateado. En sus mármoles los reflejos son vivos. Y cuando quiere alumbrar las escenas mitológicas que se complace en pintar bajo los pórticos de los «palazzos» en ruina, hasta suele bañar con luces de oriente sus cuadritos. Mas aun con este fantaseador realista, estamos muy lejos, muy lejos, de la Venecia incendiada de los franceses, de la Venecia del viejo Zem, sobre todo.



Sin duda en pleno verano el amplio Canale di San Marcos con sus islas pobladas de campanarios y sus riberas floridas de palacios, debe arder en fuegos magníficos. El inglés Turner vió, antes que nadie, en ese espacio claro cuyos confines se pierden en el Adriático, las sorpresas alucinantes del sol que juega con las nubes y se baña en las aguas. Pero no todo el año es un julio ó un agosto. Ni toda Venecia está en la laguna abierta. Lejos de las cúpulas de la Salute y de los domos de San Marcos, lejos de la « piazzeta » y de las torres de San Giorgio Magiore, hay una ciudad alegre sin violencia, clara sin reverberaciones cegadoras, policroma sin manchas sangrientas. Y esta ciudad que ha sido siempre la preferida de los venecianos, tiene un encanto tan variado y tan sutil, tan tierno y tan novelesco, que ningún pintor, por genial que sea, puede sintetizarla en sus lienzos. Los más artistas se contentan con evocarla en compendios significativos. Un canal con un puentecillo de mármol ó una góndola entre dos palacios ojivales, basta para sugerir la idea que se desea. Pero esto mismo establece en la visión que la humanidad se forma de Venecia una monotonía injusta. « Tres días — dice el Baedeker — bastan para visitar Venecia. »



¿Tres días? Una semana llevo paseándome por estas calles. No he visto ni un museo, ni un « palazzo », ni una iglesia por dentro. No he visto más que calles, canales, techos, torres, puentes, fachadas. He visto diez, veinte veces los mismos rinconcillos, que se esconden entre paredes vetustas como para guardar mejor su carácter de antigua gracia patricia. Los he visto al claro de la luna, los he visto en la alegría de la aurora, los he visto en la paz melancólica del poniente.En cada hora, los he encontrado encantos especiales. Me he perdido por los laberintos de una y otra orilla del Canal Grande; y queriendo ir hacia la Fondamenta Nuove para contemplar de lejos la isla de las Tumbas, me he encontrado, al cabo de dos horas de camino, en el río de Santa María Maggiore, ya casi en el Campo de Marte. Luego he hecho, en góndola, paseos interminables que han durado tardes enteras. ¿Qué conozco, sin embargo? Nada, verdaderamente, nada. Con sólo salir ahora sin rumbo fijo, me encontraría á los cinco minutos en un « campo » ó en un « río » aún no visto. Porque esta Venecia que parece, en el mapa, un islote minúsculo en medio de una in-

2

mensa laguna, es una de las ciudades más grandes del mundo si se calcula por número de calles, de plazas y de canales. Cada veinte pasos, la calle termina y empieza otra, que acaba á los quince metros á la entrada de una plazoleta. Y si me decís que todo eso es bastante minúsculo, os contestaré que no hay tal. En cuanto uno se acostumbra á las exiguas proporciones del conjunto, encuentra, en los detalles, la misma diversidad que en cualquier otro lugar del mundo. Una avenida que tiene tres metros de ancho, una vía como la Mercería del Orloggio, una calle como San Moisés, una plaza como San Mauricio, producen, al salir de la intrincada red de callejuelas que las rodean, la misma impresión que el bulevar de los Italianos cuando llega uno á su entrada por los callejones de la Bolsa. Pero lo que no se siente ni en París, ni en Roma, ni en ninguna ciudad, es la sorpresa constante de los palacios en medio de los más humildes barrios.



Cada dos minutos, en realidad, debe uno detenerse ante un edificio admirable que no tiene ni nombre, ni fecha. Muchas veces, convencido de que ciertos palacios no pueden dejar de figurar en una guía, he hojeado mi Baedeker. ¡ Inútil !

Fuera de los monumentos del Canal Grande, los demás diríase que no deben interesarnos. Esta magnífica mansión señorial del Campo San Mauricio, por ejemplo, ¿á quién puede pertenecer? ¿Qué arquitecto la edificó? ¿Qué duque vivió antaño en ella? ¿De qué época es?... La guía no nos contesta. Si quisiera hablarnos de cada piedra bella, sería necesario que se extendiera cual un diccionario. Bastante trabajo tiene con explicar brevemente las fachadas de la vía triunfal. Yo no me preocupo, pues, sino de admirar las arquitecturas, como admiro á las mujeres que pasan, sin preguntarles sus nombres ni sus edades. ¿Qué necesidad tengo, en el fondo, de datos exactos? Desde que un día, extasiado ante un muro vetusto que el sol de los siglos ha dorado, oí á alguien decirme: « Ese es el Monte de Piedad », trato siempre, en cuanto me hallo frente al Pasado, de no preguntarle por el Presente. Este mi palacio del Campo San Mauricio, con sus altas ventanas ciegas, con sus puertas herméticamente cerradas, tiene la ventaja de no parecer poblado sino de sombras, pero no de sombras augustas, sino de sombras galantes. El gran señor que lo hizo construir quería, sin duda, esconder su vida. De lo contrario, siendo rico, siendo noble y siendo artista, habría escogido, para establecerse, una de las plazas bañadas por el Canal Grande, en el barrio de los dux, de las cortesanas y de los embajadores. Frente al « palazzo »

Fóscari, su casa no habría hecho mal papel. Pero más que la claridad de la vía triunfal, buscaba el retiro de una calle apartada, entre una iglesia modesta y un canal casi oculto. Aquí vino, pues, y aquí hizo fabricar su nido, sin balcones, sin miradores, sin nada exterior. En el fondo del patio de mármol hay, de seguro, un jardín lleno de estatuas galantes y de secretos boscajes. Una escalera amplia conduce á la sala del primer piso, decorada á la moda oriental, que será siempre, con sus divanes profundos, sus pebeteros y sus cortinajes, la moda preferida por los que aman voluptuosamente. En el fondo, entre dos palmeras enanas, una luna redonda, en la que apenas cabe una cabecita y un pecho juveniles... La cabecita es rubia, de ese color ardiente de las madonas de Bellini. El pecho es blanco y redondo, y ostenta una cruz de rubíes que sube y baja al ritmo de la respiración y de los suspiros. Porque esta rubia suspira, lo mismo que todas las rubias que están encerradas. El recuerdo de un galán visto la víspera en San Marcos, la preocupa y la inquieta. Mentalmente lo ve de nuevo con su traje « della calza », que moldea sus finas piernas juveniles; con sus cabellos atados por medio de cordones de seda bajo el « berretino púrpura »; con su blusa de amplias mangas, que dejan ver la redondez pálida, del antebrazo; con su capucha bordada, en la cual resplandece un escudo de armas y una divisa galante. ¡ Oh, aquél

mancebo! La rubia señora le abriría con gusto, á riesgo de morir lo mismo que Desdémona, la puertecilla que da al canal y cuya llave está siempre en la bolsa de cuero de su esposo. Sí; se la abriría en el acto... Justamente, he allí á su esposo que entra, envuelto en su manto rojo de senador, con la banda de terciopelo terciada. Trae escondido en la manga un collar de piedras azules que harán resaltar la blancura mate de una garganta redonda y palpitante cual la de las palomas de San Marcos. Con cuidado amoroso se lo pone. Ella no dice nada, no parece ni siquiera ver la joya nueva. Lo único que la interesa, es la bolsa que se oculta bajo el manto, la bolsa en cuyo fondo hay una llave minúscula...



Estas soñaciones no son posibles sino en las callejuelas solitarias. En el Gran Canal, que es la avenida donde se encuentra la historia de la serenísima república esculpida en la fachada de los « palazzos » y en los atrios de las iglesias, es imposible evocar el pasado. Á cada momento, una góndola llena de ingleses hace huir á los duques y á los « bravis », á las damas tapadas y á las dueñas equívocas. Sólo al claro de la luna se puede ver el desfile de los fantasmas de gala. En el

día, hay que confinarse en el laberinto de callejuelas y canales que forman la ciudad.

Por las callejuelas sigo, sin rumbo, sin idea fija, sin deseo ninguno de ver iglesias famosas ó palacios históricos. Cuando una calle termina en un campo sin salida me vuelvo atrás y recorro de nuevo el espacio antes andado. Cuando me siento cansado y encuentro una góndola en un canal, al pie de una escalinata carcomida, me meto en ella y le digo al gondolero que continúe su camino « piano » « piano », sin llevarme ni á la « piazzette » ni á las « fondamenta ». Lo que quiero es no salir de la ciudad misma, de la ciudad casi desierta, casi arruinada y tan llena, empero, de intensa vida legendaria. Como en un ensueño, voy por estos laberintos, cual si nunca hubiera conocido otra cosa. En unos cuantos días, mi alma se ha aclimatado. Nada de lo triste, nada de lo sucio, nada de lo incómodo, me choca. En cambio, ¡cuánto me entusiasman las bellezas incomparables de las arquitecturas, los reflejos fosforescentes en el agua, las sorpresas de los callejones, la elegancia de las muchachas que pasan arrebujadas en sus mantos obscuros!

Mi gondolero es hoy más elocuente y más erudito que en días pasados. Con voz grave, me recita los nombres de los canales por los cuales pasamos, de los ríos en cuyas quietas linfas nos vemos. Yo le había mandado, sin embargo, que fuera mudo como un barquero de los que reman

en las navecillas funerarias. Pero hay tanta absurda fantasía en sus indicaciones, que no me atrevo á decirle que se calle. En ciertos lugares de noble aspecto y de amplias proporciones, nada me dice. En cambio, me cita los nombres de las vías obscuras y sórdidas. Á veces parece olvidarme. Los canales desfilan con sus fachadas, con sus jardines, con sus escaleras, y mi hombre calla. Pero de pronto se despierta y lanza al aire tranquilo una exclamación, que suena como un sacrilegio en el augusto silencio secular. Ahora mismo acaba de decirme : « Río de San Antonio ». Y aunque nada grandioso nos rodea, aunque ningún campanario se ve en el horizonte, aunque no hay frente á nosotros ni siquiera un poético puentecillo de piedra, ahora sí comprendo la exclamación. Los muros modestos, que no ostentan ni fachadas de piedra labrada, ni ventanas floridas; los pobres muros de uno y otro lado del canal; los muros de ladrillos desiguales, de humildes puertas y de balcones miserables, tienen, gracias á la luz y á la humedad que los bañan, un color delicioso de piedra rara, ó mejor dicho, de piedra mágica, de gema encantada, con reflejos violáceos y vetas verdes, con tonos que se degradan á medida que escalan el espacio, hasta ser, allá arriba, bajo los aleros negros, de un matiz ideal de flor de malva luminosa. Y como las casas no tienen sino dos pisos, la luz del cielo llega hasta el canal y tiñe el agua de un color de tur-

quesa antigua con manchas amarillas, y manchas verdes, y manchas casi blancas de una blancura lívida de carne corrompida. ¡ Oh, canal San Antonio, río estrecho y misterioso, cómo comprendo que mi gondolero no haya podido resistir á la tentación de clamar tu nombre con supersticioso entusiasmo ! En tu miseria sin leyenda, en tu tristeza sin historia, hay algo de misteriosamente significativo. Tus puertecillas bajas parecen cerradas para siempre. En tus ventanas, nada indica la vida. Las góndolas mismas, que yacen quietas junto á tus muros, se diría que han sido abandonadas para siempre. ¡ Canal San Antonio, canal de sueño ó de muerte, qué bien veo ahora la razón de tus livideces, de tus fosforescencias, de tu frialdad ! En estos tonos singulares, que mezclan lo violáceo á lo amarillo y lo verde á lo azul; en estos matices húmedos y blandos, que tienen reflejos de piedras preciosas y palpitaciones de substancia humana; en todo lo que aquí yace, exánime, callado, desierto, hay algo que agoniza y que se descompone poco á poco, en un tibio abandono, como una turquesa perdida en un jardín desierto.



Tras el canal que se muere, viene el canal que sonríe. Mi gondolero dice : « Río Santa Aponal ».

El espacio parece aclararse, el cielo se llena de alegría, la góndola misma avanza más ligeramente. En el fondo, bajo la cúpula fresca de un naranjo, un puentecillo de piedra une con su arco caprichoso las dos orillas : la orilla color de rosa y la orilla color de mar... Porque en este extraño sitio, diríase que un decorador fantástico ha querido divertirse en teñir cada uno de los bordes de un matiz especial. La derecha es sonrosada y con sus ventanas sencillas, con sus puertas en forma de arcos, con sus linternas en cuyos cristales la luz juguetea, con sus hiedras, que se escapan por encima de las paredes, parece un jardín oculto. Á la izquierda, por el contrario, todo habla de lujo marmóreo, de ostentación perpetua. Un balcón magnífico divide horizontalmente el espacio. Arriba del balcón se ve el techo labrado; abajo, los portalones abren sus puertas blasonadas. Las piedras del muro ostentan divisas latinas y cifras gloriosas. Pero no es ni la sencillez fresca de un lado, ni la pompa de en frente, lo que me encanta, sino la sonrisa del conjunto. Todo, en efecto, es aquí risueño : la hiedra y la piedra, el agua y el cielo. El azul del Oriente sonríe al rosa del Poniente. En el canal, los remos hacen estallar, cada vez que hieren la linfa quieta, un minúsculo fuego multicolor, cual si rompieran un cristal irisado. En lontananza, una nubecilla, blanca como un ala de paloma ó como una vela perdida, blanca sin mancha, palpita alegremen-

te. Y para que nada falte, de pie en el puente una veneciana nos sonríe, no con los labios, sino con toda su silueta, en la cual se funden y se confunden, armoniosos, los tonos celestes y los tonos rosados del canal.



La góndola pasa por un amplio río, en el cual se mira una iglesia. Mi gondolero calla. Luego entramos en un canal muy largo, con fachadas nuevas, y mi gondolero nada me dice. En el horizonte, las palideces parpadeantes de las primeras estrellas anuncian el anochecer. Todo un lado del cielo está ya cubierto de su manto azul nocturno.

Pero del otro lado la luz persiste, sirviendo de fondo nítido á los campanarios que se destacan como pintados por Canaleto en un lienzo del Tiépolo. El *Avemaría* melancólica llena de repiques el espacio. De pronto, la decoración, cambia. Al volver de una esquina, mi buen barquero exclama : « Río dei Lovo ». Y como por encanto, nos encontramos en una ciudad nocturna, en una ciudad trágica mejor dicho. Á nuestro lado pasa una góndola cerrada. De pie en la escalinata de una puerta aparece, negro en la penumbra, negro de traje y negro de actitud, un embozado caballero. « Río dei Lovo » — vuelve á exclamar mi

barquero, con voz que se me antoja cavernosa. — Una instintiva angustia me oprime el corazón. Es color de tinta el agua; son color de sangre, los muros; es color de plomo el cielo... Á mi derecha, las ventanas son redondas como claraboyas y están cerradas por medio de enormes barras de hierro. ¿Son las ventanas de una antigua cárcel, más terrible aún que la del palacio ducal? Algo de siniestro hay en ellas. Pero mejor que esas ventanas me conmueven los balconcillos y las puertas del otro lado, tan desiguales, tan numerosas y tan estrechas, que parecen, en la obscuridad de este anochecer, la realización de uno de aquellos ensueños medrosos que atormentaban al pobre Poe en sus últimos años. ¡ Canal de pesadilla, en efecto, este nocturno río dei Lovo, canal de agua fuerte fantástica, canal de una Venecia trágica, por la cual sólo discurren, dolientes y crispados, los fantasmas de los que murieron asesinados ó de los que mataron á mansalva !

Estos canales y estas callejuelas agonizan gravemente oyendo la única música que conviene á la melancolía y al recuerdo, la música de las campanas.

***

¡ Ah ! ¡ las campanas de Venecia !

Todas las noches, á la hora en que los palacios empiezan á apagar sus ventanas, una campana rompe, con brusca alegría, el solemne recogimiento de las torres.

— Es el toque de la victoria — dicen los venecianos.

Pero si les preguntáis de qué victoria se trata, es probable que no sabrán daros razón. ¡ Es una cosa tan lejana ! La primera vez que ese toque interrumpió el ensueño de la ciudad, en efecto, fué cuando, hace cuatrocientos años, un mensajero del almirante Venier anunció al Gran Consejo el triunfo de Lepanto. « ¡ Que la campana de mi iglesia diga al mundo nuestro gloria ! » — exclamó el dux. Y la campana sigue diciendo la gloria antigua, con su misma voz orgullosa de otro tiempo.

En el concierto perpetuo de los repiques venecianos, este toque se pierde y se confunde. Porque no hay un minuto en que algún acento de bronce no palpite en el aire. Desde el amanecer, los campanarios comienzan á hablarse á través del espacio. Á las alegrías que San Jorge Mayor, en su isla verde, esparce, le responde las melancolías de San Zanopoli.

Venecia es la ciudad de las campanas. Cada hora tiene su toque. Cada pena tiene su ritmo. Para cada alegría hay un sonido. Los niños vienen al mundo oyendo armonías aéreas. Al irse hacia el cementerio, los muertos oyen el doble

solemne de algún « campanile ». Y yo no sé si es porque el aire es más propicio, ó si es porque las campanas son de un metal más fino, pero lo cierto es que en el interminable desgranarse de las notas en el éter, nada nos hiere ni nos aturde. Los sonidos alegres, como los tristes, tienen una discreción especial. Cada voz posee un acento grato.



Los venecianos reconocen con facilidad el ritmo de cada campana de la Misericordia, de Santa María del Orto, de San Lucas, de San Casiano, del Rosario, de la Viña ó de cualquiera otra de sus parroquias. Yo apenas sé distinguir el campanario de la Salute, tan suntuoso, del humilde campanario de San Salvador. Pero no importa. Cuando los sonidos se mezclan, se me figura que noto sutiles diferencias en el espacio.

Los toques más graves los atribuyo al templo de Frari, en donde los dux tienen sus sepulturas : los sonidos más ligeros se me antojan salir de las torres de San Moisés, tan llenas de ángeles marmóreos y de palomas de pórfiro. En cuanto á los dobles, hondos, lúgubres, angustiosos, de seguro vienen de aquel pobre San Miguel, que se yergue sólo y negro en medio de la isla de las Tumbas. Pero ninguna voz de bronce me emociona tanto

como el *Avemaría* de San Sebastián; ese *Avemaría* suave, lento, que parece decir eternamente al universo la hora en que Pablo Veronés fué enterrado bajo la modesta nave de la vieja iglesia.

***

Sólo las campanas del « campanile » de San Marcos, las cuatro campanas cinceladas, las campanas bizantinas, no suenan ya las horas. El tiempo, que sabe respetar los aéreos nidos de sus hermanas más antiguas, derrumbó la torre en que vibraban cada sesenta minutos. ¿Hay algo de simbólico en esto? Yo creo que sí. La bella Venecia, que se complace en oir repiques de triunfos casi olvidados y de muertes que nadie recuerda; la bella Venecia, que todavía vive cada noche el minuto solemne del triunfo de Lepanto; la bella Venecia, « regina maris » para la cual todo lo pasado es eterno y todo lo glorioso es presente, no quiso que sus cuatro voces preferidas sirvieran para indicar la hora de la salida de los trenes ó de la llegada de los « vaporeti »...



LA ATMÓSFERA DE HOLANDA

> Si yo tuviera que escoger un lugar de trabajo y de placer para estar bien; si quisiera respirar una atmósfera apacible, ver cosas agradables y soñar en cosas bellas, y, sobre todo, si tuviera penas, dificultades ó angustias íntimas y que, para calmarme me fuera necesaria la tranquilidad con mucho encanto, haría como Europa que, después de sus tempestades, establece aquí su congreso...

Más de treinta años hace que el gran Frometin, que venía de África, escribió aquí estas líneas, en su cuaderno de notas íntimas. Y hoy, á pesar del barullo inusitado que reina en esta ciudad, todos nos decimos lo mismo. Holanda es, por excelencia, el país que conviene á los que quieren pensar en la paz, en la bondad, en la justicia. Todo es suave, bajo este cielo sin violencias, todo es dulce en esta atmósfera de matices. Todo es serio, además. La misma gracia de los paisajes que se miran en aguas quietas tiene, en su apacible frescura, algo de grave, algo de austero. No hay en la belleza holandesa sonrisas. Los horizontes son melancólicos. En el azul lavado del oriente, entre nubes de un gris de lino,

la luz se diluye en claridades delicadas. El sol no es un globo transparente, sino un fanal translúcido, que alumbra y no ciega, que calienta y no quema. Los ponientes mismos, que en todas partes esmaltan el ocaso de púrpura, aquí apenas lo tiñen de ligeras rosas húmedas. En las cercanías, entre los campos verdes que rodean á la ciudad, las alas de los molinos dicen la riqueza laboriosa del pueblo. Los canales, en fin, los canales siempre animados, los canales que son como las venas del país, los canales que pasan entre parques y avenidas, que reflejan palacios y que riegan jardines; los canales en cuyas aguas los cisnes orgullosos yerguen sus albos cuellos; los canales infinitos, dicen, con su tranquila transparencia el misterio de esta raza que sabe unir la mansedumbre al esfuerzo.

Es el país de la paz, no hay duda.



Paúl Adam me lo decía hace un instante :

— La gravedad de Holanda hará el único milagro, del cual puede resultar una labor útil. Este milagro consiste en borrar de los labios diplomáticos la sonrisa escéptica. Porque mientras haya la falta de fe y la falta de confianza que obliga á los plenipotenciarios á no creer en nada y á no

esperar nada, toda tentativa será vana. Para hablar de grandes problemas, es preciso ser grandemente grave. Yo que vi el primer congreso, recuerdo con tristeza aquella ligereza algo humorista con que cada diplomático confesaba que su labor era perfectamente inútil. La mayor parte de ellos, ni aun consentía en estudiar los problemas sometidos á su examen. ¿Para qué? Se trataba de utopías, de quimeras, de ilusiones. El más formal y el más optimista de todos, no se atrevía, por miedo del ridículo, á expresar con ardor su confianza en la belleza de un porvenir más ó menos lejano.

Es cierto. Sin asistir como Paúl Adam al primer congreso de la paz, pude entonces darme cuenta, del espíritu incrédulo de sus miembros. La prensa, que es el gran reflector de las realidades, nos hacía ver á los que estábamos lejos, las muecas escépticas de la diplomacia. Remy de Gourmont, llamado á dar su opinión sobre la Asamblea de los Pueblos, pronunció entonces la frase célebre de « vaudeville discreto ». Otros, más tímidos, sólo se atrevían á decir que no se trataba, sino de una junta de idealistas cuyos trabajos servirían al menos para hacer ver á los gobiernos que un nuevo anhelo animaba á las almas generosas. Y las caricaturas, de norte á sur y de este á oeste, representaban á todos los delegados sonriendo con sonrisas pirrónicas.

Hoy ya esas sonrisas no existen. Paúl Adam

que ha visto á los directores del movimiento y que se acuerda de la cara que tenían antes, cree que en este solo cambio de fisonomía está el triunfo de la idea pacificista.

— No le oculto á usted — me dice — que cuando salí de París, la semana pasada, traía pocas esperanzas. Las bocas irónicas de los Tayllerands cosmopolitas me hacían temblar de antemano. Un recuerdo cruel de una ironía sanguinaria, obsesionábame. Es un recuerdo que parece una invención de Alphonse Allais ó de Mark Twain y que, sin embargo, es una realidad. Yo visitaba á los plenipotenciarios vecinos para el primer congreso. Casi todos, herméticos y discretos, no me hablaban sino del buen deseo de sus soberanos, de las dificultades prácticas de todo arreglo inmediato, de la necesidad de estudiar con paciencia los problemas palpitantes. ¡ Frases, siempre frases, frases de protocolo y de discurso, frases vagas, frases vanas !... Pero al fin me encontré con uno que comenzó por declararme que pertenecía á la « nueva escuela ». Era un hombrecito pálido, de ojos penetrantes y de maneras lentas. En su mesa de trabajo, entre dos retratos de soberanos, tenía una fotografía de Federico Nieztsche. Señalándolo con un dedo lleno de sortijas, aseguróme que aquel hombre era el verdadero maestro de la diplomacia contemporánea. Luego, como quien dice la cosa más natural del mundo, me confesó que su gobierno le

había dado el encargo de no perder su tiempo en discutir en las sesiones del congreso de la paz y de aprovechar con sigilo su viaje á Europa para comprar cañones en Alemania ó en Francia. ¡Y era de ver la sonrisa maquiavélica de aquel diplomático del lejano oriente! Pero hoy ya no hay ejemplares de esa clase. Hoy los diplomáticos parecen haber recibido, visitando los museos, la grave lección que los pintores holandeses les dan.

Y Paúl Adam termina diciéndome:

— Medite usted esa lección tan honda y tan sutil...



¿La lección de los pintores? Confieso que en el primer momento no logré darme cuenta de lo que mi ilustre amigo quería decirme. Hay, sin duda, en el arte holandés (mucho mejor que en el flamenco), un ambiente de paz y de frescura, que puede hacer meditar á los diplomáticos empedernidos sobre la necesidad de vivir la vida en toda sencillez bondadosa, lejos de las luchas, de las conquistas, de las aventuras y de las ambiciones peligrosas. Pero esto no es una lección que pueda llamarse sutil y honda. Así cuando anoche Paúl Adam parecía respirar con más voluptuosidad, en la terraza del Kurkans, el ambiente

tranquilo de la playa de Scheveningen, acerquéme á él y le dije con franqueza mi perplejidad ante su consejo.

— La lección profunda — contestóme — está en la diferencia que existe entre la época en que los mejores cuadros holandeses fueron pintados, y los acontecimientos de esa misma época. ¿Ve usted ahora claro mi pensamiento?

Sí; ahora lo veo. El siglo XVII es al mismo tiempo el período heroico y el período artístico de los Países Bajos. Luchando contra España, contra Francia y contra Inglaterra, sus soldados y sus marinos dan al mundo lecciones de arrojo dignas de inspirar á todos los pintores del mundo. En París y en Roma, en Londres y en Bruselas, no faltan artistas que pinten los gestos maravillosos de los Ruyter, de los Evertsen, de los van Galen. El rudo Juan de Witt, que es al mismo tiempo un gran capitán y un gran diplomático, sugiere al mundo muchos lienzos. En todas partes los barcos neelandeses vencedores de las flotas británicas, son asuntos de composición decorativa. ¡Y qué decir de los actos homéricos de los patriotas sin nombre que se oponen al dominio español! ¡Qué de los humildes marineros que para escapar á la dominación francesa inundan sus puertos abriendo las esclusas! ¡Qué de los conspiradores demócratas para los cuales morir es una voluptuosidad! Es aquella época en verdad una de las más trágicas que vieron las eda-

des. La lucha con fuertes imperios europeos, no basta para apagar la actividad guerrera de los fríos hombres rubios. Con objeto de completar el cuadro, una formidable hazaña arma á los republicanos contra los orangistas. Á principios del siglo XVII, Berneveld muere decapitado. Á fines del mismo siglo, los hermanos de Witt sucumben. Entre una y otra tragedia, la vida nacional corre cual un torrente de sangre. Las mujeres mismas, convertidas en furias, encienden las teas del incendio. Pero en medio de tanto espanto, aun queda, en el país, todo un gremio que no conoce ni la guerra ni el drama ni la tragedia ni el heroísmo. Ese gremio es el de los pintores. El cuadro que Fromentin traza de la vida artística de la gran época holandesa, es paradisíaco. « Los retratistas — dice — hacen retratos de príncipes, de poetas, de filósofos, de pastores, de amigos; los paisajistas viven en el campo soñando, dibujando animales, copiando cabañas, haciendo existencia de campesinos entre los árboles, los canales y los cielos; otros viajan por Italia y se establecen en grupos cerca de Claudio *el Loreno*, en Roma, olvidando en apariencia la patria; muchos, en fin, no salen de sus hogares natales sino para ir á la taberna ó para visitar las casas galantes. » Y esto que el historiador nos dice, los museos nos lo prueban.

Cuando Metzu pinta sus músicos y sus cazadores; cuando van der Meer copia los árboles de

Delft ó imagina las « toilettes » de Diana; cuando Franz Mieris se entretiene en reproducir las escenas picarescas y tiernas de los hogares burgueses; cuando van Ostade pinta menestrales borrachos; alcaldes joviales y campesinos muertos de risa; cuando Franz Hals con su amplia y jugosa fantasía recuesta bajo los árboles de los parques á los nobles caballeros ó hace reir á los bufones, ó da de beber á los alegres compadres de Harlem, ó retrata á las damas engalanadas dándolas un aspecto socarrón; cuando el gran Rambrandt, en fin, pinta la *Lección de anatomía*, la *Susana en el baño* y la *Ronda nocturna*, sus compatriotas, sus amigos, sus parientes mueren luchando heroicamente. Contemplando obras tan serenas, nadie podría, empero, figurarse la agitación de la época. Los pintores parecen vivir fuera del tiempo y fuera del espacio. Los heroísmos y las crueldades, las cabalgatas y los sitios, los combates y las sorpresas, no existen siquiera para ellos. En sus cuadros, los militares son raros, y cuando aparecen no es con la espada en la mano, sino alrededor de una mesa servida por frescas maritornes.

Á mi vuelta del museo le preguntamos á Paúl Adam :

— ¿Es la lección honda y sutil?

— Esa es, — me ha contestado.



Los plenipotenciarios de las naciones parecen oir con respeto esta lección. En sus semblantes, una seriedad sincera se refleja. Y no importa que unos sean representantes de imperios que acaban de vendar sus heridas y que otros representen á países que afilan sus sables. ¡No importa! Sin dejar de ser patriotas todos se alejan, por lo menos en estos momentos, de las preocupaciones de sus compatriotas; é imitando á los artistas de la Holanda clásica, trabajan por la obra de vida sin volver la vista hacia la realidad de muerte. No importa el ayer aun palpitante de Rusia; no importa la inquietud bélica que despertó la conferencia de Algeciras; no importan las amenazas de los Estados Unidos y del Japón; no importan los preparativos de los principados balcánicos; no importa la amenaza turca contra los pueblos cristianos de oriente; no importan las luchas fraternales que ensangrientan el suelo centroamericano; no importan los armamentos de la China misteriosa y formidable. Nada importa si no es el buen deseo. Y el buen deseo existe.

Al penetrar en las tierras bajas de la Neelanda apacible, los representantes de los cien países

en que la humanidad se divide, consideran la paz universal como una necesidad realizable.

***

— El momento ha llegado — me dice Paúl Adam, — el momento ha llegado. La utopía de ayer, es una verdad de mañana. Nosotros asistimos aquí á su metamorfosis maravillosa. Los armamentos europeos, que son inmensos, permanecen sin empleo, tras las fronteras que un mutuo miedo hace infranqueables.

El pauperismo crece, y ya no es humilde, ya no acepta resignado su suerte, sino que reclama con energía el pan y la vida á que tiene derecho. Profundamente inquietos por los esfuerzos de los pobres ávidos de satisfacer sus legítimos apetitos, los estados se conmueven. La política busca, amedrentada, un medio para conciliar las reivindicaciones del trabajo y las exigencias del capital. Los gobiernos saben que las sociedades no existen sino gracias al esfuerzo de las clases trabajadoras; pero al mismo tiempo comprenden que sólo el dinero puede permitir al trabajo la realización de su obra. El problema es arduo. Los que debieran ser hermanos, capital y labor, son enemigos. ¿Cómo conciliarlos? Contentar al trabajo, es descontentar al dinero. Oprimir al

trabajo, es provocar las revoluciones que un día ú otro arruinarán á la vieja Europa. Por perspicaces que sean los economistas, aun no han inventado el medio de transformar la naturaleza de las relaciones entre la labor y el capital. Y en esta lucha constante, el ejército permanente, el ejército enorme que consume las fuerzas más preciadas del país, del mundo, mejor dicho, pesa de un modo enorme. Los armamentos son el verdadero secreto de la angustia social. Sin los armamentos...

Paúl Adam se detiene. La llama azul que brillaba hace un instante en sus pupilas, apágase de pronto. Su mano blanca acaricia los rizos que cubren su frente. En sus labios, antes crispados, florece una sonrisa.

— Sin embargo — murmura después de un largo silencio, — sin embargo, eso de hablar de reducir los armamentos parece aún una locura á los hombres... á todos los hombres... aun á los más pacifistas... Ya lo verá usted hacia el fin de la conferencia. En nombre de Inglaterra, el honorable sir Eduardo Fry propondrá, sin duda, que se ponga á estudio el gran problema... ¿Qué responderá Alemania por boca del barón Marschall de Bieberstein?... Yo conozco á más de un hombre político de los que aquí figuran hoy, que temen este instante como se teme un conflicto... Porque todo lo que sea ir al fondo del asunto, es prematuro. Lo único hoy posible, es sentar

las bases de una legislación internacional de arbitraje, preparar un tribunal permanente, crear una válvula para que puedan escaparse, sin producir estallidos, los gases peligrosos de menor intensidad. En cuanto á la reducción de los armamentos, todavía no es sino un ideal.

Y Paúl Adam concluye :

— Un ideal que se ha de convertir en realidad, sin duda, puesto que la lucha social y la paz interior de cada país estriba en él... pero ¿cuándo?...



EL CULTO DE LA NATURALEZA

¿Habéis oído hablar de las ligas nacionales é internacionales en favor de los árboles? Son casi tan numerosas como las ligas contra el uso del corsé... Pero por fortuna son menos inútiles. Una de ellas en cierta memoria presentada últimamente al gobierno inglés, declara que en nuestros días ya hasta los campesinos de Castilla comienzan á comprender que el árbol no es un enemigo. Algo es algo. Sólo que dejar de odiar no basta. Hay que amar además, hay que amar con amor fecundo y fiel.

Los árboles merecen ser amados en todas partes, como lo son en Extremo Oriente, donde la buena religión budista ha puesto en cada tronco, en cada rama, en cada hoja, una sensibilidad, una sentimentalidad, un alma. Maurice Barrés que, para comunicarnos su adoración de las plantas, nos recuerda á menudo la anécdota de Jerjes adornando un olmo cual si hubiera sido una cortesana, haría mejor en evocar las innumerables leyendas orientales en que se ve á un cedro, á un

ciprés ó á un criptomeria quejarse con voz divina de las heridas del hacha. ¡ Cuánto más cerca de nuestro corazón, en efecto, el árbol gemebundo y herido, el árbol hermano, que el árbol ídolo, cargado de collares y de brazaletes! Este último puede ser admirable. El primero es amable. Y de lo que se trata, es de amar.

Amemos los árboles, se titula un libro en que Louis Pierard ha reunido algunas de las más bellas páginas escritas por los literatos franceses sobre el campo. Sí; amémoslos. Amémoslos como los poetas de todos los siglos y de todos los países han sabido amarlos. Amémoslos como Taine amaba aquel castaño frondoso del Jardín de los Inválidos, ante el cual iba todas las tardes á soñar sus magníficos ensueños. « Es mi mejor amigo » — decía acariciando su tronco. Luego, como si hubiera contado la vida de un ser humano, trazaba así su biografía : « Primero fué en la tierra, en la dulce humedad del subsuelo en donde el germen se hizo digno de ver la luz. El sol, en seguida, permitió que la joven planta se desarrollara fortificándose y evolucionando de estado en estado. Alegremente cada año estiraba sus ramas y abría sus hojas, caminando hacia la perfección. Su salud es ahora perfecta. Lejos de mostrarnos una simetría clásica, nos hace ver un alma viva, vibrante, bella. » Y después de una larga contemplación, terminaba, volviéndose hacia sus discípulos : « En ética sobre todo yo le

considero como mi maestro. » Otros árboles podrían ser, como el de Taine, nuestros profesores de estética, otros de lógica. Pero es cual consejeros de vida tranquila y enérgica, cual grandes guías de existencia instintiva, como hay que considerarlos. En los momentos de duda ó de tristeza, de inquietud ó de angustia, ningún ejemplo superior al suyo. Con una calma que nada perturba, sométense á todas las leyes de la naturaleza cantando siempre. La brisa primaveral les arranca dulces epitalamios y los vendavales de otoño los obliga á entonar el himno más triste que se conoce. Todo es, para ellos, motivo de exaltación. La disciplina milenaria que los arraiga á la tierra natal, les da la fuerza invencible de lo inmóvil. Sus movimientos vitales desconocen las vanas impaciencias y las estériles rebeliones. Desarrollándose conforme á sus elementos, no tiene que temer ni sorpresas ni sobresaltos. Toda su evolución es de la más pura armonía y por eso su belleza es incomparable, casi divina. « Si no hubiese más que una rosa en el mundo — dice un poeta — el lugar donde se encontrara convertiríase en un santuario de romerías ». ¿Y si no hubiera más que un árbol?... ¿Si un álano único, si un castaño singular, si un solo olivo creciera en una colina de un punto cualquiera del globo? Más que tu rosa, ¡ oh poeta !, este gran milagro verde atraería á las multitudes de todos los puntos cardinales. Ahora mismo, á pesar de

su abundancia, hay árboles que llaman á las multitudes lejanas en el lejano Japón, y ante los cuales se han establecido, como en otro tiempo antes los templos, centros de actividad contemplativa.

Y no son árboles monstruosos, no son los « talipots » de Caitlán, que con una sola de sus hojas cubren una choza; ni los gigantescos « baobabs » africanos, que se elevan más altos que los minaretes renombrados; ni los « big trees » de California, en cuyos troncos puedan vivir familias enteras; ni los « tsofar » de Nubia, que silban cual serpientes; ni los « tamoi » colombianos, de cuyas ramas cae una lluvia violenta; ni de los « fosforescentes » de Sierra Nevada, que en las noches obscuras brillan como fanales; no; no son estos árboles, ni los árboles legendarios bajo los cuales dictaron sus leyes los emperadores ó reposaron los dioses; no son los seres excepcionales, los que más amor y más admiración merecen. Al contrario. Para que un árbol sea verdaderamente bello, es necesario que sea enteramente vulgar... ¿Os choca este aforismo? Es porque me expreso mal. Lo que quiero decir, es que para que un árbol aparezca en todo su esplendor, hay que verlo en su tierra natal entre la innumerable familia de sus hermanos, y no trasladado á climas extraños. Ved la palmera, por ejemplo. En las comarcas tibias ó ardientes, bajo un cielo suave, sus hojas toman una amplitud majestuo-

sa. En cambio cuando las encontramos en los parques del norte, bajo cielos pálidos, las sentimos como temblorosas de frío, como amarillentas de nostalgia.

Los mismos olivos que necesitan menos sol y que crecen en todas las tierras meridionales, no son verdaderamente sublimes, sino allá en donde Minerva quiso santificarlo adoptando sus ramas como símbolo de paz.

¡ Ah ! los olivos griegos, los olivos plateados de Atenas, cómo nos impresionan cuando por primera vez vemos sus troncos nudosos trepando como piernas de sátiros por las colinas azules. Sin duda todo lo que en ellos hay de poesía y de leyenda, todo lo que sus nombres evocan, todo lo que sugieren sus hojas, aumenta nuestra emoción. Pero estoy seguro de que aun no teniendo historia, ni pasado ninguno, los arbolitos helénicos nos encantarían con sus gracias nerviosas. « Petit arbre nerveux et pâle » — lo llama Charles Maurres en un poema que Louis Pierrard reproduce en su Antología. Y así hay que hablarle, en efecto, con diminutivos acariciadores, como á un ser sensitivo que detesta las inútiles suntuosidades y que de seguro habría rechazado las joyas que Jerjes ofreció al olmo asiático, como rechaza los adornos, menos ricos, no obstante, que los pámpanos quieren á veces colgar en sus ramas. Su belleza es como la de los poemas áticos, algo seca para quien adora lo suntuoso, pero

tan perfecta, tan delicada y tan robusta, que nada á través de los siglos puede destruirla. Los griegos se complacen en asegurarnos que poseen olivos que fueron plantados hace dos mil quinientos años, allá en los días felices en que Aspasia daba consejos á Perícles. Para los naturalistas puede que esto no pase de ser una fantasía. Para nosotros, no. Esos arbolitos ásperos y sin frescura aparente, parecen, en realidad, contemporáneos de las columnas que aun se yerguen á su lado y de los fantasmas que todavía sonríen á su sombra.

Así como hay que admirar el olivo en Grecia, hay que ver el pino en el norte, en las obscuras florestas heladas, allá en los meses en que toda la tierra yace bajo un sudario de nieve, en que todos los demás árboles son cual esqueletos, en que el sol mismo apenas parece tener luz y tener vida. ¡ Ah ! entonces los pinos enmarañados, los pobres pinos negros que en verano eran los más modestos seres de la tierra, aparecen como los únicos habitantes altivos de la comarca. Sus ramas no han cambiado. Tales cual estaban en junio, tales están en diciembre. Lo único que ha cambiado es la canción que cantan. Ya no son arpas eólicas las que se oyen. Las voces suaves y misteriosas que llaman á los duendes picarescos para que corran á sorprender á las hadas tutelares, se han desvanecido. Lo que suena, muy arriba, muy arriba, en las cimas casi negras,

junto á los nidos vacíos, es un gemido interminable. ¡Cómo penetra en el alma esta canción de muerte! Por la noche, sobre todo, á la luz de la luna, entre los temblores de la nieve que parece querer escaparse del seno de la selva, la voz gimiente tiene notas humanas que nos hacen sobrecogernos.

Por fortuna no todos los árboles tienen la tristeza de los pinos. El roble es un patriarca que lleva sus siglos con alegre calma y que se cambia de traje cada primavera, sin olvidar la coquetería de antaño. El álamo aparece cual una ojiva en el gran templo de la naturaleza. Pero son los castaños, los frondosos castaños de hojas labradas, los que más alegría ponen en los campos. El buen humor es en ellos visible. Su vida familiar está abierta á todas las curiosidades. Contemplando un grupo de castaño es, de fijo, cuando Jules Renard escribió aquellas líneas que dicen:

« Viven en familia, los más ancianos en medio, y los pequeñuelos que apenas acaban de echar sus primeras hojas alrededor, pero sin apartarse mucho.

« Con sus largas ramas se acarician como para decirse que están ahí.

« Si el viento sopla, gesticulan encolerizados, temerosos de que sus raíces se debiliten.

« Pero entre ellos, jamás una disputa. Murmuran siempre de acuerdo.

« Viéndoles, siento que serán mi verdadera

familia. La otra la olvidaré pronto. Ellos me adoptarán poco á poco, pues para merecerlo estoy ya aprendiendo lo necesario.

« Ya sé contemplar las nubes que pasan.

« Ya sé estarme quieto.

« Ya casi sé callarme. »

Este delicioso poema que encuentro en la Antología de Louis Pierard, me parece que las ligas de defensa de los árboles debieran publicarlo ilustrado para repartirlo en las escuelas. Porque si hay algo que hace sentir la verdadera vida afectuosa de los grandes vegetales, es esa melancólica fantasía. Y de lo que se trata, es de hacer sentir á los niños — á los niños chicos y á los niños con barbas — esta verdad profunda y necesaria, que los poetas vanidosos creen haber descubierto y que en realidad es obra de la ciencia y de los sabios.

De los sabios, sí. Porque si he de hablar con franqueza, tengo que decir que no existe en el mundo literato ninguno, por genial que sea, capaz de hacernos sentir el amor de las plantas tan intensamente cual un sabio cualquiera de los que se consagran al estudio obscuro y divino de la botánica. Para estos hombres, cuyos nombres no aparecen nunca en los periódicos, no existe ni siquiera la voluptuosa tentación que obliga á los Mirbeau ó á los Maeterlinck á inclinarse, llenos de solícito cuidado, ante las platabandas de un jardín. En efecto, no son las flores, no son las

maravillosas flores aromáticas y lucientes, las que más preocupan á los naturalistas. Son los árboles, son las humildes especies frondosas y dispersas, son las familias campesinas de altos seres despreciados. « Un lirio — dice Moreas — no necesita protección ninguna, pues en su fragilidad es tan respetado como una virgen milagrosa. » ¡ Cierto ! En cambio un pino obscuro, un clásico olivo, un encino nudoso, un vulgar chopo, un árbol cualquiera, un pobre árbol sin prestigo, uno de estos miserables seres verdes que se yerguen en los bordes de las rutas, han menester no sólo de protección, sino de vigilancia. ¡ Tienen tan pocas ideas los hombres sobre la existencia sensitiva de sus hermanos los vegetales !... ¡ Existe tal vacío en los conocimientos humanos en cuanto nos acercamos al mundo misterioso de las flores !... Y, os lo repito, no son los poetas los que mejor trabajan por llenar este vacío. Son los sabios.

Ya en estos últimos años, sin esperar la invitación de las sociedades protectoras de paisajes, un grupo de botánicos enemigos de la rutina han conseguido llamar la atención universal sobre la sensibilidad exquisita de las plantas. « Los chinos — han dicho — á quienes nosotros creemos ignorantes, son, por lo menos en este punto, mucho más doctos que nosotros. » Los chinos, efectivamente, y los japoneses también, tienen, gracias á las leyendas búdicas, nociones menos crueles que los occidentales en lo que se refiere

al mundo vegetal. Desde muy pequeños los niños amarillos aprenden que en los troncos añosos de los bosques, lo mismo que en los esbeltos tallos de los jardines, residen almas sensibles. « Oíd el ruido del hacha — dice una balada oriental — y percibiréis los gemidos de la carne que sufre. » Estos gemidos, que en el Asia lejana la sabiduría religiosa ha hecho oir á todo el mundo, entre nosotros sólo los sabios los han percibido.

— ¿Sabe usted en qué consiste eso? — explicóme, un día, mi amigo Roso de Luna. — En que nosotros los simples experimentadores no tenemos prejuicios. Cuando un fenómeno nos aparece claro, nos apresuramos á renunciar á nuestros principios anteriores. En cambio los artistas, los literatos, los poetas, son siempre conservadores. La idea de que una planta no sea sino un animal con raíces les obligaría á renunciar á mil imágenes milenarias. Por eso no quieren comprender esta verdad. Pero ya tendrán que convencerse, pues no hay duda de que en las escuelas futuras uno de los nuevos principios será la creencia en la vida análoga de los vegetales y los seres humanos... ¿No lo cree usted?... Dentro de algunos días le mandaré un estudio que acabo de escribir sobre la cuestión y entonces se convencerá.

Pocos días después recibí las páginas de mi sabio amigo y entre ellas una llamó mi atención. Hela aquí.

« Tengo delante un hermosísimo ejemplar microscópico — tamaño tres milímetros — de « leptodora hialina, leptodora mefistofélica » que yo la llamaría. Es un animáculo del orden de los « braquiópodos », tipo de los « crustáceos ». Es, en fin, todo un señor árbol. Un tronco que en lugar de tener varios nudos ó grandes mamelones, como el olivo, la vid ó la encina, ha conseguido refundir estas nudosidades en dos muy características. La inferior — vientre — es redondeada, y con tres núcleos que acaso sean ojos, ó acaso pudieran llamarse el futuro estómago, el hígado y el bazo futuros : y la superior, amplia pirámide tetraédrica, de vértices memalonares y redondeados, un pecho perfectamente definido. Presenta asimismo una cabeza cual una yema floral; unos brazos como los multiformes de ciertas esculturas budistas del Brahmmá de los diez brazos del museo Guimet, acaso concordada con seres como éste en altísimos simbolismos evolutivos; brazos — no es mera fantasía, — dos de los cuales se parecen á los del « homo » ó el « simio », con sus apófisis de inserción, su húmero radio y cúbito, su carpo y metacarpo... sus dedos, en fin, erizades de barbillas. »

Sin ir tan lejos como este raro español que en sus doctos ensueños llega hasta el punto de confundir al animal con la planta, otros naturalistas europeos y norteamericanos han observado últimamente las manifestaciones más extraor-

dinarias de la vida sensitiva de las plantas. Así, por ejemplo, Macdougal nos asegura que los seres vegetales tienen ojos. ¿Os hace esto sonreir? Es porque para vosotros la idea de la vista es tan refinada y tan compleja, que al pensar que un árbol puede gozar de ella os lo figuráis en el acto observando con socarrona filosofía todo lo que pasa á su derredor.

Pero cuando se os explica que estos ojos descubiertos por el botánico yanqui no son, en realidad, sino órganos destinados á creer la noción de luz y de sombra, ya vuestra sonrisa, seguramente, se apaga. Porque, en realidad, todo es cuestión de palabras. Aplicando á la existencia rudimentaria de un tronco ó de una rama las visiones de nuestra nervosidad complicada, caemos en el acto en el mayor de los ridículos. En cambio, preparándonos para saber que la sensibilidad vegetal es relativa, ninguna idea nueva nos choca. De los ojos, el profesor Macdougal dice : « Examinada al microscopio la epidermis fina y transparente que cubre las hojas, aparece compuesta de millares de células minúsculas, que contienen un líquido claro, y cuya forma es lenticular, lo que prueba, que están dispuestas para percibir las diferencias entre el día y la noche, con objeto de poder volverse del lado del sol. » Contra tal observación lo único serio que se ha dicho, es que si realmente el órgano visual de los vegetales reside en las hojas, hay que convenir en que

la naturaleza, una vez más, ha hecho muy imperfectamente las cosas, puesto que durante el invierno los árboles se despojan de su follaje. Pero á esto Cunisset Carnot, gran defensor de las modernas hipótesis, responde que, efectivamente, los crudos meses del hielo pueden muy bien privar de la vista á los vegetales, lo mismo que ciega á infinidad de insectos, de reptiles y de moluscos. El propio Cunisset Carnot refiere una anécdota, ó, como decían nuestros abuelos, « un caso » que parece inventado por un poeta japonés para impresionar á los niños. Helo aquí reducido á pocas líneas. Érase un labrador inglés, que había plantado en las inmediaciones de su vivienda unos cuantos olmos para esconder sus ventanas contra las indiscreciones de la ruta. Estos olmos, jóvenes é impresionables, parecían gozar de las suaves brisas primaverales con mayor intensidad que los viejos manzanos del huerto vecino, y, naturalmente, también parecían sufrir de un modo singular durante los crueles días del invierno. Atraído por tales signos de vida sensible, el labrador consagróse á observar atentamente las diversas manifestaciones nerviosas de sus arbolitos. Los murmullos gozosos de sus ramas, cuando el aroma de las flores del jardín subía hasta ellas, parecíanle una prueba de que no hay ser vivo incapaz de sentir algún placer. En el movimiento de las hojas buscando el calor y la luz, descubría el instinto animal de la planta

toda. Pero nada le sorprendía tanto como ver que los olmos experimentaban, ni más ni menos que los hombres, la sensación del miedo. En efecto, cada vez que un rebaño de carneros pasaba por la ruta, los nerviosos árboles poníanse á temblar, sin que el menor soplo de aire los agitara.

Otro sabio, Tolkowsky, va más lejos aun que Wackdougal, y no contento con creer que los vegetales tienen movimientos instintivos, les concede un alma. « La vida de los seres verdes — dice — es tan intensa como la de los hombres. » ¿Será esto verdad?... Yo tiemblo ante la idea de una floresta que odia y ama. ¿Figuráos las tragedias terribles de los jardines, las monstruosas epopeyas de los bosques, los dramas desgarradores de los huertos! El hacha del leñador que suprime á un ser soberbio, lleno de vida y de belleza, rompe con su filo el alma de una amante, de un amigo.

¿Sonreís de nuevo?...

Hacéis mal...

El sabio Tolkowsky principia su estudio con una declaración que nos permite adivinar todos los ensueños de amor entre flores. « En el vegetal — dice — hay algo más que movimientos reflejos. Posee, como los animales, la facultad de realizar una labor interna, inmaterial, que tiene efectos análogos á los que produce la actividad de nuestros centros psíquicos. Esta fuerza abstracta es el alma. Decir instinto no es bastante.

Hay que decir, sin miedo : alma... Pero, naturalmente, tal alma no es cual la nuestra, ó mejor aún, es cual la nuestra, mas incompletamente desarrollada. » Luego, en una serie de observaciones tan profundas como sutiles, nos prueba que no hay exageración ninguna en sus palabras liminares. El instinto de la planta, en efecto, es una realidad demostrable y, según parece, demostrada por mil experimentos científicos. Uno de estos experimentos es el relativo á la división del trabajo. « Las fuerzas físicas del ser vegetal — dice Tolkowsky — no son aprovechadas por todo el organismo, sino por los órganos que las necesitan. Todo se adapta á las condiciones del momento, las que hacen que el mismo rayo de sol dé á las ramas un movimiento de desarrollo opuesto al de las raíces. La parte más pequeña no ejecuta sino lo que es útil al organismo entero.» Otras observaciones hacen ver que las flores y los árboles sufren, gozan, son capaces de amor, tienen melancolías y llegan hasta á suicidarse cuando se los aleja del sitio en que han nacido y vivido. Lo que á nosotros nos parece siempre un fenómeno natural de la trasplantación, es, á veces, un verdadero suicidio. La planta sin gusto por la vida, deja de nutrirse, deja de respirar y, en una palabra, hace un esfuerzo instintivo para escapar á la amargura de su vida. Hay, en apoyo de estas hipótesis, una historia tan extraordinaria como la de los olmos ingleses, y es la de dos

cerezos normandos que murieron de amor y de tristeza. ¿Sonreís aún?... No importa. Oíd y quizá en seguida vuestros ojos sentirán la dulce humedad de las más hondas ternuras. Un jardinero de Rouen tenía en su huerto dos cerezos, plantados tan cerca el uno del otro que sus ramas se acariciaban sin cesar. Ambos eran muy lindos, con sus hojas murmuradoras y sus ramas ligeras cargadas de pesados racimos. Pero el buen jardinero pretendía que si en vez de estar tan juntitos estuvieran alejados, se desarrollarían mejor y le darían más pingües cosechas. Un vecino, consultado sobre tan importante asunto, opinó del propio modo, asegurando que en tan estrecho espacio de tierra no podía haber bastante savia para dos cerezos. Entonces el campesino trasplantó uno de ellos á otro extremo de su huerto. Y se dijo : « Ahora producirán el doble. » Mas ¡ ay ! lejos de eso, los pobres arbolitos comenzaron á languidecer, á secarse, á enfermarse. En quince días todas las hojas habían caído. Luego una mañana de otoño, mientras los demás frut ales erguíanse orgullosos de sus ricos productos, los enfermos amanecieron muertos. Eran dos amantes que no habían podido resistir á la separación.

— Pero — pregunta naturalmente nuestro escepticismo — ¿no puede esta muerte haber sido provocada por alguno de los numerosos males físicos, de que suelen padecer las plantas?

— No — responde la ciencia; — no; el mal aquel no fué físico, sino psíquico. La materia estaba sana. La enferma era el alma. El jardinero normando, que era un botánico distinguido, lo comprobó haciendo una verdadera autopsia de los cadáveres. Todos los órganos, tronco, ramas, fibras, raíces, los halló en perfecto estado de salud. La muerte había sido provocada por la tristeza.

En el Japón y en la China los poetas saben mil historias como éstas para emocionar noblemente á los niños. En Europa no son los poetas los que saben, sino los sabios, los buenos sabios sentimentales que á veces son más poetas que los poetas...



EN SIRIA Y PALESTINA

EL LÍBANO

Hace más de una hora que salimos de Beirut, y aún no hemos andado cinco kilómetros. Cuando llegamos á una meseta abierta, vemos á nuestros pies el amontonamiento de casas sin carácter, medio europeas, medio árabes, que forma el gran puerto sirio. Uno por uno contamos los cipreses del cementerio, los mástiles de los barcos, las agujas de las mezquitas. Pero, de pronto, como para interrumpir nuestra contabilidad, el tren echa á correr, respirando monstruosamente, y durante veinte ó treinta minutos nos hacemos de nuevo la ilusión de que nos hemos aproximado al fin de nuestra jornada, á la dulce Celesiria llena de flores. Todo, á medida que subimos, nos anuncia una tierra paradisíaca. Las faldas de las montañas están cultivadas con un cuidado escrupuloso, como si estos singulares campesinos fueran jardineros enamorados de su arte. Cada soto forma una sucesión de amplias terrazas hechas para impedir que las lluvias arrastren la tierra vegetal, pero que, en apariencia, no son sino gen-

tiles alardes de buen gusto. Á lo lejos, en las planicies extensas, los olivares lucen al sol sus hojas plateadas. Muy arriba, muy arriba, en las cimas, destácanse, aislándose, enormes árboles de obscuras copas. Y todos pensamos, con una emoción casi religiosa : « He ahí los cedros; he ahí los bellos cedros sagrados; he ahí los cedros, del rey Híram, los cedros de Salomón y de Ezequiel, los cedros del Templo, los cedros de los salmos...» Y en nuestra memoria cantan las endechas del Antiguo Testamento que alaban al gigante verde de Siria, hermoso en ramos, umbroso en ramas, envidiado de los demás árboles del campo y amado de las aves. « Debajo de su ramaje parían todas las bestias y vivían muchas gentes. Y eran hermosos en su grandeza. »

Á medida que más rápida parece la marcha del tren, más impaciencia sentimos por llegar á las alturas apenas entrevistas, y de las cuales ya no debemos estar muy lejos. Mas, ¡ ay !, un poste de hierro acaba de hacernos ver que no nos hallamos sino á diez y siete kilómetros de la costa, entre la aldea de Areiya y el valle de Uadi Charour. Justamente al llegar á la planicie, Beirut aparece de nuevo á nuestros pies, muy confusa en su amontonamiento de casas y de barcos. Esta vez sus cipreses, que ya no son sino manchas verdes, apenas perceptibles en la blancura general, no llaman nuestra atención. El paisaje que nos rodea basta para inte-

resarnos y para cautivarnos. Unidas por suaves valles, las montañas del Líbano se extienden sobre nuestras cabezas, ondulando formidablemente en un interminable mar de lava. Sólo que esta lava, enfriada desde hace millones de años, se ha cubierto de una capa de tierra rojiza, que la convierte en una región fértil y agradable, sin nada de aquel aspecto espantoso que en las cimas de los Pirineos ó de los Alpes llena el ánimo de angustia. ¡ Ah, no ! Nada es aquí brusco, nada es aquí rudo.



La población misma tiene en esta región privilegiada un carácter especialísimo, con su mezcla de cualidades fuertes, y de virtudes delicadas. Desde que uno se detiene en una de las aldeas que ocupan los valles y que trepan por los flancos de las rocas arrastrando consigo sus jardines y sus rebaños, la actividad y la cortesía de los libaneses sorprende agradablemente. Divididos en campos enemigos por motivos religiosos, estos montañeses son, no obstante, hermanos por el instinto del trabajo y por el amor de la independencia. Desde que en el siglo XIII el rey San Luis promulgó su famosa ordenanza declarando que las maronitas del Líbano tendrían en toda circunstancia el apoyo

de los franceses para mantenerse libres del yugo musulmán, su libertad ha sido siempre, si no reconocida, al menos respetada por los dueños de Siria. Actualmente su constitución política, constituye, en pleno territorio turco, una anomalía. El sultán de Constantinopla, en efecto, no tiene más derechos en estas tierras, que el de pagar el sueldo del bajá designado y sostenido por las potencias. El bajá gobierna y administra la región conforme á leyes especiales, esforzándose, ante todo, por evitar las luchas religiosas que tantas veces han ensangrentado las santas montañas. « Imitad la conducta del emir Bochir » — dicen los cónsules europeos al bajá. « Mientras vivió aquel gran libanés — escribe un historiador local — las querellas religiosas no existieron. Los diversos cleros, cuyo espíritu de intriga trata siempre de provocar crisis, eran mantenidos en una subordinación perfecta. Con un tacto admirable, el jefe supremo del país se había colocado fuera de los diversos cultos de sus súbditos, y para mantener entre ellos el equilibrio, no pertenecía á ninguno; ó más bien, lo que era una mayor prueba de sabiduría, los practicaba todos á la vez. Musulmán para los musulmanes, druso para los drusos, cristiano para los cristianos, su conciencia era una imagen de las montañas que gobernaba. » Los bajás actuales, que no tienen la fuerza moral de proclamarse omnicreyentes, tratan, por lo

menos, de mostrarse neutrales. En los demás organismos administrativos, la neutralidad se establece por la abundancia misma de intereses morales opuestos. Así, por ejemplo, el tribunal supremo se compone de seis jueces : uno druso, uno maronita, uno ortodoxo, uno católico, uno metualí, uno musulmán. Y con esto, y con la convicción de que el yugo turco no ha de doblegar nunca sus cervices, los libaneses, fuertes y laboriosos, se consagran á la industria, á la agricultura y al comercio, de una manera desconocida en el resto de Siria. Las bellas sedas que se ven en los bazares de Damasco, son fabricadas aquí. Los encajes que se venden en Beirut, son también de aquí. Ya hace más de un siglo, esta actividad llamaba la atención de Volney, quien se preguntaba cómo siendo tal región una de las menos privilegiadas por la naturaleza, estaba tan poblada y producía tanto. « Á fuerza de arte y de trabajo — dice aquel viajero — han obligado un suelo duro á ser fértil. Para aprovechar las aguas las conducen en mil canales por las vertientes, ó las contienen en los valles por medio de calzadas. Para sostener la tierra, que tiende siempre á resbalar por los flancos de sus montañas, construyen grandes murallas. El campesino, sin embargo, no es más rico que en otros lugares de Oriente, pero vive tranquilo y no teme que el caimacán ó el ayá haga saquear su casa, destruir su viña y raptar á sus mujeres.

La seguridad es el principio de la población, pues atrae á los hombres, que pueden multiplicarse en paz. » Esta seguridad, que en siglos pasados fué causa de atracción, es hoy causa de éxodo. Los montañeses, seguros de que pueden dejar á sus familias al abrigo de matanzas y pillajes, emigran con frecuencia para comerciar en Europa y en América. Las casitas deliciosas cuyas ventanas verdes nos llaman la atención en todas las aldeas por las cuales pasamos, están construídas con dinero que viene de Buenos Aires ó de Nueva York. Como los griegos, más tal vez que los griegos, los libaneses no pierden nunca de vista, en las tierras lejanas en que se enriquecen, la tierra natal. Las escuelas, los hospicios, los conventos, todo lo que constituye obra de solidaridad ó de asistencia, se sostiene con el oro de ultramar. Comerciando con habilidad, el druso ó el maronita que emigra, se priva de todo personalmente para poder darse el gusto de contribuir á la obra nacional del engrandecimiento de su patria. Hay aquí, según parece, pueblos enteros en los que no se encuentran sino mujeres. « Nuestros hombres andan por el mundo », contestan las lindas montañesas á los que les preguntan por sus maridos, por sus hermanos, por sus padres. Y, mirando con fijeza á quien se acerca á ellas, hacen ver que, aun siendo frágiles en apariencia, tienen, como sus montañas natales, un alma de roca.



Á medida que más nos aproximamos á las mesetas de las cumbres, más sublime y más seductor es el paisaje. La inmensidad misma de las ondulaciones que se pierden en el espacio con un épico aliento de mar petrificado, tiene tal delicadeza en sus contornos gigantescos, que, en vez de acongojar, atrae. Cada monte sube rítmicamente, cual una ola, y va á reunirse á otro monte, dejando un delicadísimo valle á sus pies, como para que los hombres puedan siempre vivir en el seno majestuoso de la cordillera. Las verduras que cubren el suelo hacen ver que jamás el ser humano, aun siendo como es, enemigo de las cumbres, ha tenido miedo de estas alturas. Las huertas, lejos de encerrarse en su espacio natural de las mesetas, trepan por las vertientes, escalan los barrancos y llegan hasta arriba, para abrigar sus vides y sus hortalizas á la sombra de los cedros enormes.



¡Los cedros!... ¡Los cedros!... De minuto en minuto, sus amplias copas glaucas, que recor-

tan sus perfiles en el fondo azul del cielo, parecen acercarse á nosotros. Y de minuto en minuto, sus proporciones se afinan, su grandeza disminuye, su aspecto general se confunde con el de las hayas corpulentas, pero no colosales, que hemos visto en los patios de algunas mezquitas. Los raros ejemplares de su raza que existen en Europa, en los Jardines de Aclimatación, son, de seguro, mucho mayores. No hay más que recordar cuán miserables parecen, al lado del célebre cedro de Ginebra, todos los pinos de Suiza, y cuán pequeños son, en Francia, comparados con los cedros del buen Tournefort, los más altos castaños de Indias. Aquí, en cambio, vistos de lejos, estos hijos de los árboles del rey Híram, no son más enormes que cualquier haya de buen porte.

— ¡ Como que no son sino grandes pinos negros, plantados hace menos de un siglo ! — me dice mi guía.

— ¿Y los cedros? — le pregunto. — ¿Dónde están los cedros?...

Él ríe...

Los cedros, según parece, ya no existen en el Líbano. Ó, mejor dicho, sí, sí existen, pero como simples curiosidades, ni más ni menos que en los jardines oficiales de Europa. En una región relativamente alejada de estas montañas de la ruta de Damasco, hay unos cuantos ejemplares centenarios, tal vez milenarios, que los turistas

van á ver, cual reliquias sagradas. Los siete más célebres tienen guardianes que los protegen contra la codicia de los coleccionistas de astillas y de ramas. Para contemplarlos, hay que subir á dos mil metros de altura por rocas poco accesibles y poco amables.

***

Personalmente, yo prefiero continuar mi camino hacia Muallaka, donde terminan estas bellas montañas. Desde aquí se ven ya las llanuras de la Celesiria, que es un jardín. El sol de la tarde ilumina las alturas, dándolas reflejos rojizos. Las aldeas que se recuestan en las faldas del Líbano, á la sombra de las moreras y de los olivares, anímanse con una vida casi fantástica á medida que la luz va encendiendo llamas de oro en sus vidrios. Las viñas tienden sus matas verdes, de un verde tierno y primaveral, en extensiones inmensas. Por los senderos pasan, pausados, los rebaños de cabras negras seguidas por pastores beduínos cuyas amplias chilabas flotantes tienen una majestad bíblica. Y todo sonríe. Todo es ameno. Todo es suave. Todo nos habla de bienestar, de paz, de vida patriarcal. Cada uno de los caminos blancos que serpentean por los valles, es una escondida senda á donde el mundanal

ruido no llega. Los árboles cargados de frutas son vivos testimonios de riqueza paradisíaca.



Pero esto mismo, que constituye á través de los siglos la ventura material de la gran región donde el buen Híram reinó, hace que las bellas montañas libanesas sean, legendariamente, de una pobreza absoluta. Aquí, en efecto, los poetas de Israel no han colocado ninguna de las piedras maravillosas que marcan el paso de sus fantasmas divinos por la tierra. Algo más lejos, del otro lado de la Celesiria, entre Suk-Uadi-Baradá y Ain-Fidjé, hay una roca siniestra, en la cual Caín asesinó á Abel... Más lejos, mucho más lejos, está el Sinaí, envuelto en rayos, que conserva las huellas terribles de Moisés... Y más lejos aún, está el Ararat, donde la serpiente hizo pecar á Eva... Aquí no hay nada más que casitas blancas amontonadas en los valles; y grandes plantaciones de viñas; y olivares plateados; y altas hayas hijas de los cedros muertos; y líneas armoniosas que dan á las montañas formidables suavidades de colinas...



DAMASCO

«Mi paraíso no es de este mundo», murmuró el profeta, sin querer entrar en Damasco. Y aquel « vade retro » musulmán me persigue como una obsesión desde que he comenzado á pasearme por estas calles llenas de sol y de polvo. ¡ Ah, si como Mahoma me hubiera contentado con admirar de lejos el gran vergel oriental !... Porque no hay duda de que ninguna ciudad produce, vista desde una altura, una impresión tan encantadora. Los europeos que quieren explicar el entusiasmo de los árabes por Damasco, nos dicen que es preciso tener en cuenta que los que llegan aquí del interior del país han atravesado antes un inmenso desierto, sin un árbol, sin una fuente. Pero en realidad no es indispensable venir del fondo de la Arabia para sentir la dulzura verdaderamente paradisíaca de esta tierra. Cuando uno la contempla en Salahiyet, experimenta la sensación de ver realizarse un ensueño. Es un jardín inmenso el que aparece ante la vista. De ese jardín se alzan, llenando el espacio de flechas

blancas, los lindos minaretes de las mezquitas. Las casas extienden sus terrazas entre las flores. Los siete ríos legendarios brillan con cabrilleos argentinos en las calles umbrías. Sólo que ¡ ay ! si uno penetra en la ciudad y comienza á pasearse, la delicada ilusión se desvanece. ¿Dónde están los jardines?... ¿Dónde las terrazas floridas?... ¿Dónde las mezquitas?... ¿Dónde los ríos?... Al salir de la estación del ferrocarril de Beirut, nos encontramos de pronto en una avenida que podría ser de una ciudad de segundo orden francesa ó italiana. Ahí va el río de todas las canciones y de todas las esperanzas, el río casi sagrado que hace soñar durante las noches solitarias á los caballeros del desierto, el dulce Baradá de aguas de turquesa... Mas, para no mentirnos á nosotros mismos, tenemos que confesar que no es sino un río turbio y lento, que pasa bajo vulgares puentes de hierro. ¿Y la explanada ésta por la cual nos conduce nuestro cicerone y que, según parece, era antiguamente el paseo de los jinetes y de las damas veladas? ¡ Oh desencanto de los desencantos ! Hoy no vemos ahí sino grandes casas de estilo europeo, hoteles alemanes y suizos, edificios municipales, almacenes enormes cuyos rótulos son copias de los de París; y para completar el cuadro, un tranvía eléctrico, un endiablado tranvía que pasa junto al río sonando sus campanillas y que va á perderse allá muy lejos, después de la plaza central, entre las callejuelas

antiguas... En la Plaza, la desilusión se acentúa aún más. ¿Estamos realmente en Oriente? Esta formidable columna de hierro que se alza aquí, cubierta de trofeos, celebra no una victoria de los príncipes Omiadas, sino una victoria del progreso. Al pie de la columna se amontonan los coches de alquiler, iguales á los viejos simones madrileños, con sus caballos flacos y sus cocheros soñolientos. Más allá, una enorme cervecería de Munich llena con sus sillas toda una acera. Y la calle que conduce á los bazares se abre, así, entre ruido de « choppes » servidas por camareros rubios y estrépito de timbres eléctricos.

Verdaderamente, más me hubiera valido imitar á Mahoma y no entrar en este paraíso, de lejos tan bello, de cerca tan vulgar...



Pero no, pero no... De aquí que, apenas hemos abandonado la gran plaza de las cervecerías y la gran calle del Tranway, para meternos por un pasaje abovedado, todo cambia como por obra de magia. El Occidente, y el progreso, y la electricidad, y la prisa, se quedan allá fuera. Aquí, en una penumbra tibia, el pasado oriental nos posee en absoluto, con sus aromas, sus músicas, sus colores y sus líneas. Estamos, según me

dice mi guía, en el Bazar, en el famoso Bazar de Damasco, donde se amontonan, desde hace más de mil años, los tesores del comercio y de la industria árabes. Aquí vienen, en caravanas interminables, á través del desierto, los perfumes de Bagdad y los bálsamos de Basora; aquí llegan de Persia, envueltos en telas brillantes, los bordados de oro y los collares de filigrana; aquí se conservan las últimas hojas de alfanje damasquinadas por los artistas de otro tiempo; aquí está el depósito de las sedas del Líbano y de Alepo; aquí se venden los encajes de Galilea; aquí, en fin, se encuentran los productos de los diez mil telares que aún funcionan en la ciudad como en tiempo de los califas fatimitas. ¡Oh, estas sedas de Damasco, estas extraordinarias sedas, cuya riqueza asombra y cuya belleza encanta, estas sedas que parecen verdaderamente hechas para mantos de reyes de las mil y una noches!... No sé cuántas horas llevo en una tienda dejando que dos mercaderes de blancos turbantes y de amplias túnicas expongan ante mis ojos alucinados las maravillas de sus estanterías. Y son brocados en los cuales toda una flora de ensueño abre sus corolas áureas en fondos de colores violentos, de púrpuras, de anaranjados, de violetas. Y son amplias mantas todas tejidas de plata, sin más decorado que el reflejo del metal blanco mezclado con el de la seda blanca, mantas para ideales desposadas de

rostros invisibles, mantas virginales y místicas. Y son largas tiras de crespones damascenses, á rayas multicoloras, como los que se ven en los cojines orientales de los palacios. Y son sederías negras, severas, que parecerían paños de luto con sus sequedades algo rudas, á no ser por los hilos de oro que pasan, de trecho en trecho, entre sus mallas sombrías. Y son tules del color de la aurora, tules casi impalpables, verdaderos vapores de seda, claros, transparentes y luminosos, que, al desenvolverse sobre los demás tejidos, los cubren cual un céfiro, idealizándolos... ¡Cómo se comprende aquí la embriaguez que, en los viejos cuentos árabes, se apodera de las hijas de los bajás cuando los mercaderes recién llegados de Basora, de Samarcanda, de Bagdad ó de Damasco, abren ante ellas las cajas de sus caravanas! Yo mismo, que en realidad no sabría qué hacer con tantos tesoros luminosos, permanezco absorto ante ellos, experimentando un deseo absurdo de llevármelos todos, todos, todos, de acariciarlos largamente como se acaricia un cuerpo femenino, de envolverme en ellos... Y es necesario que mi guía me despierte de mi ensueño de suntuosidades, para que me dé cuenta exacta del tiempo y del lugar.

***

— Aún tenemos que ver muchas cosas — me dice.

Es cierto.

Tenemos que ir hasta el barrio de los judíos, allá, muy lejos según parece, con objeto de ver la puerta por la cual entró San Pablo y la ventana por la cual se escapó para librarse de las asechanzas de sus enemigos. Tenemos que ir hasta el lugar de la visión. « Yendo por el camino aconteció que, llegando cerca de Damasco, súbitamente le circundó un resplandor de luz de cielo, y cayendo en tierra oyó una voz que le decía : Pablo, Pablo ¿por qué me persigues? » Tenemos que ver todos los lugares santos de la ciudad, antes de visitar los palacios de los bajás, que son, si hemos de creer á Pierre Loti, alcázares encantados.

— He aquí la casa de Ananías.

En el fondo de un patio, ábrese una puertecilla que conduce á un subterráneo frío convertido por los franciscanos en capilla. Este es el único santuario auténtico, entre los varios que enseñan los cristianos, pues la célebre ventana por la cual se escapó San Pablo, no es sino una barraca edificada en época relativamente reciente en lo alto de una muralla sarracena. Otro reposorio bíblico que tampoco debe ser auténtico de un modo indiscutible, y que sin embargo nos impresiona más que la ventana de la fuga, es la casa de Naamán, el guerrero leproso curado por

Elíseo. El sitio en que se encuentra, todo poblado de ruinas milenarias, es de una belleza horrible. Con la eternidad que tienen en Oriente las cosas, aún viven, alrededor de esta casa leprosa, los leprosos damascenos. El paisaje es de una sordidez grandiosa. Los árboles se detienen muy lejos. Los arroyos no llegan hasta aquí. El suelo, cubierto de despojos, es gris é ingrato. Muy cerca está el principio de la calle Derecha por donde entró lleno de fe repentina el fogoso Pablo. Mas en vano tratamos de evocar su fantasma y los de sus compañeros. Ninguna sombra cristiana responde á nuestro conjuro. « Tal cual hoy vemos esta larga calle que corta en dos partes la ciudad — nos decimos recordando una frase de Renán — así debió ser en tiempo del apóstol. » Nada, empero, nos habla aquí del Evangelio. Las casitas apiñadas en racimos tortuosos, con terrazas bajas y ventanas estrechas, son iguales á las de todos los pueblos musulmanes, casitas herméticas y hostiles, casitas misteriosas.

***

Instintivamente hemos vuelto hacia los bazares, y los recorremos sin cansarnos durante horas enteras. Todo nos interesa en estas inmensas galerías llenas de tiendecillas y de

obradores, en los que se concentra la actividad de la población. Divididos por gremios, según la venerable costumbre oriental, cada « suk » tiene su color y su olor especiales. Aquí están los vendedores de sederías, en esta larguísima calle abovedada que va hasta la mezquita de los omniadas. Sus estrechos recintos, que suelen contener verdaderos tesoros, son los más alegres que existen, con sus pañuelos multicolores colgados en las puertas y sus lindos chales rojos tendidos en el interior. Júnto á las sedas aparecen los cueros, el otro lujo árabe, los cueros brillantes, labrados como joyas, que sirven para fabricar los arneses y las babuchas. Sentados en el umbral de sus barracas, los talabarteros y los zapateros trabajan sin prisa en la realización de sus obras maestras. Todos hacen los mismos gestos. Todos se aplican á la misma labor. Todos emplean los mismos materiales. Vistos de lejos, forman un interminable friso vivo de una simetría perfecta. Y si sus actitudes son uniformes, sus labores no lo son menos. Á través de los siglos, las mismas sillas de montar, llenas de adornos, las mismas riendas adornadas de cuentas de vidrio y las mismas pantuflas puntiagudas siguen saliendo de los mismos talleres. Los hijos de Saladino no necesitan, como nosotros, cambiar á cada instante de modas ni de modales. Cual se vestían en tiempo de los grandes califas, así se visten hoy. Las mujeres

pasan por entre los « suks » siempre envueltas en sus velos flotantes, siempre tapadas como espectros, siempre discretas y medrosas. De vez en cuando, al entrar en una tiendecilla, levantan su antifaz obscuro y dejan brillar sus ojos admirables, sus grandes ojos negros que los poetas comparan siempre con los de las gacelas. Pero esto no dura sino un minuto. Luego el velo cae de nuevo sobre la faz pálida y el fantasma continúa su vida misteriosa. « Lo único que no lograremos jamás — decía un revolucionario turco á Marcelle Tinayre — es destapar el rostro de nuestras mujeres. » Y si eso pasa en Constantinopla, donde ya la cultura europea se filtra por todas las grietas de los viejos muros, figuráos lo que pasará en Damasco, que tiene la pretensión de conservar las tradiciones con más pureza que Bagdad y Samarcanda. El mismo tarbuch rojo, adoptado por todo el islamismo, aquí no es frecuente. Los nómadas llevan siempre sus coronas de lana negra y los sedentarios no se quitan nunca el turbante. Y, á fe mía, bien hacen, pues así vestidos, con sus amplias túnicas de colores suaves y sus tocados antiguos, son seres de las Mil y una noches.

*
* *

Y son seres deliciosos, corteses, amables, galantes, hospitalarios, discretos, tolerantes. En estos mismos momentos en que los preparativos para la peregrinación á la Meca atiza en las almas el fuego religioso, no puede nadie sorprender en las calles la más ligera muestra de hostilidad contra los cristianos. En la gran mezquita de los omniadas, donde pasamos la mañana, no sentimos una sola mirada hostil. Cuando entramos, después de habernos descalzado piadosamente, la escuela de los muftis está en plena actividad. Acurrucados en una inmensa tarima, los futuros sacerdotes oyen al imán, que les explica los grandes secretos del Corán con ese tono de melopea adormecedora que en todas partes tienen las recitaciones de iglesia. Los adolescentes de perfiles de bronce, parecen oir la venerable palabra con la mayor deferencia. Innumerables fieles, que terminaron ya su prez matinal con el rostro vuelto hacia el mirab, permanecen postrados al pie de las columnas, soñando largos ensueños. En algunos rinconcillos reservados para devociones especiales y para milagrosos votos, los más fogosos creyentes abísmanse en delirantes invocaciones. Todo el templo parece animado de una intensa vida piadosa, de una profunda actividad mística. Mi guía, que es un sirio de Jerusalén acostumbrado á las feroces intransigencias de los guardianes de la mezquita de Omar, asegúrame á cada paso

que no es prudente continuar nuestra visita á esta hora. Por mi parte, no sólo no veo en los fieles de Mahoma la más leve amenaza, sino que hasta me parece que ni siquiera han notado nuestra presencia. Deteniéndome ante cada detalle arquitectónico que me inspira curiosidad, voy, sin prisa, entre los muftis y los imanes, no provocando sino el vuelo de algunas palomas. Más feliz que Pierre Loti, quien estuvo aquí cuando el incendio de 1893 había convertido todo este recinto en un campo de escombros, he podido ver la mezquita reparada, con su antigua forma, ya que no con su antiguo esplendor. « Para construir el santuario de los omniadas — dice el profesor Socin — vinieron mil doscientos artista de Bizancio. De las demás ciudades de Siria, se trajeron columnas antiguas. El pavimento y la parte inferior de los muros eran de mármoles raros, y la parte superior de los muros, así como la cúpula, estaban cubiertos de mosaicos. Los nichos para orar tenían incrustaciones de piedras preciosas. Entre las columnas se entrelazaban los pámpanos de oro. El artesonado era de cedro incrustado de oro. Las seiscientas lámparas eran de oro. » De todos estos esplendores antiguos hoy sólo quedan las columnas y algunos fragmentos de mosaicos. En cuanto al oro de las lámparas y de las incrustaciones hace mucho tiempo que desapareció en los torbellinos de las guerras y de los motines. Pero,

tal comoes, siempre puede figurar el viejo santuario de los califás entre los más bellos edificios religiosos del Islam, con sus vidrieras de colores, con sus capiteles labrados, con sus mármoles de matices suaves, con su soberbia cúpula, con su gran patio descubierto. Lo único que no tiene es la suave penumbra que tanto impresiona en otras mezquitas. Muy clara, en efecto, muy ventilada, carece de misterio y de intimidad. Es un santuario para grandes rezos colectivos, no para coloquios tiernos con el Creador. Sus diferentes capillas, consagradas á diferentes sectas musulmanas, hacen ver su carácter de amplio panislamismo. Por eso, sin duda, los viejos fieles apegados á las tradiciones locales, prefieren, para alzar sus preces á Alah y para conversar con el Profeta, las mezquitas más pequeñas y más escondidas que se encuentran á cada paso en el laberinto de las callejuelas antiguas.

***

Estas gentes tan risueñas, tan corteses, tan gentiles, estas gentes que no enseñan sino sus reverencias graciosas á los forasteros, tienen, sin embargo, una historia trágica. Viéndoles ahora envueltos en trapos alegres, me pregunto si es posible que en el fondo de sus almas exista la dureza de que dieron muestras durante las

últimas matanzas de cristianos. Y tengo necesidad de recordar los relatos leídos recientemente, para convencerme de que no estoy entre escépticos, sin fe hostil y sin fanatismo sanguinario. « Según el testimonio de los testigos oculares — dice Vogué, — los cristianos fueron degollados como corderos. Había grupos que huían, perseguidos por los musulmanes; pero la mayor parte presentaban el cuello al cuchillo de los drusos, sin tratar de escapar á su destino. » Y luego, hablando del saqueo de Asbeya, agrega : « Los restos de la población válida se habían refugiado en la iglesia; enloquecidos por lo que habían visto, una locura furiosa se había apoderado de aquellos cristianos; amontonados en la azotea del edificio, contemplaban, riendo frenéticamente, el incendio de sus casas. Un amigo mío encontró en las puertas de la ciudad á una mujer que contemplaba, riendo, los cadáveres de su marido y de sus hijos; los drusos le habían arrancado de los brazos á un niño de teta y lo habían aplastado con los pies. » Esto pasó aquí, en las mismas plazas donde ahora todo sonríe, entre los paredones impasibles, junto á los bazares llenos de músicas y de canciones... Los vendedores de sederías, que hace un instante me ofrecían sus voluptuosos velos entretejidos de oro, con una cortesía infinita, son los hijos de aquellos degolladores. Y los otros también, los que venden, entre risas y

chanzas, sus ricos pasteles de miel; los que pasan, con una flor en los labios, envueltos en luminosas chilabas; los que me saludan desde el umbral de sus tiendecillas; los que, muy graves, se enternecen al ver á los perros errantes y les echan pedazos de pan; todos los que me rodean, en fin, todos, todos, tienen en la sangre la ferocidad de los matadores de cristianos, y el día en que la oportunidad de organizar una buena matanza se presente de nuevo, trocarán, locos de gozo, su sonrisa actual por un gesto sanguinario y magnífico.



¡Oh, estas calles de Damasco, estas tristes calles color de tierra, estas calles llenas de polvo ó de lodo, estas calles sin ventanas, sin ruido, sin vida! Cuando uno penetra en ellas al salir de los alegres bazares, figúrase que ha entrado en una ciudad desierta y yerta. ¿Dónde están sus habitantes?... Más aún, ¿dónde están sus casas?... Porque á primera vista no se distinguen sino muros decrépitos que se extienden en líneas quebradas según absurdos alineamientos. Sólo de trecho en trecho se descubre una puertecilla carcomida, con su enorme aldabón de hierro. Aquí, á la sombra del soberbio minarete de la gran mezquita, sobre todo, la ciudad tiene

un aspecto fantástico de soledad y de miseria. Y, sin embargo, éste es el barrio donde se hallan las famosas viviendas que tanto asombran á los forasteros.

— Hay que llamar — díceme mi guía deteniéndose ante puertecillas muy modestas.

Hay que llamar, en efecto, y luego hay que esperar muy largo tiempo, hasta que un negro asoma misteriosamente la cabeza por un portillo. Hay que transponer otra puerta, á veces otras dos, otras tres puertas. Y al fin, como premio de tanta paciencia, se recibe la recompensa del fantástico espectáculo de los palacios nunca vistos. Aunque esto de nunca vistos, no lo digo yo, que conozco el Alcázar de Sevilla y la Alhambra de Granada, sino los viajeros alemanes, ingleses y franceses. « Como un sueño de las Mil y una noches — escribe Pierre Loti, — me acordaré siempre de haber visitado, una mañana de primavera, la mansión del bajá Abdulah. » Yo también he visitado esta mansión, gracias á una carta del doctor Mardrus. El bajá nos ha recibido, á mi cicerone y á mí, sentado en un taburete de cuero y fumando un enorme marghilé. Y, sin duda, este patio rodeado de altas murallas, refrescado por una fuente inmensa, alegrado por boscajes de jazmines, de rosas y de mirtos, es admirable. Y la gran sala en la cual el bajá recibe á los que vienen á visitarlo, la sala fresca y suntuosa cuyo piso es de jaspe, cuyas paredes

están cubiertas de azulejos, cuyos artesonados son como encajes policromos, cuyas vidrieras reparten la luz con una perfecta ciencia de las penumbras, sin duda, sin duda, también es admirable. Pero me basta volver la vista hacia el Alcázar ó hacia la Alhambra, para que, en el acto, todo esto me parezca pobre, estrecho, seco, de mal gusto. Además, los palacios árabes españoles tienen la ventaja de no estar amueblados, mientras la mansión de Abdulah se enorgullece con los más horribles muebles que pueda uno figurarse. En el salón en que me encuentro, veo nada menos que un armario de luna, de estilo Luis XVI, todo incrustado de nácar. Junto al armario, en un marco de un gusto detestable, resplandece la imagen de Guillermo II de Alemania.

— Aquí estuvo — nos dice el bajá lleno de orgullo.

¡ Ah, el terrible kaiser ! No hay medio de dar un paso por Damasco, sin tropezar con su recuerdo. Allá arriba, á la entrada de la población, donde antes enseñaban el lugar en el cual el Profeta se detuvo para contemplar los jardines, ahora muestran un belvedere edificado para su majestad imperial. En la tumba de Saladino, en la capilla donde hasta hace poco no penetraban siquiera los infieles, lo primero que se ve es una corona de bronce dorado, puesta por su majestad imperial al pie del catafalco. En el hotel, en fin,

cuando uno se permite la menor observación, el manager, solemne, contesta : — Aquí estuvo su majestad imperial.

Al bajá, que me enseña el retrato del kaiser, le digo :

— Aquí estuvo también Pierre Loti, un gran artista, un gran poeta.

— No sé... no sé — me contesta.

Y luego, leyendo de nuevo la tarjeta del doctor Mardrus, murmura :

— La señora de Mardrus también es poeta... ¡ Qué ojos tan lindos tiene !...



Cuando salimos de la casa del bajá Abdulah, las callejuelas del antiguo barrio de la gente rica me parecen de una fealdad y de una miseria inverosímiles. Los paredones grises se alzan á uno y otro lado, impidiendo que la luz llegue hasta el suelo. De vez en cuando, un postigo entreabierto deja entrever un patio minúsculo, sin un árbol, sin una fuente. Y nunca una ventana, nunca nada que ponga en comunicación el hogar con la vía pública. Cada casa es al mismo tiempo un convento, una fortaleza y un presidio. Detrás de los paredones, más allá de los patios exteriores, comienza la mansión

con sus flores y sus juegos de agua, con sus salas cubiertas de azulejos y sus galerías de cedro labrado, con sus divanes profundos y sus espejos tentadores. Pero ese paraíso pertenece al dueño del harén, al amo y señor de la familia. Para los demás no existe sino la tapia, y el lodo de la calle, y la penumbra perpetua entre los postigos siempre cerrados. Un olor de humedad hace más desagradable aún estos barrios antiquísimos. Aun en los días en que no llueve, los pies resbalan en el lodo. Los arroyos, que cantan adentro la canción de sus surtidores, fuera forman un charco negro. Hay que ir muy lejos para ver calles frescas, con alegres escenas árabes; hay que atravesar todos los suburbios comerciales; hay que salir por una de las puertas antiquísimas de la ciudad y seguir el curso caprichoso de los ríos, que pasan bajo la tierra, que se esconden entre los muros, que surgen de pronto cuando uno menos lo piensa, y que vuelven á esconderse, en un perpetuo jugueteo.

***

Henos aquí, de nuevo, en el Bazar. Todos los días nuestros pasos se dirigen hacia este delicioso laberinto, en el que bulle y palpita la existencia de la ciudad. Aquí los que no saben escribir vienen á sentarse junto á las mesitas de los memo-

rialistas y dictan sus cartas de amor ó de negocios. La clientela femenina, sobre todo, es abundante en los rinconcillos discretos. Muy tapadas, hablando muy quedo, tratando de contener los movimientos nerviosos de sus manos pálidas, las damas árabes hacen poner por escrito lo que quieren que el ausente sepa. Cerca de los memorialistas están los fabricantes de sellos, que, con útiles muy finos, graban en los chatones de las sortijas la cifra que sirve en Oriente como firma y que es indispensable en todo documento. Algo más allá están los joyeros, que trabajan lo mismo que sus abuelos de hace quinientos años, con herramientas primitivas, y que á pesar de eso, ó por eso mismo, producen obras de una delicadeza y de una gracia exquisitas : collares de filigrana con incrustaciones de vidrios que les dan un brillo de esmalte, brazaletes sonoros y vistosos para adornar los finos tobillos de las damas del harén, pendientes muy bellos y muy fantásticos que, de lejos, parecen enormes escudos de oro y que ponen su nota de luz en el tocado de las beduinas. ¡ Con cuánta fe se inclinan estos buenos joyeros sobre la labor comenzada ! En la seriedad que demuestran, se ve que están convencidos de que no hay sacerdocio más respetable que el que tiene por objeto aumentar el encanto femenino. Y si los joyeros son sacerdotes, los reposteros son alquimistas. En el fondo de sus tiendecillas decoradas con fayenzas persas

de gran precio, atizan sin cesar el fuego de sus hornillos bajo las retortas más enigmáticas. Un aroma riquísimo de miel, de canela, de rosas y de leche, embalsama las inmediaciones de sus puestos. Los niños y los perros forman á sus puertas una perpetua guardia de honor. Ante otras barracas donde también hay hornillos y retortas, pero que no huelen á canela sino á aceite rancio, los que se amontonan son los miserables, los muertos de hambre. Porque no todo es lujo y labor feliz en estos « suks » benditos. También hay una galería, muy grande y muy poblada, que no es sino un mercado de andrajos, una corte de los milagros de Oriente. ¡ Ah, miserable y sórdido suk-el-kumeilé, que aún no había visto y que surges hoy de pronto, cuánto más patética es tu miseria que la de todos los « rastros » occidentales ! Envuelta en albornoces flotantes que se caen á pedazos, la pobreza de Damasco tiene actitudes desgarradoras que, aun la misma pobreza de Rusia, muerta de frío, desconoce. Al salir de la galería de las sedas y de los perfumes, sobre todo, cuando uno se siente enajenado por las imágenes de la voluptuosidad, el brusco aparecer de los andrajos causa una angustia infinita. Y á pesar de lo curioso que el espectáculo nos parece, huimos de él instintivamente, y volvemos hacia lugares más alegres, para respirar de nuevo los efluvios de la dicha, de la alegría y del regocijo que llenan los bazares ricos. Mas la

melancolía es tal, que me impide saborear de nuevo en toda paz de ánimo las escenas callejeras de risas y de canciones. Tengo necesidad de luz, de espacio, de aire libre, de flores, de árboles. La imagen fresca é idílica de las arboledas acude á mi memoria.

***

Para pasar mi última tarde damascense, me refugio solo, sin guía, sin amigos, en el vasto suburbio de los jardines idílicos entrevistos ayer desde las alturas de Salahiyet. Ahí también las tapias, las indispensables tapias pardas, las odiosas tapias altísimas, impiden gozar de los boscajes y de las alamedas. Cada jardín está cercado como una ciudadela. Los musulmanes necesitan un recato absoluto para sus ritos familiares. En estos sitios campestres, sobre todo, en los cuales pasan las damas de la aristocracia los días de verano soñando bajo los jazmineros floridos, es preciso que las puertas sean más robustas y más herméticas que en las casas del barrio rico. « Que ninguna mirada pueda filtrarse hasta ti, para que yo te vea siempre pura », dice un poeta árabe. Ahora, por fortuna, no es época de paseos, y algunos postigos entreabiertos me permiten admirar la belleza de los vergeles profundos,

llenos de murmullos de fuentes y de aromas de flores. ¡ Ah !... En verdad, el Profeta hizo mal en no entrar en Damasco... Ó, mejor dicho, hizo bien, muy bien, pues el paraíso terrestre le habría obligado á no pensar nunca más en conquistar el del otro mundo. En este oasis, bajo este cielo, entre estos efluvios balsámicos, la existencia no se comprende sino como un perpetuo ensueño sensual y perezoso. ¡ Cuán lejos me siento de las inmediaciones de las mezquitas, en las cuales se amontonan los fanáticos para orar austeramente ! Los siete ríos legendarios se dividen en centenares de arroyuelos, que pasan, sin prisa, recitando madrigales de languidez. Los árboles, siempre verdes, alzan sus copas propicias en el oro del día. Las alas de la brisa, que han atravesado sotos de limoneros y de magnolias, acarician las sienes con una suavidad enervante. Olvidándome de San Pablo, me siento un alma de árabe y experimento la necesidad de entrar en uno de estos cafés al aire libre, para vivir en silencio largos minutos de quietud, de quimeras y de ignorancia.

Me parece que todo lo que constituye mi vida normal se ha desvanecido para siempre. El humo del narghilé sube en espirales blancas y va á confundirse con el de los musulmanes que me rodean, como mis soñaciones se confunden con las suyas. Á lo lejos suena una música monótona de guzlas ó de violines beduinos. El agua del río

parece inmóvil. En las enramadas no se mueve una hoja... Y mi nirvana voluptuoso es tan dulce, tan dulce, que me siento acongojado á la idea de que no ha de durar sino un instante...



TIBERÍADES

Desde hace unas cuantas horas experimento la sensación inefable de vivir un ensueño milenario. La ciudad que surge poco á poco ante mi vista, no es la capital de la Galilea creada por un Herodes con elementos cosmopolitas. De la fachada romana, en efecto, nada le queda á la humilde Tiberíades de nuestros días. Á diez minutos del centro, los cicerones enseñan á los viajeros un amontonamiento de piedras negras y dicen :

— Este es el castillo de Antipas.

Sólo que nada es tan poco seguro como la genealogía de estas ruinas grandiosas. La ciudad romana, que tuvo un hipódromo y muchos palacios, ha muerto. En cambio, la ciudad judía vive siempre tal cual todas estas ciudades deben de haber vivido en tiempo de Jesús. Es la única que aun subsiste de entre las poblaciones que animaban las márgenes del lago. Porque de Cafarnaum, de Magdala, de Betsaida, de Corozaim, sólo el recuerdo queda en campos desolados. La maldi-

ción divina no fué pronunciada en vano. « ¡ Ay de ti, Tapernaum ! ¡ ay de ti, Betsaida ! — dijo en un momento de cólera Jesús. — ¡ Ay de vosotras ! Porque yo he hablado y no me habéis oído, he hecho milagros y no os habéis convertido. ¡ Ay de vosotras, Corozaim y Dalmanata ! Si Sodoma y Gomorra hubieran visto los milagros que he hecho entre vosotras, se habrían arrepentido. » Hoy nada existe de aquellas ciudades. En cambio Tiberias está siempre aquí, como el día en que los apóstoles presenciaron la multiplicación de los panes y de los peces, mirando sus terrazas en las aguas divinas del lago. Las casitas pintadas de blanco ó de azul, pobres sin sordidez, se amontonan alrededor de las sinagogas. En la campiña cercana, el trigo crece entre las flores silvestres. Cuando Renán vino á Galilea hace cuarenta años, esta comarca era de una desolación infinita. « Este lindo país, que hoy por culpa del enorme empobrecimiento que el islamismo ha operado en la vida humana es tan triste, tan lamentable... » — dice el gran historiador de los orígenes del cristianismo. — Y otros viajeros anteriores á él, nos hablan con más detalles de la desolación de los campos donde no vieron ni viñas, ni trigos, ni pastos, y donde toda la tierra estaba cubierta de abrojos y de hierbas salvajes. De entonces acá, los judíos que regresan á Palestina después de la larga dispersión de Occidente, como sus abuelos volvieron del cautiverio de Babilonia,

han hecho florecer las tierras. Contemplando las llanuras que se extienden al pie de las montañas, no puede uno menos de evocar las descripciones ingenuas y entusiastas de los primeros peregrinos cristianos. Son los mismos campos ricos y risueños, son los mismos senderos llenos de flores, son los mismos rebaños en los mismos pastos verdes...



La ciudad también debe ser igual á todas las grandes aldeas de pescadores y de campesinos en las cuales nacieron los apóstoles. Hoy que la gente celebra la fiesta del sabat y que los trajes arcaicos salen de los muebles ancestrales, la ilusión es completa. Por las puertas abiertas, se ve el interior de los hogares. Las familias, reunidas en los patios, forman grupos pintorescos. Las amplias túnicas de colores claros aún llamadas « mitpahath » envuelven los cuerpos de las mujeres sin deformarlos, con una gracia bíblica. Rut estaba vestida así cuando el viejo Boz le hizo levantarse la falda con pretexto de darla seis medidas de cebada. Verdad es que las Ruts actuales se complacen en adornarse con alhajas muy doradas, con cintas muy rojas ó muy azules, con collares de muy mal gusto. Pero esto mismo está dentro de la tradición milenaria. Las judías, co-

mo todas las orientales, han adorado siempre los adornos violentos y las joyas brillantes. El *Talmud* habla á menudo de las bandas de seda cubiertas de placas de oro ó de plata con las cuales las muchachas se hacían verdaderas coronas so pretexto de retener sus negras cabelleras. Los pendientes eran tan grandes, que á veces, según la Biblia, pesaban hasta un medio siclo. Los collares, los triples collares en los cuales las perlas alternaban con los granos de ámbar y con las simples cuentas de vidrio, parecían indispensables en toda « toilette » femenina, porque en ellos iban suspendidos los « lehaschim » talismánicos con sus santas inscripciones. Los brazaletes, en fin, los brazaletes de las piernas y los brazaletes de los brazos, resultaban tan numerosos como variados : los había para el codo, los había para las muñecas, los había para los hombros, los había para las rodillas, los había para los tobillos, y su uso era casi ritual. Las judías actuales no han tenido, pues, necesidad de imitar á las árabesdetestadas para mostrarse suntuosas. Hasta el « puch », que ennegrece las pestañas y finge negras ojeras, es de tradición bíblica. « Aunque te vistas de grana — dice Jeremías, — aunque te adornes con collares de oro, aunque te pintes con puch los ojos, en vano te engalanas. » Y Ezequiel, agrega : « He aquí que los hombres vinieron de lejos y por amor de ellos te lavaste y pintaste los ojos con cohl y te ataviaste con adornos. » Las

muchachas de Tiberíades, sin esperar á ningún hombre que venga de lejos, puesto que aquí nadie viene, se han ataviado esta tarde como Rebeca, y como Judit, y como las hijas de Job. Sus adornos, que no son de gran precio, son, en cambio, de gran efecto. Sus collares y sus brazaletes de plata, hacen sonoros todos sus movimientos. El kohl y el puch, han dado á sus ojos languideces tentadoras. Y yo las encuentro verdaderamente deliciosas con sus trajes de antaño, en este « decor » milenario.

De los hombres ¡ ay ! no puede decirse lo mismo. El deseo de ajustarse de un modo estricto y farisaico á las prescripciones de la Ley en lo que tienen de más exterior, los hace poco agradables á la vista. « ¿Por qué esos rizos que caen sobre las mejillas?—se pregunta uno.—¿Por qué esos turbantes de pieles bajo este cielo? » Y hay que recordar que el Levítico ordena que el varón de Israel no se corte los cabellos sobre las sienes, y que la tradición quiere que el tocado masculino recuerde siempre la forma del saniph de Josué y de Saúl. Pero aun no encontrándolos bellos, tampoco los encuentro, como Vogué, como Loti, como Peladán, horribles de verse con un aspecto escrofuloso, miedoso y vil. No, en mi alma y conciencia. Envueltos en sus largas túnicas de colores vistosos, andando lentamente por las calles ó sentados en las puertas entre sus mujeres y sus hijas, aparécenme, al contrario, como los ejem-

plares más genuinos y más variados de la gran raza dispersa. Es un error, en efecto, el de creer que todos los israelitas que hoy pueblan Tiberíades pertenecen á las familias establecidas en el norte de Europa y degeneradas por el clima y por las miserias sufridas durante siglos y siglos. Junto á los recién llegados de Rusia, de Lituania y de Polonia, están los que regresaron de España hace cuatrocientos años y que forman una verdadera aristocracia israelita. La gran sinagoga que se encuentra fuera de la población, en las inmediaciones de las antiguas termas de agua caliente, es sefardím. ¿Y cómo habían de faltar aquí esos judíos de ojos negros y de noble historia teniendo como tienen que custodiar el santo sepulcro del cordobés Maimónides?



¡Maimónides! No hay en Oriente quien pronuncie su nombre sin veneración. Los cristianos, los árabes, los judíos, todos saben quién fué aquél hombre sublime. Sólo los españoles no lo sabemos. No : no lo sabemos, por muy versados que seamos en historia de la Edad Media. Sabemos que fué un gran filósofo, que fué un gran sabio, que fué un gran teólogo. Pero eso no es nada. Para darse cuenta de su verdadera magni-

tud, hay que considerarlo desde esta tierra del Talmud, donde la raza judía conserva aún toda la fuerza de sus esperanzas. Aquí, en Palestina, Maimónides aparece cual el más sublime de los hijos de Israel después de Moisés. Los sefarditas oran ante su sepulcro como ante el de un Profeta. De todas partes del mundo vienen hasta este rinconcillo de Galilea, en romerías piadosas, los hebreos que quieren purificar sus labios al contacto de esta piedra santa. Los pobres tiberianos, en fin, no cambiarían esta reliquia por todas las que posee Jerusalén. Y no os figuréis que tan gran devoción sea puramente local y popular. Los historiadores israelitas de mayor importancia, colocan á nuestro judío por encima de todos los demás judíos. « Las comunidades más doctas del judaísmo — dice Theodore Reinach en su *Histoire des Israélites*, — acogen con entusiasmo sus libros traducidos al hebreo y lo veneran como á un segundo Moisés. » Después de las Tablas de la Ley, en efecto, ninguna legislación sagrada tiene tanta fuerza como los Artículos de la Fe, de Maimónides, adoptados por la Sinagoga y considerados como el complemento del Decálogo mosaico. Pero su verdadera gloria no es sólo religiosa, sino también filosófica y política. Cuando, á la edad de treinta años, tiene que salir de España huyendo de la intolerancia árabe, encuentra á sus correligionarios más dispersos moral que materialmente. Las interpretacio-

nes del Talmud y de la Mischna, crean en el seno de Israel una confusión peligrosa para la conservación de las creencias esenciales. Cada Sinagoga, cada grupo de doctores, cada sacerdote, tiene en el siglo XII su manera de comprender y de enseñar la Ley. Las enormes compilaciones talmúdicas de los primeros tiempos de la era cristiana, autorizan las mayores fantasías místicas. La magia, la astrología, la kábala, todas las ciencias ocultas de la Edad Media, extravían la mente de los orientales en general y de los judíos en particular. El gran rebaño de las almas se halla, en una palabra, disperso. Entonces Maimónides, obrando como un Moisés ideal, emprende su gran obra salvadora y reune á sus correligionarios ante el miraje de una Tierra Prometida que no es de este mundo, pero que basta á operar el milagro de la solidaridad de la raza. El título de su obra más famosa, es, en este sentido, muy elocuente. *Guía de los Extraviados* llámase este libro que constituye, aun en nuestros días, la base de la filosofía religiosa israelita y que da una pauta segura para no vivir en la perplejidad dolorosa, á aquellos que, encontrando mil contradicciones entre el sentido de la Escritura y las verdades de la Ciencia, se hallan cerca del abismo de la Duda. La Ley, según Maimónides, debe ser siempre considerada como la suma de todas las certidumbres, pero en muchas circunstancias en que su letra está en desacuerdo con la verdad po-

sitiva, hay que contentarse con interpretarla de un modo alegórico. Gracias á este sistema, los israelitas han podido, mejor que los católicos, atravesar los siglos de la cultura moderna sin verse obligados á cerrar los ojos ante la ciencia ó á abandonar la fe.

— Es nuestro Salvador — dicen los que se arrodillan ante su tumba.

Y, en efecto, lo es.

España, que no conserva sus restos, debiera por lo menos conservar su recuerdo como el de uno de sus más gloriosos hijos. Porque sino es exacto que « toda la grandeza verdadera de España haya sido judía », como me lo aseguraba hace un instante un ardiente sefardita de Tiberíades, pcr lo menos puede asegurarse que, entre los grandes españoles, muchos fueron judíos. Aquí, en Palestina, se encuentran las huellas de algunos de ellos. En las sinagogas, entre los Salmos de David y las Lamentaciones de Jeremías, el único cántico que se recita es la *Elegía* del español Iehude Halevi; Moisés ben Herroch, que fundó en Córdoba una gran escuela rabínica que llegó á ser el verdadero centro de la cultura hebraica durante la Edad Media, era español; Samuel y José Halevi, los dos sabios cuyos nombres se veneran aún en todo el Oriente, fueron españoles; Hayyudj, el verdadero funda dor de la filología judaica, el descubridor de las raíces de tres letras, era español; Bekhai ben Josef, el filó-

sofo de los *Deberes del Corazón*, que los sefarditas consideran siempre como uno de los más maravillosos libros del mundo, era español; Salomón ibn Gabirol, el poeta, era español; Isaac Alfasi, codificador de las leyes talmúdicas y fundador de la escuela de Lucena, que tanta influencia tuvo en todos los centros académicos del Oriente hebraico, era español; Iehuda Al Harizi, poeta que todavía hace vibrar el alma de su raza, era español; Abraham ibn Ezra, el astrólogo, era español; Abraham ibn Daud, que escribió libros de historia que se leen siempre, era español; Benjamín de Tudela, el ardiente viajero cuyo *Itinerario* nos sirve de guía á los que viajamos por estas tierras, era español; Moisés de León, en fin, el autor del *Zohar* que es y será el breviario de la cábala y la piedra angular del ocultismo, era español.

Que todos estos nombres hayan sido olvidados durante los siglos de fanatismo religioso, se comprende muy bien. Pero que no se trate hoy de reunirlos á los de las demás glorias nacionales, se comprende menos bien. En nuestro parnaso, en la más alta cima, dominando á todos los que fueron místicos ó filósofos, Maimónides podría figurar dignamente. Yo, en nombre de España, me arrodille hoy ante su tumba y le digo : « Tú que eres el todo comprensivo, perdónanos por haberte olvidado durante mil años. El momento de la resurrección de tu gloria no puede tardar.

Córdoba, que ahora parece no recordar ni siquiera tu nombre, te glorificará mañana como al más grande de sus hijos, entre los cuales, sin embargo, los hubo grandísimos.»



Después de mi peregrinación á la santa tumba española, quiero ver una sinagoga. Mi cicerone me lleva al fondo de una callejuela sórdida y me hace penetrar en una enorme sala, baja de techo y miserable de aspecto.

— No es la hora de la oración — nos dice al vernos entrar un muchacho de ojos tiernos y de melenas rubias.

Bien lo vemos. No es la hora de la oración, pero sí la de las discusiones teológicas. En esta ciudad, donde los más sabios doctores se reunieron durante los primeros siglos de nuestra era para compilar y comentar los documentos que forman el Talmud de Jerusalén, las largas disputas sobre los misterios de la Thora son de rigor. Todo el mundo tiene algo de rabino en Tiberíades. Los comerciantes, en sus tiendecillas obscuras, entablan interminables charlas sagradas que les hacen descuidar el negocio. Los ancianos no hablan sino de la Ley. Los niños mismos, antes de aprender á leer, saben ya lo que es el Deu-

teronomio y el Levítico. En la sinagoga, hoy, día consagrado al culto, la animación es grande. Alrededor de una mesa muy larga y muy sucia, una docena de ardientes celadores discuten con calor quién sabe qué detalles enigmáticos y sutiles. Uno de ellos tiene abierto un enorme tomo encuadernado en pergamino y trata de leer un pasaje. Los demás lo interrumpen á cada instante. En otro extremo, dos sacerdotes, vestidos de luengas túnicas de terciopelo y tocados con enormes turbantes de pieles, ponen en orden algunos objetos del culto. En las gradas mismas del púlpito, en fin, dos adolescentes examinan con ojos de presa una cadena de plata que un anciano les enseña. Y toda la vida de las sinagogas de hace dos mil años, en las cuales Jesús tomaba la palabra para expresar sus dulces ensueños, revive ante nosotros. He ahí á los fariseos esclavos de la letra, he ahí á los rabinos ocupados de las formalidades tradicionales, he ahí á los mercaderes...

El mismo chico de lindos ojos, que al vernos entrar nos previno que aun no era el momento de la oración, nos dice ahora :

— No os vayáis. Dentro de una hora comienza la prez.

***

Mas nosotros tenemos interés en ver de nuevo la ciudad antes de que anochezca. Sin rumbo fijo, siguiendo el azar de nuestros pasos, recorremos las callejuelas pintorescas hasta que al fin nos encontramos ante las murallas derruídas. Entonces regresamos por el mismo camino y vemos las casitas blancas y azules con sus patios estrechos, con sus macetas de flores, con sus escaleras negras, con sus azoteas cuadradas, con sus balconcillos de madera. En ninguna parte se encuentra una vivienda grande y rica. Todo es mezquino, todo es diminuto. Las habitaciones que se descubren por las ventanas entreabiertas, dejan ver, junto á los lechos cubiertos de telas vistosas, los hornillos de las cocinas. En algunas estancias, muy reducidas, hay hasta cinco y seis camas. En este clima, bajo este cielo, el verdadero salón es el patio. Ahí están ahora, charlando gravemente, las mujeres, mientras los hombres llenan las sinagogas y las encrucijadas. Al vernos pasar, las cabezas se vuelven curiosamente hacia nosotros con un ruido ligero de collares y de pendientes. No todas las judías son bonitas, naturalmente. Pero las hay entre las muy mozas, de deliciosos rostros pálidos con grandes ojos ojerosos y labios provocantes. Ninguna de ellas responde á las miradas admirativas ó curiosas con los gestos de pudor hostil de las árabes y de las turcas. La raza tiene, por lo menos en Oriente, fama de ligera. Cuando uno habla con

algún mahometano de las muchachas apenas púberes que al anochecer comienzan á pasearse por las calles de las ciudades de Palestina, todos murmuran desdeñosamente : « Son judías ». La judía, además, ha cometido, á los ojos de sus hermanas las musulmanas, el pecado de destaparse el rostro y esto, en Siria, es imperdonable. « ¿Qué se puede esperar de esas mujeres que salen con la cara descubierta, como perras? », dice un poeta árabe. Nosotros, claro está, no podemos comprender tal indignación. Entre las mismas figuras de la Biblia, sólo Rebeca y Tamar aparecen veladas. Las demás enseñan sus rostros como hoy lo hacen sus lejanas herederas. Los velos que los musulmanes querrían imponer á todas las orientales, no eran, en Israel, sino adornos contra los cuales los profetas solían protestar. « Aquel día — grita Isaías — quitará el Señor el atavío de los calzados, las redecillas y las lunetas; los collares, los joyeles y los brazaletes; las ascofietas, los atavíos de las piernas, los partidores de pelo, los pomos de olor y los zarcillos; los anillos, los mantoncillos, los velos (raal) y los alfileres. » No pecan, pues, las judías enseñando la cara. Tampoco pecan contra la tradición siendo coquetas. Lo que los israelitas decían de sus compatriotas, ningún turco, ningún árabe, se atrevería á repetirlo. El horror que la Iglesia católica tiene contra la mujer y que llevó á los padres del concilio de Macón á discutir durante

meses enteros para saber si las hijas de Eva tienen realmente un alma, no procede del dulce Jesús, amigo de Magdalena, y de Salomé, esposa del Cebedeo, y de María Cleofás, y de Marta, y de Susana, sino de Ezequiel y de Jeremías y de Isaías.



Cuando las sombras han comenzado ya á invadir el cielo, volvemos al hotel rendidos de haber caminado todo el día. Pero apenas nos hemos echado en una butaca, un rumor misterioso que viene de la plaza pública nos obliga á asomarnos á la ventana. Y entonces asistimos á un espectáculo inolvidable. Á orillas del lago, los judíos que antes discutían sentados en la playa, hanse puesto de pie. Con los rostros vueltos hacia el Sur, oran en alta voz. Un rumor inmenso se eleva, sube, se infla, luego se suaviza, luego cae. Nadie hace el menor ademán. Quietos, con los brazos inmóviles, con los ojos fijos en un punto ideal del horizonte, forman un extraño coro místico. Y el rumor vuelve á subir, vuelve á inflarse, vuelve á suavizarse, vuelve á caer... Es una oración infinitamente suave, que conmueve y que acongoja en la penumbra de la tarde, al borde del mar de Galilea.

De pronto, todos juntos, como obedeciendo á

una voz de mando, se marchan y desaparecen en la obscuridad de las callejuelas.



Mi cicerone me abandona para recogerse. Y solo ante el lago por donde suele pasar en noches de beatitud la sombra divina de Jesús, solo ante la ciudad milenaria, que vió Sus milagros y que no creyó en ellos, solo conmigo mismo y con mis penas, y con mis congojas, siento subir á mis labios fragmentos dispersos de oraciones olvidadas. Las casas sin techos, con sus terrazas blancas, se extienden hacia la derecha apiñándose medrosamente al amparo de las murallas de la ciudad. Algunas palmeras muy altas, muy quietas, recortan sus abanicos airosos en el fondo iluminado por la luna. Á lo lejos surgen, fantasmales y enormes, las masas negras de los conventos. El agua tranquila, blanca, parece un espejo de plata. Y allá en frente, las montañas de Galad, las santas montañas color de rosa, no son ahora sino una línea suavemente ondulada, una línea muy azul, muy azul, casi negra, que se extiende hasta el infinio entre el cielo lleno de luceros y el lago lleno de luna...



LA CIUDAD LEPROSA

¿Será porque el tiempo, hasta ahora radiante, se ha tornado de pronto gris?... ¿Será porque los chacales del monte Ebal han aullado toda la noche?... ¿Será por culpa de los leprosos entrevistos al salir del hotel?... Lo cierto es que esta ciudad, que ayer, á la luz del crepúsculo, antojóseme tan agradable entre sus huertos, paréceme ahora, vista de cerca, la más triste, la más horrible de las ciudades. El primer espectáculo que hemos encontrado en nuestro paseo matutino, es un cementerio; pero no un cementerio, como los de Constantinopla y de Damasco, lleno de cipreses y de rosas, no, sino un cementerio desolado, en el cual las tumbas parecen haber sido profanadas por una horda loca; un cementerio pardo, polvoriento, pedregoso, siniestro. Sólo que esta misma visión es amena, si se compara con la del interior de Nablusa. Figuraos, en efecto, un pueblo de tuertos, de mutilados y de energúmenos, que viviera en las catacumbas de San Calixto, y así tendréis una idea de lo que es la antigua Si-

chém. « La gente de Nablusa — dicen los libros sobre Palestina — están considerados como fanáticos, sucios y pendencieros. » Lo del fanatismo lo notamos apenas pusimos nuestros pies infieles en una de las mezquitas del centro. Un murmullo amenazador acogió nuestra visita. Mas esto, en localidades casi exclusivamente musulmanas, no es extraño. En la misma blanca Túnez, tan refinada, basta acercarse á un patio sagrado para que las miradas de los fieles se encienda en cólera. Lo que sí es extraño, más que extraño, inaudito, es la fealdad grotesca de estos nabluseanos de ojos horribles, de manos carcomidas, de piernas torcidas. Á cada paso se me figura encontrar á un leproso. Y en vano mi cicerone me repite que los leprosos no pueden venir hasta aquí y que tienen que quedarse en su barrio, donde poseen su mezquita y sus casas. Para mí, todos son leprosos.



La ciudad misma es leprosa. Los altos muros de las casas, construídos con materiales obscuros y húmedos, están llenos de grietas. Las tiendecillas bajas, sombrías, estrechas, en las cuales trabajan, silenciosos, los artesanos, exhalan un olor espantoso de putrefacción. Los pasajes abovedados, en fin, son cloacas obscuras. ¡ Oh, esos

pasajes, esos terribles pasajes, bajos como sepulcros, largos como túneles, húmedos como alcantarillas! Á cada instante, entre dos callejuelas torcidas y empinadas, la boca del pasaje aparece, negra, fétida, espantosa. Y hay que meterse en ella, hay que ir hasta el fondo, hay que rozar á los seres que ahí se hallan, inmóviles y amenazadores, envueltos en andrajos invisibles, murmurando preces ó maldiciones.

— ¿No hay otro camino? — le pregunto á mi guía.

— No, — me contesta.

Por cualquier parte por donde uno dirige sus pasos, el pasaje está ahí, abierto en plena roca, hediondo, alucinante. Para ir desde nuestro hotel hasta la sinagoga de los samaritanos, llevamos ya atravesados no sé cuántos túneles de esos, y aún no estamos cerca del fin de nuestro camino. ¡Y decir que yo me reía de mí mismo pensando en la locura de haber andado ocho horas á caballo sólo por venir á ver un manuscrito milenario! Ahora noto que ocho, y hasta diez y ocho horas, ya no á caballo, si no á pie, son poca cosa comparadas con este paseo por las calles de la ciudad leprosa. Lentamente, muy lentamente, resbalando á cada instante, vamos, siempre hacia el sur, de una plaza á una callejuela y de una callejuela á un pasaje abovedado. Pasamos junto á algunos enormes caserones en ruinas, que deben de haber sido conventos ó cuarteles en la época

de las Cruzadas; recorremos el Bazar, donde, según Pierre Loti, se encuentran unas chilabas excelentes; atravesamos la plaza principal, que está llena de grupos torvos. Y después de mucho andar, llegamos á un patio, en el que encontramos á unos cuantos hombres, envueltos en luengas túnicas blancas.



Un anciano flaco abre con manos temblorosas una puerta y nos invita á entrar en la sinagoga más venerable de la Samaria, en la antiquísima sinagoga donde aún se adora á Jehová según el rito primitivo, donde se conserva el Pentateuco más antiguo que existe, donde una secta, que se creía desaparecida desde hace más de mil años, celebra siempre el culto conforme á la tradición de los hijos del levita Aarón. Aquí está el venerable «Pentateuco» que venimos á ver. El rabino Jacub lo saca de un armario, muy envuelto en telas desteñidas, muy atado con cintas de oro. Piadosamente lo entreabre y, sin darnos apenas tiempo para verlo, lo vuelve á enrollar, lo vuelve á atar, lo vuelve á meter en su cubierta de seda. Para consolarme sin duda de lo rápido de la visión, uno de los acólitos del gran sacerdote me da un retrato del viejo Jacub y una tarjeta postal que contiene la descripción en inglés del ma-

nuscrito sagrado : « Todas las descripciones hechas antes de Herodes y después de él, del Pentateuco del Templo del Garizím — dice esta tarjeta — corresponden exactamente al ejemplar que se conserva en Nablusa. El pergamino es muy largo y sus columnas no tienen divisiones de párrafos visibles. Los caracteres son muy bellos y muy anteriores á la escritura caldea. Algunas de sus columnas están casi borradas y se leen con dificultad. La tradición local, asegura que el Pentateuco este fué copiado al pie mismo del primer Tabernáculo del monte Garizím, por Abischa, hijo de Phineas, hijo de Eleazar, hijo de Aarón, hace tres mil cuatrocientos años. » La idea de que acabo de contemplar con mis pobres ojos mortales un libro milenario, el libro más antiguo que existe en el mundo y que si no data, como lo pretende exageradamente mi tarjeta, de los primeros años de la conquista cananea muy bien puede ser contemporáneo de Ciro y de Alejandro, me llena de emoción y de regocijo. Pero viendo luego la miseria sin grandeza y sin misterio de este santuario, en el cual los devotos venden tarjetas postales y el gran sacerdote trata de saber cuánto le vamos á dar como propina, me pregunto si verdaderamente no hubiera sido preferible tomar la ruta de Haifá para ir á Jerusalén, y evitar esta ciudad horrible. De tal modo, por lo menos, habría podido conservar mis ilusiones sobre los samaritanos, sobre su templo, sobre el

patriarca Jacub, sobre el manuscrito del Pentateuco. ¡ Me habían pintado los libros de un modo tan distinto todo esto ! El templo, por ejemplo, ya sabía yo que era pequeño y pobre; pero ¿cómo iba á figurarme que estuviera adornado con lámparas compradas en algún bazar de Hamburgo?... Y en cuanto á estos últimos representantes de la raza que pobló la Samaria durante el cautiverio de Babilonia, jamás los hubiera creído ocupados casi exclusivamente en explotar de un modo miserable el prestigio de su sinagoga.



En la antigüedad, los samaritanos fueron poderosos, y durante algunos siglos lograron rivalizar con los judíos. Después de la vuelta de Esdras, la situación de Samaria, cuyos habitantes no habían sido transportados al extranjero, era hasta muy superior á la de Judea. Sin embargo, lejos de aprovechar desde luego sus ventajas políticas, aquellos hombres quisieron unirse á sus vecinos y participar en la reconstrucción del templo en el monte Sión. « Llegáronse á Zorobabel — dice el libro de Esdras — y llegáronse también á los jefes, y habláronles así : « nosotros edificaremos con vosotros, porque como vosotros buscaremos á vuestro Dios y á él sacrificamos des-

de los días de Esarhadón, rey de Asiria, que nos hizo venir aquí. » Y contestóles Zorobabel, y Josué, y los demás cabezas de los padres de Israel : « No nos conviene edificar con vosotros casa á nuestro Dios, sino que nosotros solos la edificaremos, como nos lo mandó el rey Ciro, soberano de Persia.» Esta respuesta hirió profundamente á los samaritanos. « Israel se arrepentirá y llorará sus palabras», dijeron los jefes. Y uno de ellos, un príncipe llamado Samballat, logró, gracias á intrigas urdidas con mucho arte, impedir durante largo tiempo la reconstrucción hierosolimitana. Luego el mismo príncipe atrajo al sacerdote Manasés á Sichém y le ofreció edificar en la cima del Garizím un santuario igual al de Jerusalén, y nombrarlo gran pontífice del nuevo templo. En aquel momento la lucha entre Darío y Alejandro comenzaba á ensangrentar las llanuras asiáticas. La opinión general de la Palestina era favorable á Darío, cuyas fuerzas parecían invencibles. Así, cuando los persas fueron derrotados, una gran inquietud se apoderó del alma de los judíos y de los samaritanos. ¿Qué conducta iba á observar el nuevo señor de Oriente?... Jerusalén, cansada de luchar sin éxito, le abrió sus puertas y sus jefes se arrodillaron ante él, obteniendo así una autonomía casi absoluta. En cuanto á Samballat, sin esperar siquiera que Alejandro llegase á Sichém, fuése en su busca, y al encontrarlo en las inmediaciones de Tiro, díjole

que sus compatriotas estaban deseosos de darle una prueba palmaria de sumisión. El macedonio, muy satisfecho de este nuevo triunfo de su prestigio, recibió al rey samaritano con afecto y le acordó el permiso de elevar en el monte Garizím un templo igual al de Jerusalén. El primer gran sacerdote de este segundo santuario de Palestina, fué Manasés. Con un fausto que los hebreos no habían conocido nunca, los nuevos adoradores de Jehová celebraron el culto en el sitio mismo donde mucho tiempo antes los representantes de las doce tribus habían levantado el primer altar cananeo. El edificio era de una magnificencia extraordinaria. El arqueólogo Saulcy, que descubrió sus ruinas ha medio siglo é hizo de ellas una descripción detallada, declara que ni aun el templo de Zorobabel lo sobrepujaba en belleza y en esplendor. Lo único de que careció, fué de originalidad. « Era — dice Flavio Josefo — igual al de Jerusalén. » El culto que en su altar celebrábase, también resultaba una copia del culto hierosolimitano. El sacerdote Manasés había llevado consigo un ejemplar de la Ley, el cual fué adaptado como Libro Santo. Pero los copistas llamados á transcribirlo en la escritura peculiar á Sichém introdujeron en su texto modificaciones que, sin ser capitales, lo han diferenciado luego de la Thora ortodoxa. « El libro de Josué — dice Renán — no formaba parte de la Thora samaritana. Parece, sin embargo, que no

descuidaron una obra tan importante, sino que la aceptaron como un libro aparte, para hacerle numerosas adiciones relativas á sus orígenes fabulosos. En cuanto á *Los Profetas*, los samaritanos se privaron de aquella joya de la literatura hebraica. » Con todo y sus reformas cismáticas, el culto del Garizím duró más de dos siglos en pleno apogeo, disputando al de Sión la supremacía. Pero un día, al fin, siglo y medio antes del nacimiento de Jesús, un gran pontífice de Judea, Juan Hircano, logró destruir el templo samaritano. Desde entonces, la secta comenzó á decaer moralmente, hasta el punto de que, en la época de Herodes Antipas, decir samaritano era decir hombre impío, hombre vulgar, hombre duro de corazón. La parábola del Buen Samaritano lo demuestra. Luego, en la gran revolución de los primeros tiempos cristianos, la noción misma del samaritanismo se perdió. Los cruzados de Tancredo no tuvieron siquiera idea de que aún podían existir adoradores de Jehová en el monte Garizím. Y fué necesario que un viajero español de la Edad Media, Benjamín de Tudela, hiciera su excursión por Galilea, para descubrir los restos de la casta : « No son sino quinientos — dijo, — y dentro de algún tiempo ya no existirán. » De esto hace más de seiscientos años, y aún queda un centenar de samaritanos que sigue leyendo un manuscrito milenario en las ruinas del templo destruído por Juan Hircano. Pero co-

mo sólo pueden casarse entre sí y como viven amontonados en este barrio malsano, van desapareciendo, poco á poco, inconscientes y resignados. Su templo actual, aunque no es más grande que una habitación corriente, les basta para oir, apiñados, las oraciones del sábado. Y cuando, en Pascua, se reunen todos en la cima del monte Garizím con objeto de ofrecer á Jehová el sacrificio de los siete corderos rituales en las ruinas del altar de los Holocaustos, los musulmanes de Nablusa, que son cerca de quince mil, apenas perciben desde abajo la mancha blanca que forma allá arriba el pueblo agonizante de Samaria. Nosotros mismos, los occidentales, casi no notaríamos su presencia en el mundo, si no fuera porque en esta sinagoga miserable se conserva, envuelto en un jirón de terciopelo verde, el más antiguo libro hebreo que existe, el famoso Pentatcuco que fué escrito, antes de que Jesús naciera, por algún sacerdote tan flaco y tan cano como este escuálido Jacub que ahora nos hace notar lo admirable de cada letra en el pergamino santo.

***

Al volver hacia el hotel por las callejuelas tortuosas y los negros pasajes abovedados, mi buen cicerone, que decididamente me cree de una

ignorancia absoluta, explícame lo que son los samaritanos.

— Ya lo sé — le digo, — ya lo sé...

Mas á él poco le importa que lo sepa; y con su voz monótona, como un fonógrafo, repite su lección, lo mismo que los imanes de las mezquitas recitan ante los muftis adormecidos las estrofas del Corán.

— Los samaritanos — díceme — no fueron nunca considerados por los israelitas como hermanos... Muy fieles á sus tradiciones, siguen creyendo que el Mesías vendrá seis mil años después de la creación del mundo... De todos los libros sagrados, sólo el Decálogo aceptan... Son monoteístas; pero creen en el poder celestial de los buenos espíritus...

La recitación de mi cicerone, que en otras ocasiones me parece irritante, ahora ni siquiera llega á mis oídos. El espectáculo de la vida que palpita ante mis ojos basta á ocupar mis cinco sentidos. ¡ Oh, este olor, este olor de humedad y de podredumbre, este olor que se exhala de todas partes, que sube del suelo, que sale de las puertas !... ¡ Oh, esta obscuridad que nos sorprende á cada instante, esta obscuridad poblada de larvas !... ¡ Oh, estos rozamientos de andrajos, que nos crispan los nervios !... ¡ Y, sobre todo, sobre todo, ¡ oh !, estas faces carcomidas, estos ojos que son cavernas sangrientas, estas manos llenas de gusanos !...

EN GRECIA

8

LA ORACIÓN EN EL ACRÓPOLIS

Cuando abro mis ventanas por la mañana, lo primero que aparece ante mi vista es la colina sagrada. Allá, muy lejos, por encima de la columnata dispersa del templo de Júpiter Olímpico, por encima de los muros enormes del Odeón de Herodes Atico, por encima de las casitas nuevas y de los cipreses jóvenes, la ruina milenaria surge en la gloria del sol que nace. El mármol se anima al ser acariciado por la luz matinal. En el ambiente claro flota como un áureo polvillo que dora todo lo que toca.

Hay algo de apoteosis que se renueva todos los días en esta alba ateniense.

Pero yo prefiero la oración de la tarde, el ave Palas del crepúsculo, la melancolía del recogimiento vespertino. Entre las últimas llamaradas del poniente, el templo de la diosa se destaca, augusto y desventrado, cual si el incendio que consumió hace siglos su flanco santo volviera á encenderse un instante. Como yo vivo en las riberas secas del Ilisos, entre el Stade blanco y

la flamante Academia, no veo desde mi balconcillo ni los Propileos ni el templo de la Victoria, ni el santuario de Erecteo. Sólo veo el Partenón, sólo veo la santa casa de Atenas. Á la claridad agonizante aun distingo su columnata incompleta. Y luego, cuando la sombra invade todo el espacio, cuando las simas del Himeto se tornan tenebrosas, cuando en el cielo empiezan á parpadear las primeras estrellas, aun veo, cerrando los ojos, el edificio santo. Mas entonces ya no me aparece tal cual lo han dejado los siglos, sino tal cual lo vieron los contemporáneos de Fidias y de Aspasia; es decir, completo. ¡ Oh la belleza de estas soñaciones nocturnas, durante las cuales el pasado augusto se convierte en realidad presente ! Evocando una estampa hecha según los planos de Marcel Lambert, contemplo el Acrópolis en su animación juvenil de hace dos mil quinientos años con las seis inmensas columnas de los Propileos, con la capilla armoniosa de la Victoria sin alas, con el Erecteón, con el Partenón... Y, más arriba, veo á Palas que, apoyándose en su lanza, domina la ciudadela, mientras el desfile infinito de los siglos, va diciendo : ¡ Bendita seas, diosa de los ojos claros; bendita seas en tu eterno poderío y en tu divinidad eterna !...



Los biógrafos de Renán que han leído los apuntes de Gebhardt, se espantan de ver que la *Prière sur l'Acropole* no haya sido un canto espontáneo; algo como un grito sublime arrancado al corazón del gran artista por la presencia súbita de la diosa de los ojos glaucos. « Hasta hoy habíamos creído — dice Spiridón Pappas — que el filósofo francés, al poner el pie en la colina de Atenas, debía haber sentido un vértigo igual al de San Pablo en el camino de Damasco, y que de ese vértigo había nacido la admirable *Prière*, que es el himno, la letanía, la glorificación de la Razón, de la Virtud y de la Belleza; es decir, del genio griego. Pues bien, no hay tal cosa. » En efecto, no hay tal cosa. Cuando Renán, en la primavera del año 1865, visitó la antigua ciudadela de Palas acompañado por el autor de *Conteurs florentins*, no sintió en su alma ni choques inesperados, ni revelaciones repentinas, ni efervescencias milagrosas. Nada de lo que sus ojos veían era nuevo para él. « La visita — dice Gebhardt — duró dos horas. Renán conocía de antemano todos los misterios arqueológicos de la incomparable ruina que, ante su vista, era cual un libro abierto en el cual leía en voz alta sin equivocarse nunca. En ningún instante tuvo la emoción que demuestra en su *Prière*. Admiraba y explicaba cual lo hubiera hecho en una sesión de la Academia. Pero no hacía oir ni *Magnificat* ni *Gloria in excelsis* en honor de Minerva. » ¿Hay

en esta anécdota algo de verdaderamente extraño? Los admiradores de Renán dicen : si. Pero, yo de mí, sé asegurar que, aun sin leer las notas íntimas de Gebhardt, estaba ya enterado de la verdad, pues sé que si existe un santuario en el mundo que no impresiona con la brusca exaltación, es el Acrópolis.



Aun las almas románticas, en efecto, sienten al encontrarse en presencia de la diosa ateniense una infinita inquietud y un infinito malestar. — ¿Es esto? — parecen preguntar. — ¿Es esto nada más? — Y no pudiendo encontrar el grito magnífico, el grito ingenuo que sale del pecho en los momentos de éxtasis ó de sorpresa, no pudiendo experimentar el sublime temblor del contacto divino, se recogen silenciosos para meditar largamente. He aquí á Chateaubriand, que visitó la Grecia entera como lo hacían los viajeros de antaño, deteniéndose en cada aldea, visitando cada ruina. En los campos desolados de Esparta, contemplando el suelo desierto de la antigua patria de Licurgo, una emoción profunda invade su alma y, con lágrimas en los ojos y en la voz, exclama : « ¡ Leonidas, Leonidas ! » — *J'etois hors de moi*, escribe. Luego en Argos, en Corinto, algunas exclamaciones se escapan de su garganta.

Pero llega á Atenas, visita el santuario de la diosa, toca con sus manos las columnas partenopeas y calla. Luego, tranquilo, escribe en su *Itinerario* : « El día 24, á las cuatro y media de la mañana, subimos á la ciudadela... El templo de Minerva es, ó más bien, era, un paralelógramo alargado con un peristilo, un pronaos, un pórtico. » Y la descripción continúa así, precisa, sosegada, sin exaltaciones, sin entusiasmo, sin lirismo. Tras Chateaubriand llega otro poeta más impresionable, más tierno, más sincero. Se llama Alfonso de Lamartine. Lo primero que pide á los amigos que lo reciben es ser llevado al Acrópolis, al Partenón. Como es tarde para subir al Acrópolis, los atenienses le conducen al templo de Teseo, uno de los más bellos de la antigüedad, y el único completo de Grecia. « Al acercarme — dice Lamartine, — convencido por las lecturas de la belleza del monumento, yo estaba admirado de sentirme frío y estéril. Mi corazón trataba de conmoverse y mis ojos de admirar, pero imposible. » Sólo más adelante, cuando su alma se aclimata, la belleza helénica lo arrebata, obligándolo á arrodillarse ante los templos de la diosa. Mucho tiempo después de Lamartine, llega Gautier, el peregrino de todos los santuarios, el creyente de todas las religiones, el cantor de todas las bellezas. Sin quitarse siquiera el polvo del camino, corre hacia el Acrópolis por un sendero que pasa bajo el templo de la Victoria sin alas, y

que conduce al pie de los Propileos. Un entusiasmo hecho de recuerdos y de evocaciones anima su alma al encontrarse en un lugar en donde los vestigios de la ciudad antigua son perceptibles, y exclama : « Tal vez al marchar por entre estos escombros, tenga puestos los pies sobre el palacio de Alcibiades y sobre la casita de Sócrates. » Luego se detiene ante el teatro de Dionisos para tratar de oir las voces formidables de Esquilo y las risas enormes de Aristófanes. Al fin penetra en el campo, vagando por la gran escalera de mármol. Y cuando esperamos oir un canto de ardiente loor, lo único que llega á nuestros oídos es un docto discurso arqueológico, en el cual hay hasta un resumen magnífico de los trabajos del sabio Beulé, pero que realmente carece de amor religioso y de locura ditirámbica. « El Partenón actual — dice con frialdad de profesor — no es el Partenón primitivo, que fué destruído durante la invasión de los persas y cuyas ruinas yacen sepultadas bajo las construcciones de fecha más reciente. Ictinio y Calícrates elevaron durante el reinado de Pericles..., etc. » Ahora, si de la época del romanticismo saltamos hasta nuestros días, nos encontramos con un ejemplo igual cada vez que se trata de un artista sincero, de un poeta incapaz de mentirse á sí mismo. Para no ser prolijo, sólo citaré á Maurice Barrés. ¡ Con cuanta sinceridad el gran escritor confiesa la desilusión que experimentó todo su ser sensitivo al hallarse

por primera vez en la colina sagrada! « ¿Qué he encontrado — se pregunta — en medio de este horizonte sublime y en esta famosa roca? Algo de duro y de singular, una áspera perfección bajo la cual creo oir un gemido. » Y más tarde, analizando su estado de alma hostil, escribe : « Explorando estos vestigios, no paso por sentimientos caros y familiares. El Partenón nos obliga á buscarlo en un pasado que nos desorienta. Entre él y nosotros hay diez y nueve siglos de cristianismo. Aun reconociendo la interpretación helénica de la vida como muy elevada, no tiene en mi alma resonancia. »



Entre el Acrópolis y nosotros, en efecto, hay muchos siglos y muchas ideas. El gran silencio de la ciudadela de Palas nos desconcierta. Lo que sólo fué una idea, lo que sólo fué un ideal, no ha dejado una huella bastante honda para que nuestra vista la distinga desde luego. En otros sitios vemos la traza de los guerreros y sentimos el olor de la sangre. Maratón y Salamina nos emocionan. El Pnix mismo, en donde creemos oir un murmullo de elocuentes oraciones, nos interesa. Pero la roca del santuario sólo nos inquieta, obligándonos á recogernos para

interrogarnos mentalmente y para examinar los motivos de nuestra desilusión momentánea. Porque aunque no siempre queramos confesárnoslo nosotros mismos, la desilusión existe, la desilusión es una realidad dolorosa. Y no hay que atribuirla á razones arquitectónicas. Aunque el Partenón no hubiera sido bombardeado por los venecianos y pillado por los ingleses; aunque al templo de la Victoria sin alas no le faltara una sola piedra; aunque el Erecteón estuviera completo, y aunque no se hubiera desplomado una sola columna de los Propileos, nuestra sensación sería la misma y nuestra turbación igual. Este campo no es un lugar de excursiones estéticas, ni un sitio de evocaciones históricas, sino un templo, y no un templo vacío como lo aseguran algunos, sino un templo siempre habitado por su diosa. Y lo que nos sorprende es esa diosa; lo que nos aleja es Palas. ¿Por antigua?... No. Divinidades más remotas hay, ante las cuales desde luego nos encontramos como ante parientas de nuestro Dios. ¿Por extranjero entonces?... Tampoco. Más extranjero es Buda y nos enternece con su leyenda piadosa. Por lo que Atenas nos choca, es por perfecta.



Entre todas las divinidades, realmente, esta

es única. Es la Idea, es la Abstracción, es la Conciencia, es la Armonía. Los hombres que la crean á su imagen y semejanza, son seres sin vanos temores de tenebroso más allá y sin crueles pasiones fratricidas. Las frentes que se inclinan ante ella, son frentes libres de prejuicios obscuros y de nebulosas quimeras. « Virgen venerable — dice el himno homérico, — tú eres la única guardiana de las ciudades. » Ella, en efecto, es la patrona de los pueblos que piensan libremente y que aceptan la idea divina sin vanas angustias. Sus ojos verdes son como dos faros en la noche de las teogonías eternas. Los pensadores, los artistas, los argonautas, los pastores, encuentran, gracias á esa luz divina, los derroteros infalibles. Del fondo de los siglos, todos los que piensan van hacia ella cuando llegan á comprender la excelsa virtud de sus manos misericordiosas. Pero antes de lograr esta comprensión, ¡ cuán difícil es penetrar en los arcanos de su templo ! Siendo la más pura de las diosas, es la más distante. Su gravedad nos asusta, su silencio nos espanta, su altivez nos inquieta. ¡ Y qué de extraño tiene esto tratándose de miserables mortales, cuando los dioses mismos suelen temerla ! Ella es la única que, obedeciendo á un principio superior á toda autoridad y aun á toda divinidad, se atreve á absolver, en nombre de una justicia eterna, á los que han sido condenados por los dioses sus hermanos. Gracias á ella, el Areópago perdona á

Orestes. Ella lucha contra Neptuno para devolver á Ulises su isla. Ella aparece entre los violentos señores feudales del Olimpo, entre los raptores de vírgenes. entre los destructores de pueblos, entre los devoradores de mundos, como un ser de esencia diferente. Sin decirlo, es la diosa Razón que el pueblo de Francia, ebrio de grandes ideales, tratará de crear mucho más tarde. Y es la Razón serena, la Razón suave, la Razón rítmica, la Razón universal. Su augusto padre, que pudo hacerla nacer de un beso, prefirió crearla con una idea. Es la hija del pensamiento divino. « Cuando nace — dice el himno homérico en su honor, — el vasto Olimpo se estremece y la tierra se llena de clamores, el mar bravío infla sus olas profundas, el hijo de Hiperión detiene durante largo tiempo sus rápidos corceles. » Ante ella, en efecto, toda la concepción de las religiones se desquicia. Ella, que es diosa entre las diosas, no exige ni lágrimas, ni estremecimientos, ni tinieblas. En plena claridad puede reinar y en plena claridad reina. Sus mandamientos son consejos, máximas de armoniosa sencillez que aconsejan el trabajo, la pureza, la energía, el raciocinio y la equidad. Ella dice al águila de la idea ¡ vuela ! Ella ordena al buho de la ciencia que escudriñe las sombras. Ella pone en los labios de los hombres la miel de la elocuencia. Ella posa su diestra protectora en el hombro del obrero. Ella es la acción y la abstracción.



Es la abstracción, sobre todo, y por eso cuando penetramos en su templo algo de glacial nos impresiona y nos angustia. ¡ Estamos tan acostumbrados á nuestros dioses que lloran, que emigran, que cambian, que sufren, que sangran, que agonizan ! Los santos mismos, ante la sublimidad incomprensible del Cristo, elevan sus manos temblorosas y gritan, como San Agustín : « ¡ Estás loco ! » Hay una locura sobrehumana, en efecto, en el Hombre-Dios de los cristianos : es nuestro dulce Jesús de los pies heridos. Para ver á la diosa Razón, es necesario alejarse del altar católico. « Detrás de ese loco sublime — exclama Mickdet — veo á la diosa eterna. » Como Mickdet, Renán la ve tras su tierno hijo de María. Y no la ve de repente. Nadie la ve de repente. La cordura no surge cual una aparición. Suavemente, paso á paso, sin prisas, sin sobresaltos va acercándose. El hombre la ve venir y duda, y no la reconoce. ¿Una divinidad esa dama altiva que no se esconde entre velos ni agita palmas enigmáticas? Más bien parece una estatua animada. Pero poco á poco la estatua se trueca en imagen. Y la imagen continúa su camino tranquila, hasta que después de mucho tiempo, mucho tiempo,

9

pone en nuestra frente su dedo níveo y nos sonríe. Entonces volvemos la vista atrás. El Acrópolis aparece de nuevo ante nuestros ojos llenos de luz. Una magnífica apoteosis alumbra el templo blanco. De nuestros labios, al fin, brota la oración definitiva.

Y es la *Prière sur l'acropole*, que dice : « ¡ Oh, nobleza ! ¡ Oh, belleza simple y verdadera ! ¡ Oh, diosa, cuyo culto significa razón y juicio, tú, cuyo templo es un altar eterno de la conciecia...



¡ Dichoso el hombre que puede subir á la colina santa preparado para la iniciación inmediata ! ¡ Bienaventurado el mortal que no experimenta, al penetrar entre la columnata de los Propileos, ninguna angustiosa desilusión ! Yo, humilde, confieso que no soy ese hombre. Yo he padecido, allá arriba, las sensaciones terribles de vacío y de soledad que tantos poetas expresaron en sus notas de Atenas. Yo me he preguntado, lleno de melancolía, cómo mi alma podíase sentir helada en este santuario; mi pobre alma que lloró al pie del Gólgota; mi alma, que en el Sinaí sufrió el temblor terrible del misterio; mi alma, que en Ceylán, viendo la huella de Buda, se llenó de dulces lágrimas; mi alma, que en Nik-

ko, ante dioses de nombres bárbaros y de leyendas obscuras, tuvo un estremecimiento de fe... Me lo he preguntado y no he sabido contestarme. Pero más tarde, contemplando desde este mi balconcillo lejano la apoteosis del templo en la claridad de la aurora, he llegado poco á poco á comprender la grandeza divina de la pobre columnata en ruinas. Y lo mismo que el gran Renán, he dicho en voz baja, sin exaltarme, mi oración ante el Acrópolis :

« ¡ Diosa de los ojos verdes, bendita seas !... »



LA LEYENDA DE HOMERO

Je reçois, ce matin, une circulaire qui m'a comblé d'étonnement. D'étonnement, et de satisfaction. Une jeune revue d'art et de littérature a formé le projet et pris l'iniciative d'élever à Paris, en plein Paris moderne, automobiliste et cinématographique, un monument à — je vous le donne en mille — un monument à Homère.

JULES CLARETIE.

Hace algunos meses á mí también me habría llenado de extrañeza la idea de esa revista que quiere erigir en medio de París la estatua de un poeta que existió hace treinta siglos, si existió nunca. Ahora nada me parece tan natural como tal proyecto. Los tres mil años que nos separan de la fecha en que los homéridas recorrían el mundo cantando las primeras rapsodias de la *Ilíada*, no nos parecen, á los que viajamos por Grecia, más imponentes que los tres siglos que separan á la España actual de la España de Cervantes. ¡Pero qué digo! El autor del *Quijote* es un muerto en su propia patria, un gran muerto sin duda, un muerto glorioso, pero un muerto; mientras Homero, en la Hélade, es un ser que

vive, un poeta que encarna los ideales de la raza, un pastor que guía las almas.



Me acuerdo de que una noche, en casa del viejo Souris, á quien los atenienses llaman el Aristófanes moderno, se me ocurrió preguntar de quién era el busto que decora el vestíbulo. Cuatro personas estaban presentes y las cuatro parecieron espantadas de mi ignorancia.

— ¡ Cómo ! — exclamó una de ellas, — ¿no reconoce usted á Homero?

No habiéndolo visto antes sino en el « plafon » de Ingres, mal podía reconocerlo. Mas los griegos lo ven en todas partes, á todas horas. El rostro grave de ojos muertos, es un rostro familiar en el país entero. Y es en vano decir :

— Tal vez ese hombre no existió jamás.

Para su pueblo, Homero no es un símbolo, no es un mito, no es un ideal, sino una persona. Su biografía, que en otros países ha sido variada ó anulada conforme á los descubrimientos de la ciencia histórica, aquí sigue siendo la misma que hace dos mil años refería á los atenienses el viejo Herodoto. Y por mi fe, si esta biografía no es la más verídica, á lo menos es la más hermosa. Toda ella reposa en los versos del himno á Febo,

que dicen : « Apolo y Diana, sedme propicios, y si un día algún viajero desgraciado os pregunta : ¿quién es el más agradable cantor de esta isla?, benévolos para conmigo, respondedle : Es el hombre ciego que vive en la montañosa Chíos. » Pero aun esto que á nosotros, los pobres ignorantes, se nos antoja preciso y perentorio, á los sabios no los convence. Desde Wolf hasta el último exégeta de Berlín, todos los alemanes doctos que estudian la poesía homérica filológicamente, comienzan por negar á Homero. El lindo cuento del viejo mendigo que recorre el mundo antiguo cantando los cantos de sus dos grandes poemas, no es, para ellos, sino una invención milenaria. Nada de hondas penas, nada de largas aventuras... El viaje á Italia, á España y á Egipto, se desvanece ante la ciencia. Samos, Esmirna, Chíos y las demás ciudades que se disputan el honor de haber visto nacer al rey de los poetas, pueden cesar en sus vanas pretensiones. Los fantasmas no tienen patria, los mitos no tienen cuna. Y Wolf lo dice literalmente : « Homero no es, como Orfeo, sino un mito intangible. »

***

El verdadero autor de la *Ilíada*, de la *Odisea*, de los *Himnos*, es el pueblo, según la ciencia

alemana. « La gran epopeya griega — dice — brotó, como el romancero del Cid, de los labios anónimos de la multitud. » Las contradicciones visibles y las incoherencias aparentes de las dos epopeyas, son los argumentos más poderosos de esta crítica. Un profesor escribe, después de calcular pacientemente los años, los días y las horas de la acción épica : « La cuenta no es exacta : un hombre solo no se contradice de tal modo. » Otro profesor, docto en topografía, pregunta cómo puede encontrarse Aquiles en un canto al lado izquierdo del Escamandro, y en el canto siguiente, sin que haya habido cambios ninguno, al lado derecho. Un tercer *magister* exclama : « Vemos que, según una frase, la cólera de Aquiles ha costado la vida á muchos guerreros cuyos cadáveres son devorados por los perros voraces y por las aves de presa. Muy bien, muy bien. Pero entonces, ¿á qué el entierro general y solemne del canto séptimo? » Después de éste, aun hay un docto caballero que nos hace notar lo absurdo que es presentarnos á Hera y á Palas en el Olimpo, cuando en unos versos antes se ha dicho que « todos los dioses » se han ido á Egipto. Y no creáis que tales observaciones se encuentran en retóricos juicios iguales á aquel famosísimo « examen » en que don Josef Gómez Hermosilla analiza verso por verso la *Ilíada*, de la misma manera que lo hacía *Clarín* cuando criticaba al conde de Cheste. Los que hoy formulan

observaciones minuciosas, no son gramáticos ni son retóricos. Son filólogos. Son doctos filólogos alemanes.

***

Con gravedad transcendental los sabios nos juran que todo aquello de la topografía del Escamandro, de la medida del tiempo, del viaje de los dioses ó del entierro de los guerreros, tiene una importancia capital. « Esto — exclaman — prueba que Homero no existió. » Y si á esto se agrega que, al decir de muchos historiadores, la escritura no había sido inventada mil años antes de nuestra era, no es difícil concluir, como Wolf, como Lachmann, como Herder, asegurando que cada una de las cuarenta y ocho rapsodias que forman los dos poemas homéricos, es una obra aislada, y que el rapsoda que ordenó, en una época relativamente reciente, la *Iliada* y la *Odisea*, no tuvo necesidad sino de reunir esos relatos dispersos que el pueblo se transmitía oralmente de generación en generación, conservándoles siempre su carácter primitivo. Porque la ciencia cree que la poesía homérica es primitiva. « Candor de las primeras edades » — murmura, — « aurora de una civilización en que los hombres y los rebaños fraternizan »... « principio violento de un mundo que no conoce sino las

grandes pasiones »... Esto, para los alemanes, es artículo de fe.

***

Uno hubo, sin embargo, alemán y helenista, que lejos de emplear su tiempo y su ciencia en destruir la leyenda antigua, se consagró en cuerpo y alma á consolidarla. Fué Schlieman. Pero éste no era un filólogo universitario, sino un comerciante. Su nombre es hoy glorioso, gracias á las fecundas excavaciones de Micenas, de Argos y de Tirinto. No debemos olvidar, empero, que si aquel hombre llegó á prestar tan grandes servicios á la arqueología, no fué por amor de la Grecia en general, sino por amor de Homero. Él mismo lo dice en su *Autobiografía*. Desde la infancia, la *Iliada* era su libro favorito. Siendo dependiente de una tienda de ultramarinos de Amsterdam, economizaba cada mes algunos florines para pagar lecciones de griego, con objeto de poder leer á su poeta adorado en el texto. Más tarde la fortuna le resultó propicia. En Rusia, comerciando hábilmente, logró establecer una factoría importante que le produjo hasta trescientos mil francos por año. « En 1854 — dice — gané seiscientos mil marcos. » En medio de su esplendor, llegó á olvidar á una novia que lo esperaba en su Mecklemburgo natal. Lo que no

olvidó nunca, fué su culto homérico. Todas las tardes, al salir de sus almacenes, encerrábase en su suntuosa morada y se hacía leer un canto de los divinos poemas. Los personajes de la *Odisea* y de la *Ilíada* le parecían seres reales de una historia lejana. Leyendo por primera vez la descripción de Troya, en compañía de su novia, había sentido en su infancia, que un día ú otro la suerte le llevaría á descubrir la ciudad de Priamo. « Gracias á Dios — escribe — mi firme creencia en la existencia de Troya no me ha abandonado jamás á través de las innumerables aventuras de mi carrera. Sin embargo, yo no debía realizar mi ensueño sino cincuenta años más tarde, y eso, ¡ ay !, sin mi querida Minna.» Fué en 1868, en efecto, cuando Schlieman liquidó sus negocios para consagrar su fortuna á servir el culto de su poeta. Abandonando su palacio de San Petersburgo, embarcóse en una nave griega. Visitó Itaca, Micenas, Troya. En Troya comenzó las excavaciones que habían de hacerlo célebre en el mundo. Bajo los despojos superpuestos de cinco ciudades sucesivas, encontró, al fin, la ciudad de Priamo. Luego corrió hacia Micenas en busca de las huellas de Agamenón, y las encontró en un campo de magníficas ruinas, cuyo sólo descubrimiento hubiera bastado á probar que la época homérica no tiene nada de primitiva, si la *Ilíada* misma no lo dijera muy claramente.



Porque no hay sino leer los poemas homéricos, para ver que aquella época, llamada primitiva por los filólogos, es, por el contrario, una época de alta civilización, y que aquel cantor, á quien los eruditos consideran como el padre de todos los poetas, es un poeta sucesor de otros poetas. El mismo Homero, en efecto, habla de poemas escritos por antecesores suyos en honor de algunos héroes. Y esos poemas deben ser populares, pues el pueblo es culto y adora las bellas historias en las cuales se refieren aventuras de dioses y de guerreros.

Un sabio francés, que acaba de publicar un libro titulado *Pour mieux connaître Homère*, dice, hablando de las Asambleas que oían á los rapsodas : « Es un auditorio instruído, que comprende las alusiones á antiguos poemas. Es un auditorio de espíritu libre, que se deleita con los relatos del Olimpo sin creer mucho en ellos, y permitiendo al poeta que ponga lo que quiera de su cosecha, y hasta que se divierta con suave irreverencia á expensas de los dioses, como cuando cuenta las querellas de Zeus y de Hero ó cuando revela la invención que hizo sorprender juntos á la divina Afrodita y á su amante Arés en medio de las olímpicas risas. » El mismo sabio

hace notar que, si el tono homérico es siempre libre, nunca cae en lo vulgar. Una gran elegancia domina toda la acción. Las cortes de Menelao, de Telémaco y de Alcinóo, son reuniones refinadas, en las cuales el lujo de los discursos corre parejas con el de los adornos. El bueno de Hermosilla, que vestía á los antiguos con trajes del siglo XVIII, llegó á sentir tan subjetivamente la cultura de la época de Agamenón, que hasta le puso á Homero una peluca doctoral. « El autor de la *Ilíada* — dice — tuvo por maestro á un célebre literato y poeta llamado Femio, cuyo nombre inmortalizó, en efecto, en la *Odisea* el agradecido discípulo; que aquél era catedrático ó director de una ya antigua y célebre Escuela ó Academia de literatura en Esmirna, y que á su muerte le sucedió en la cátedra el mismo Homero. Y este solo hecho, no contradicho, antes confirmado por otros testimonios, prueba que ya había en aquellos tiempos escuelas públicas de literatura, que Homero las frecuentó, que si llegó á ser el mejor de los poetas y el más correcto de los escritores, lo debió, no al ciego instinto, á la pura casualidad y á una especie de imposible inspiración, sino al estudio, al trabajo y á la observancia de las reglas, supuesto el felicísimo ingenio con que lo dotó la Naturaleza. Pero si todavía se quisiese negar una verdad tan evidente, ahí están la *Ilíada* y la *Odisea* para demostrarla. »

¿Os hace reir tal página del terrible retórico? Á mí también. Y, sin embargo, entre este Homero que observa las reglas, que es catedrático, que trabaja los versos con paciencia, que estudia gramática, que es, en suma, un Moratín ó un Boileau, y el otro Homero primitivo de los alemanes, el Homero encarnación mítica de un pueblo sin artes, sin cultura, sin lujo, casi sin civilización, en verdad yo no sé con cuál quedarme.

***

Leyendo los dos poemas ilustres, casi me parece que el primero es el más verídico, sobre todo desde que los historiadores griegos — y con ellos Breal — han descubierto que, tanto la *Ilíada* como la *Odisea*, no son muy anteriores á la época de Tales y de Mimnermo, es decir, al siglo VII de la era antigua, que fué la aurora de la gran civilización helénica del Asia menor. La lengua misma lo prueba. « Esta lengua — dice un helenista — es la que hallamos mucho más tarde en Apolonio de Rodas y Quinto de Esmirna; y si la llamamos lengua de Homero, es porque es Homero el primer poeta en que la encontramos. » De las instituciones que la epopeya nos revela, casi puede decirse lo propio. Los héroes aquivos hablan del Senado, de sus pueblos y de

las Asambleas en las cuales se discuten los intereses de las ciudades, lo mismo que de los partidos políticos que dividen la opinión en Troya, y de los cuales el esforzado Héctor se queja con amargura. La palabra Estado se halla en el texto. El vocabulario es rico en toda clase de términos. Eneas dice á un adversario : « Con las injurias que yo sé, podría llenarse una galera de cien remos, pues la lengua es larga y el campo de los discursos infinito. » En más de un pasaje, nótase un fino escepticismo religioso, que hace ya pensar en el carácter de los atenienses contemporáneos de Alcibíades. « ¡ Qué me importan los augures ! — exclama Héctor. — El mejor presagio es luchar por la patria. » La cortesía, en fin, la caballeresca cortesía de los guerreros de elección, florece en cada página. Después de un día entero de combate singular, cuando los heraldos les dicen : « He aquí la noche », Aquiles y Héctor se alejan, haciéndose mutuos regalos y exclaman : « Algún día se sabrá entre troyanos y aquivos que, al terminar el combate de la devorante discordia, nos separamos amigos. » Más tarde, al ver Helena al héroe de Ilión muerto, lo primero que se le ocurre elogiar en él es su cortesía y su suavidad. En los labios algo secos del viejo Hermosilla, estas palabras de la bella esposa de Menelao toman un sabor tan moderno, que parecen pronunciadas por una dama de nuestros días :

« ¡ Héctor !, de todos mis cuñados eras
Tú el que yo más amaba. Son corridos
Veinte años ya desde que á Troya vine,
¡ Ojalá que antes perecido hubiera !,
Mi patria abandonando, y conducida
Por el hermoso Páris; pero nunca,
De tu boca escuché malas razones,
Que ofenderme pudieran; y si alguno
De mis otros cuñados ó cuñadas,
Ó mi suegra tal vez (porque mi suegro
Siempre cual padre me trató benigno),
Con injuriosas voces me insultaba,
Tú, con dulces palabras el enojo
Suyo calmando, á contener la lengua
Le obligabas en fin. Por eso ahora,
En triste duelo el corazón sumido,
Á ti y á mí, ¡ infeliz !, lloro afligida.
Ya no me queda en la anchurosa Troya
Más defensor ni amigo, porque todos
Sus moradores me detestan. »

Con razón, pues, alguien ha podido decir que cuando madama Dacier, al traducir la *Ilíada* veía en los guerreros griegos duques y príncipes, se equivocaba menos que Víctor Hugo cuando, en el libro de los genios, exclama hablando de Homero : « ¡ Es el enorme poeta niño que canta al mismo tiempo que el mundo nace. » Muchos siglos, en efecto, debe de haber tenido ya la civilización del mundo, en los momentos en que aquella humanidad magnífica luchaba, amaba, sufría y se adornaba. La profusión de las joyas, el lujo de las telas, el gusto de los tocados, todo

habla de exquisita cultura en las dos epopeyas.

***

Mas para probar que los poemas homéricos no pueden ser, como nuestro romancero, una serie de cantos populares conservados oralmente á través de los siglos hasta el día en que una academia ó un retórico los convirtieron en obras armónicas, las mejores razones que encuentro son las que da Michel Breal. « El adversario más temible de esas ideas — dice el docto helenista — es precisamente el progreso del folklore, el cual ha demostrado cuán impropias para formar una epopeya son las producciones del pueblo. Con la *Ilíada* nos encontramos muy alejados de la poesía espontánea. Si se nos hablara de un poema épico compuesto por un poeta culto, conforme á un modelo consagrado y en un metro uniforme, reconoceríamos que ese poema debe tener todos los caracteres del *Kunst-Epos,* que son los mismos de la *Ilíada* ». Por otra parte, el propio Breal nos hace observar que, habiendo nacido del pueblo, los poemas homéricos habrían tenido, por fuerza, que ser más patrióticos, más populares, menos imparciales, en una palabra. Entre griegos y troyanos, la *Ilíada* no establece preferencias. Los héroes de uno y otro ejército

reciben iguales alabanzas de la musa. Ahora bien; ¿cuándo se ha visto imparcialidad tan generosa en los romances anónimos? Los cantores kleftas que celebraron á principios del siglo XIX el heroísmo de las luchas de independencia, no atribuyeron virtudes y magnificencias sino á los griegos. En cuanto á los enemigos, siempre los pintaron con los más negros colores. Alí, bajá de Janina, que fué el Héctor moderno, es decir, el jefe de los combatientes antihelénicos, no oye sino injurias en los cantos de la epopeya popular. ¡Cuán diferente la epopeya homérica! Los héroes troyanos son, al decir del poeta, « generosos », « esforzados » y « prudentes », como los mismos aquivos. Más todavía : el que recibe los mayores elogios es un troyano : Héctor, el gran Héctor del casco palpitante, el paladín justo, suave, suntuoso y tranquilo, á quien el mismo Aquiles llama divino. Entre las mujeres, la más admirable es también una hija de Illión : Andrómaca.



Lo malo de todo esto es que si el filólogo francés arrebata á la musa popular la gloria de haber compuesto la epopeya, no es para dársela á mi ciego legendario, sino á una especie de academia literaria. « Los cantos homéricos — dice — fueron

compuestos para formar parte del programa de las fiestas de Lidia. Como es evidente que una idea directora presidió tanto á su concepción como á su ejecución, he supuesto que un colegio, una academia, estaba encargada de esas fiestas y de esos cantos, lo mismo que ciertas órdenes religiosas en la Edad Media se consagraban á glorificar á un santo ó á llevar á cabo una obra. El autor de tan amplia literatura no puede ser un solo hombre: en esto tiene razón Wolf. Tampoco puede ser la masa : esto es innegable. Hay que suponer, pues, una cofradía de poetas. » La hipótesis es, sin duda, ingeniosa. Pero, puesto que todo se reduce á suposiciones, yo prefiero conservar mi fe ingenua en el ciego de la barba florida.



Aquí, sobre todo, en esta Grecia aun llena de su soplo; en esta tierra que guarda su huella con religioso amor; en este espacio siempre sonoro de su voz milenaria, la mejor versión es la más antigua, la más sencilla, la más poética, la que nos lo presenta siempre vivo. Con su buena cara de patriarca dulce, lo veo que me sonríe por todas partes, desde que lo conocí la otra tarde en casa del viejo Souris. Además, su palabra me persigue. No hay charla sin algo suyo. No hay

estrofa nueva que deje de deberle algo. No hay fantasía que no se alimente de sus imágenes.

— Quién venció á los turcos y nos dió la independencia — me dice un patriota — fué él.

Por él, en efecto, se unieron, el día de la última epopeya, las voluntades nacionales. Y antes, durante la larga época de los cautiverios, antes cuando no existía la nación, él era la patria, él era el pastor del gran rebaño disperso, él era el viejo padre griego de las almas griegas.



LAS ESTELAS DEL CERÁMICO

En las claras tardes de Atenas, cuando las cimas armoniosas del Himeto comienzan á perderse en el profundo azul del crepúsculo, no hay sitio ninguno de peregrinaciones apasionadas que atraiga con tanto poder como el antiguo cementerio del Cerámico. Entre las estelas de mármol, conservadas intactas por un milagro, toda la dulce filosofía de los paganos áticos conviértese en una visible lección de consoladora realidad.



La muerte — la intrusa muerte que en otros camposantos nos llena de angustia; — la muerte que antes había sido la obsesión dolorosa del Egipto — la muerte que más tarde ha de bailar, ante la Edad Media medrosa, su danza macabra; — la muerte que en todas partes se presenta descarnada, carcomida, gesticulante; la muerte es-

pantosa é implacable, aquí, en la Atenas de Palas, apenas nos sugiere, con su grave aspecto de bella dama velada, una respetuosa melancolía. Las inscripciones que grabaron los poetas en las piedras, no lloran casi nunca, y cuando lloran, es sin gemir ni gesticular. « Aquí yace un hombre que se va del mundo lo mismo que vino » — dice un epitafio. Y mejor que las letras, las figuras de los relieves hablan, al que pasa, de resignación tranquila. « Detente, viajero — murmura cada estela, — y contempla la última jornada de la vida. » Los muertos, en efecto, no son sino los supremos viajeros, que se ausentan para no volver. Á cada paso vemos aparecer á Carón, impasible en su actitud algo desdeñosa y algo fatigada. Su barca tiene, en la proa, un ojo abierto ante el infinito. Los que han de atravesar el Aqueronte, se embarcan sin repugnancia siempre — y á veces sin dolor — y á veces con alegría. « Triste servidor de Plutón — dice el Diógenes de Leónidas de Tarento, — recíbeme en tu esquife aunque ya esté cargado de sombras : lo que llevo como equipaje, es mi lámpara y mi frasco de aceite. » Los que se embarcan entristecidos, no sienten temores tenebrosos de un más allá de misterio. Lo único que los apena, es tener que renunciar á la vida y á sus placeres. Entre los epigramas funerarios de la *Antología*, que forman como un cementerio ideal con tumbas de los cinco grandes siglos griegos, hay epita-

fios que rien y epitafios que lloran; pero no epitafios desesperados. « La espera de la muerte — dice Paladio — es una dolorosa ansiedad, de la cual sólo la misma muerte nos libra. No lloremos, pues, á quien sale de la vida, ya que después de la tumba no hay sufrimiento ninguno. » El sufrimiento está en abandonar lo que se ama. Mas esto mismo tiene su dulzura. En el *Reproche á Mimnermo* Solón dice : « ¡ Que la muerte no venga sin hacer derramar algunas lágrimas y que mis amigos, al verme partir, se entristezcan y lamenten ». Sólo que esta consoladora tristeza debe ser majestuosa, tranquila, digna.



En una estela célebre de este cementerio ateniense, vemos á un ciudadano que dice el adiós postrero á su familia. Con ademán grave estrecha la mano de su esposa. En su rostro hay una melancolía inmensa. « Es indispensable » — parece murmurar. — En otra estela, hacia la cual los guías conducen siempre al viajero, vemos á Hegeso, hija de Proxenos, contemplando con amargura el cofre que guarda sus joyas. En sus labios hay una sonrisa de cruel resignación. Al irse para siempre, ese alhajero la obliga á detenerse un momento y á considerar lo que pierde.

Otra mujer, la bella Korallion, se despide de su esposo y de su hijo. Con sus pálidas manos acaricia á esos dos seres, que para ella representan toda la ventura humana. Sus labios no exhalan la menor queja. Entre los que componen el grupo, ella parece la menos impresionada por la fatalidad de su propio destino. En otra estela, un bajorrelieve nos hace ver que aquellos que mueren gloriosamente, merecen ser admirados aun más allá de la tumba. « Este es Dexileos de Thorikos, hijo de Lisanias, que merece el nombre de héroe » — dice el epitafio. Y la escultura nos presenta al joven guerrero en el momento en que vence á un enemigo. Es el único momento que los amigos quieren recordar. En cuanto al otro combate, en que la suerte el fué adversa, ¿para qué evocarlo en una piedra de gloria? El mismo artista que esculpió ese relieve, yace algunos pasos más lejos, bajo otra estela magnífica, en la que un compañero lo ha inmortalizado contemplando á la parca inexorable con la más fría curiosidad. « ¡ Ah ! — parece decirle, — ¿eres tú? » Y su noble indiferencia inspira al poeta Agatias el epitafio que todos conocemos : « ¿Por qué temer la muerte, que, lejos de hacer mal, pone un término á los dolores y á las pobrezas? No viene sino una vez á visitarnos y jamás mortal la recibió dos veces. » Á cada instante, en la ciudad de las sombras, la voz que canta el último canto tórnase ligera, sin cesar de ser melancólica.



Desde que alguien deja de existir, los organizadores de la ceremonia lúctual acuden en el orden en que un anónimo alfarero, contemporáneo del gran Alcibíades, los ha pintado en el ánfora de Arquemoros. El cadáver está tendido en un « kliné », bajo un parasol que sostiene una esclava. Otra esclava corona de rosas la cabeza inmóvil y perfuma los brazos inertes. Á los pies del lecho detiénese el poeta que va á componer el epitafio. Su rostro jovial hace ver que los doctos hexámetros no serán ni muy tristes ni muy numerosos. Con decir: « detente, caminante; aquí yace un joven que murió á la edad en que otros nacen á la vida del placer », estará terminada su lírica tarea. De lo que se trata, es de emplear las formas de Hesiodo y los epítetos de Mimnermo. Tras el pedagogo epitafista, entra el portador de los jarros para las libaciones del difunto y el portador de la mesa de las ofrendas. La moneda que ha de recibir Carón por precio del pasaje en su barca, de seguro ya un deudo la colocó en la boca muerta. Cuando la esclava haya puesto fin al tocado supremo, las mujeres que han de entonar los himnos al son del arpa, serán llamadas. La familia entera seguirá al difunto hasta el ce-

menterio más cercano, y después de poner la estela sobre el sepulcro, volverá á Atenas para ofrecer á los amigos la comida mortuoria durante la cual han de pronunciarse aquellos discursos que tanto hacen reir á Luciano. Tres días más tarde, es de rigor el primer sacrificio ante la tumba. El segundo sacrificio se celebra el noveno día. En las estelas de este cementerio ateniense, donde podemos hoy evocar toda la poesía de los antiguos ritos mortuorios, más de una piedra perpetúa el recuerdo de los ingenuos sacrificios en que, según las propias palabras de Sófocles, las buenas gentes ofrecen á sus difuntos « la leche blanca de una ternera virgen », la miel, « transparente rocío de la reina de las flores » y el « agua de una fuente inmaculada. »



En la mente popular, los que yacen bajo la tierra gozan, gracias á estas ofrendas, un poco de los placeres de la vida, y se consuelan así de no poder respirar todas las rosas del mundo. « Come y bebe, puesto que es lo único que puedes hacer », dicen las buenas gentes. Y los muertos comen y beben. Los que aseguran que los sacrificios no son sino simulacros, y que en realidad los ricos vinos, los dulces pasteles y las tajadas suculentas van

siempre á parar á las bocas de los vivos, se equivocan. En la *Cité Antique*, Fustel de Coulauges prueba, con innumerables textos, que los alimentos que la familia lleva al cementerio son para los manes, puesto que las bebidas se derraman en la tierra y las viandas se hacen llegar hasta el fondo de la tumba por un agujero especial. Esto no se refiere únicamente á la antigüedad homérica, sino á todos los siglos paganos. Aun en las sátiras de Luciano se habla de las mismas costumbres y de los mismos ritos. El amor está en éste, como en todos los cultos, sostenido por el temor. Los que olvidan las ofrendas sagradas, saben que los manes se escapan de sus moradas subterráneas y buscan el medio de vengarse del desdén con que son tratados. En Herodoto, las almas de los focenses que se quejan de hambre y de sed, acaban por asolar toda la comarca, y no reintegran sus antros hasta que sus herederos no les tributan los homenajes establecidos. El mismo Eurípides, á pesar de no creer en los dioses del Olimpo, conserva en el fondo de su corazón la fe de la tumba.

***

Para que gocen de lo que les recuerda la tierra, para que sean felices creyéndose aun vivos, es

preciso dar á los difuntos ricos manjares. Porque entre todos los habitantes de la vasta llanura de los asfodelos, no hay uno solo que deje de entristecerse cuando piensa en la tierra. Los que enseñan el desprecio ó el odio de la existencia, están considerados como locos peligrosos. Los griegos los llaman *pisithanates* ó consejeros de muerte. Y aconsejar el abandono de la bella vida, es un absurdo, es un crimen. El Estado, que no puede tolerar tal crimen, hace cerrar la escuela en la cual Hegesías el taciturno predica un evangelio que conduce hacia el suicidio, pues el suicidio es una locura, es la peor de las locuras. Los que han atravesado el Aqueronte lo saben, ya que eternamente suspiran por el mundo perdido. En los dominios de Hades, la nostalgia es un mal frecuente. Los héroes mismos tienen nostalgias. Cuando Ulises felicita á Aquiles en los Campos Elíseos, el vencedor de Héctor exclama : « ¡ Generoso amigo, tus palabras son vanas, y en mi ánima te juro que más me gustaría ser mercenario del labrador miserable que apenas puede comer del producto de su campo, que reinar como tirano absoluto en este pueblo de sombras. » La serenidad helénica es una forma de la resignación. Mientras los hombres pueden combatir por conservar la vida, lo hacen desesperadamente. Y si cuando sucumben no se rebelan contra la suerte, ni se crispan ante la fatalidad, es porque quieren morir en belleza. No temiendo un

infierno lleno de tormentos, ni esperando un paraíso con goces inefables, desconocen las angustias y los éxtasis de otras razas. Después de respirar por última vez, el ser completo desaparece. El alma que queda viva, el alma inmortal, no es sino un símbolo para poetas y escultores, un símbolo que lo mismo aparece enterrado con el cuerpo, que llevando una vida libre; una cosilla alada que perpetúa al que dejó de existir, conservando su forma, su traje, sus armas; algo como una disminución ligera de la materia á veces, y á veces una pura sombra que se pierde en el espacio infinito. Lo que ha de ser de esta sustancia en un vago universo, no preocupa á nadie, como no sea á los retóricos, que discuten interminablemente bajo los pórticos y que dan al problema tanta importancia como á la propiedad de un epíteto homérico. En su carta á Meneceo, Epicuro dice : « Acostúmbrate á pensar que la muerte no es nada para nosotros, pues todo bien y todo mal reside en el poder de sentir, y la muerte nos priva de ese poder. Así, este conocimiento recto de que la muerte no es nada para nosotros, hace que el carácter mortal de la vida no nos impida gozarla, y esto no colocando ante nosotros la perspectiva de un tiempo indefinido, sino quitándonos el deseo de la inmortalidad. » La concepción del más allá, tal como existe en el mundo cristiano, tan imbuído de la vida eterna del alma, no quita el sueño á ningún griego.



Lo que sí preocupa al pueblo entero, en cambio, es la idea material de la sepultura y del entierro. Desde los tiempos fabulosos en que Antígona expone su vida por dar un sepulcro á su hermano, hasta la época de la decadencia, el pueblo piensa con más ansia en la tumba que en el infierno. Uno de los últimos epigramas de la *Antología* reza : « Si lleno de compasión al ver mi cadáver me hubieras enterrado, los inmortales te habrían perdonado el haberme asesinado. » Y si de estos pálidos hemistiquios remontamos hasta Sófocles, el acento de la misma voz nos conmueve repitiendo la misma idea. ¿Qué es, en efecto, lo que hace salir á la divina hija de Edipo de su dulce reserva para arriesgar su vida violando un decreto del Estado? ¿Es la muerte de su hermano? No. Es la imperiosa necesidad de sepultarlo. Ella misma lo dice en su respuesta al tirano : « Yo sé — exclama — que un día ú otro he de morir, y eso aunque tú no lo quieras. ¿Cómo, pues, en el abismo en que he caído, la pena capital había de parecerme un mal terrible? Más gran mal hubiera sido para mí tener que dejar el cadáver de mi hermano insepulto. Eso sí me habría desesperado, eso sí. Lo demás no me importa. » Antes

de Antígona, está Héctor moribundo, que no pide á su cruel adversario sino la merced suprema de no dejar su cuerpo sin tumba. Y más tarde, mucho más tarde, en el libro que hace ver la persistencia de la tradición helénica en todo el mundo pagano, y no sólo en el griego, sino en el latino, está Palinuro, el piloto, que implora la clemencia de Eneas para que su cuerpo no sea abandonado en el mar.

***

Tanta importancia tiene la tumba para los antiguos, que un filósofo ha podido decir que en eso sólo consiste la salvación religiosa del alma gentil. Sin sepulcro, los manes carecen de hogar, carecen de patria. La sombra de Melisa, la mujer de Periandro de Corinto, quejándose de tener frío porque su sudario no ha sido bien escogido, es un símbolo. Otros muertos tienen sed, tienen hambre. tienen penas. Explicando la concepción helénica de la sepultura, Lucrecio asegura que el hombre « no puede separarse por completo de la vida, ni despojarse de sí mismo, ni arrancarse del cuerpo que yace tendido en la tierra; se imagina que eso es aun él, y de pie, al lado de su cadáver, lo anima y lo mancha todavía con su sensibilidad ». Bajo la tierra, en efecto, la vida continúa su ritmo de venturas y desventuras. El que se

ha convertido en cadáver sigue existiendo. El culto de los muertos no es un sentimiento vago, cual entre los modernos, sino un rito estricto y tiránico. Cada familia adora á sus difuntos, como cada ciudad adora á sus héroes. ¿No se dice acaso los « dioses lares »? Y dioses son, dioses íntimos á los cuales se les pueden confiar todas las penas sin miedo de que las desdeñen, á los cuales se les debe pedir que protejan nuestro brazo aun en las acciones menos justas. Ellos son los creadores, á ellos les debemos la vida, ellos se perpetúan en nosotros. ¿Cómo, pues, teniendo un poder divino no han de emplearlo en servir á sus adoradores? El lazo único entre los manes y los seres vivos, es la sangre. Fuera del parentesco directo, no hay religión de la tumba. En las ceremonias conmemorativas, los que no forman parte de la familia turban la fuerza del rito. La ley de las Doce Tablas prohibe hasta que se acerquen á una tumba después del día del entierro los que no son parientes del muerto. « Este uso — dice Plutarco — está considerado como piadoso, pues puede temerse que los extraños vayan á violar la santidad del lugar. » Los propios muertos se defienden contra los que no son vástagos suyos, cubriéndolos de males y de desventuras cuando se acercan á sus moradas subterráneas. Con estas creencias la familia se fortifica, la raza se engrandece. El hombre sabe que más tarde va á ser un dios para

sus hijos. Y esto sólo podría explicar la tranquilidad de los hermosos atenienses desnudos que, en los mármoles del Cerámico, á los pies de la sagrada colina del Partenón, se despiden de la existencia con una nobleza grave y serena. El viaje que emprenden no es, quizá, el más agradable de todos. Pero es el más admirable, el más bello, el más profundo. Es el viaje para la divinización, el viaje para la deificación.



LA ANTIGÜEDAD VIVA

Los romeros del Ática no suelen oir, cuando interrogan el pasado, sino la voz grave de los libros. Á cada instante el viejo Heredoto, el seco Tucídides, el ingenuo Pausanias y el buen Plutarco, les dicen los fastos de estas piedras : «Aquí hubo un tribunal... allá una asamblea... más lejos murió Sócrates... en el otro extremo Palas hizo nacer un olivo... junto al olivo se ve la huella del tridente de Poseidón... muy cerca, el padre de Teseo, al ver las velas negras, se precipitó en el mortal abismo... fuera del recinto divino, Pericles se defendió contra el pueblo... » Y, poco á poco, los fantasmas se levantan, graves, mudos, envueltos en sus blancas clámides. Se levantan, como el comendador de piedra, y andan sin dejar de estar muertos. Por eso los viajeros sensibles, que quieren ver revivir á los grandes cadáveres, no experimentan aquí sino la penosa impresión de un desfile de mármoles. « Para nosotros — dice Barrés — la antigüedad no es sino un recuerdo de doctorado. » Antigüe-

dad siniestra, en efecto, la del colegio. En su respeto sin inteligencia, los profesores acaban por despojar á los héroes griegos y romanos de toda humanidad. Épicos sin saberlo, sin creerlo y sin quererlo, todo lo que es anterior á Cristo lo convierten en substancia de epopeya. Entre Aquiles, furioso, blandiendo su invencible espada, y Demóstenes huyendo lleno de miedo, no hay diferencia ninguna para los universitarios. Todo eso forma el helenismo. Y el helenismo es un bloque de inconmovible Paros. El mismo Nietzsche, que había sido profesor de griego, tuvo un día que decir : « La visión del helenismo, tal cual me había sido dado contemplarla, era tan extraña, tan particular, que me vi en la necesidad de concluir que, no obstante la *morgue* de sus maneras, nuestra ciencia helénica clásica no ha hecho más que divertirse examinando un espectáculo de sombras chinescas. » Pues bien : este espectáculo es el que ha desilusionado á todos los que al acercarse á Atenas, se repiten mentalmente las frases de los doctores.

***

Pero, en cambio, los que se acercan á estas ruinas con alma de niños irrespetuosos y entusiastas; los que no temen que la gorgona de la

sabiduría académica los paralice; los que no se asustan al oir los alaridos del coro trágico; los libres de espíritu, en fin, gozan en esta tierra de recuerdos lo mismo que en otro escenario cualquiera de grandes dramas humanos. Sin duda, el teatro está vacío. La representación ha terminado. De las decoraciones mismas, apenas quedan algunos fragmentos. Pero no importa. Algo del olor de la sangre de los luchadores, algo del aroma de los cuerpos femeninos sube hasta nuestros cerebros y nos hace ver que los actores eran seres de carne, no sombras ni fantasmas.

Mi amigo Mauricio y yo hemos tenido la suerte de encontrar, para acompañarnos en nuestras peregrinaciones, á un artista que vive, no en nuestra época, sino en el siglo de Aspasia. Se llama Philadellos y es profesor de literatura antigua en una Escuela de Derecho. Sus discípulos suelen reirse de él cuando lo oyen expresarse en la lengua de Sófocles. Pero él no ve más risas que las de las bocas antiguas en las fiestas dionisiacas. El presente no existe para él. La guerra misma pasó junto á sus sueños sin despertarlo. Las derrotas de Larisa no lo emocionaron. Pero, en cambio, cada vez que los persas se mueven, su alma de gran patriota arde en fuego sagrado.

— ¡ Mi pobre patria ! — murmura contemplando la isla de Salamina desde las alturas del Himeto.

Y esta sola frase, que es como una tierna caricia, indica lo diferente que es su Grecia de la Grecia de la Universidad. Porque esa « pobre patria » que lo obliga á suspirar, no es la de hoy, no es la del rey Jorge y de los arqueólogos alemanes, sino la patria viva, activa, inquieta, nerviosa, variable y aventurera de hace dos mil quinientos años.

— Lo que nos pierde — dice en ciertas ocasiones — es nuestra ligereza, nuestra falta de constancia. Los cambios de la opinión y los cambios de Gobierno son desastrosos. Además, no hay honradez en los retóricos que manejan el país...



Esto, dicho entre bellas piedras, á la hora en que las sombras lo funden todo en su masa de misterio, llega á tomar una importancia de evocación. Se comprende que, quien habla así, es un visionario. Pero al mismo tiempo se adivina que sus visiones no son muertos fantasmas, sino seres vivos, seres iguales á nosotros y respetables, no por lo grandes que aparecen en las estatuas, sino por lo apasionados que fueron en sus dolores, en sus ambiciones, en sus miserias, en sus alegrías...

— Tú mismo — me decía Mauricio, — ¿no

sientes aquí un respeto supersticioso por cosas que en Madrid ó en París te parecerían risibles?

Yo mismo, en efecto. La atmósfera llega, poco á poco, á apoderarse de nosotros, á modelarnos á su antojo, á hacernos un alma nueva, muy sensible y muy crédula. Viviendo sin libros ni guías al pie del Acrópolis, la divina leyenda antigua se convierte en una obsesión. Los siglos se borran. Las sombras milenarias se convierten en realidades visibles. Alcibíades, Aspasia, Demóstenes, Sófocles, Platón, Pericles, todos los héroes del magnífico drama ático, están presentes ante nosotros. Los vemos ir y venir, los oimos hablar, los sorprendemos en sus instantes de debilidad y de tristeza, de cobardía y de infamia. ¡ Qué diferentes los habíamos soñado antes en las Universidades ! Sus rostros mismos no tienen ya la majestad impasible que les veíamos en las estampas de los libros de clase, en los bustos de las bibliotecas. Despojándolos de su marmórea divinidad, los convertimos en hombres lo mismo que todos los hombres, en pobres y grandes, y locos hombres de hoy y de siempre.

***

Mauricio, que como buen español tiene la religión de la elocuencia, me decía ayer, contemplando la tribuna del Pnix :

— Antes de respirar este aire, los oradores

antiguos se me figuraban seres extraordinarios. Ahora hasta los comparo con los contemporáneos, sin creer que cometo una herejía. Siendo hombres, no me asustan. Antes, contemplándolos fuera del tiempo y del espacio, los colocaba en un olimpo de la sabiduría. Hoy, que veo donde vivieron, donde intrigaron, donde sufrieron, donde fueron aplaudidos y silbados, los encuentro menos venerables, pero más apasionadores. Ese Demóstenes, sobre todo, me interesa. ¡Qué tipo de *arriviste*! ¡Qué ejemplar de vanidad ambiciosa! Su verdadero don natural era la energía. Á fuerza de energía convirtió su palabra tarda en inagotable verbosidad. Se me figura asistir á sus meditaciones de estudiante sediento de gloria. Aquí venía, sin duda, cada vez que algún escándalo político provocaba debates apasionados. Desde aquí veía el entusiasmo que despierta en el pueblo la elocuencia atrevida. Los generales victoriosos temblaban ante la lengua de los tribunos. ¡Ah! En ciertos momentos hasta se me figura ver al pobre muchacho contrahecho, jurándose, cual un personaje de Stendhal, que no perdonará medio ninguno para lograr lo que desea. «Es necesario — lo oigo decir — que mi palabra suene aquí para que el pueblo me admire. La palabra es la única arma invencible. Con ella conquistaré la fortuna que he perdido; con ella me haré el poder que mi ambición necesita; con ella conmoveré al mundo.»

Y luego toda su vida me aparece tal cual fué, es decir, atormentada y miserable, llena de humillaciones y de ansias secretas; vida horrible con su falta de escrúpulos, con su avaricia, con su sed de honras; vida de deseos desenfrenados y de temores humillantes, de odios concentrados y de envidias indomables; vida de gran aventurero de la política; vida de hombre que tiembla ante el peligro, que huye ante el enemigo, que exige cuenta á los que están caídos, que vende su influencia, que hace temblar á los reyes y que termina, miserable, con un suicidio impuesto por el miedo. ¡ Ah, qué diferente este Demóstenes tan humano del Demóstenes de las escuelas !



Toda la antigüedad, vista desde aquí, se trueca en una época palpitante que nos interesa, no por su impasible y olímpica lejanía, no por su armoniosa blancura de mármol, no por su carácter majestuoso, sino, al contrario, por su vigor, por su intensidad, por su vida. Lo que nuestros doctos profesores nos presentan cual una era sobrehumana, fué la más humana de las eras. Por eso fué la más grande. Por eso sus vestigios, convertidos en reliquias de mármol ó en recuerdos de poesía y de aventuras, están más presentes que

los vestigios aun no enterrados de siglos cercanos.

Cuando nuestro maestro Philadellos nos habla de Sófocles, de Esquilo, de Sócrates, se diría que oimos á un crítico apasionado discutir en un café parisiense los méritos de Renán, de Víctor Hugo, de Verlaine.

— Yo soy de los que aprueban la sentencia — dice.

Y no tiene necesidad de agregar que se trata de la sentencia contra Sócrates, « ese corruptor, no de la juventud, sino del gusto, del entusiasmo del pueblo », pues nuestro ateniense es un enemigo encarnizado del « viejo pedante que todo lo razona y que nada siente ».

— El gran Nietzche — le contesta Mauricio — cree lo mismo que usted. Según su opinión, Sócrates es el creador del tipo insoportable de « hombre-teoría ».

— ¡ Nietzsche ! — exclama nuestro amigo. — ¿Quién es?

Como Mauricio sabe que estamos en el siglo v antes de Cristo, le contesta :

— Un hombre que hará revivir la verdadera idea del helenismo dentro de dos mil quinientos años.

Pero Philadellos no nos oye. Quiere hablar de Sócrates. Quiere hacernos comprender que la sentencia es justa. Quiere que vayamos juntos á aplaudir á los duros jueces...

EN MARES REMOTOS

SUNTUOSAS EVOCACIONES

Á medida que las palmeras de Colombo van perdiéndose á lo lejos entre los vapores azules del horizonte, la noción exacta de la realidad que acabamos de ver desaparece de nuestra memoria. Diríase que materialmente una mano borra, una por una, las sensaciones de vida, de comercio, de modernidad. Ya de las amplias calles llenas de tiendas y de las avenidas palaciegas, nada vemos. Nada tampoco de la intensa existencia del muelle. Nada, en fin, de los esfuerzos de trabajo que llenan de fiebre las oficinas. Pero en cambio las cúpulas ruinosas de las pagodas, los muros roídos de los palacios, las colinas llenas de piedras dispersas, las estelas en que aun se ven caracteres herméticos, todo lo antiguo, todo lo que es evocación de un pasado glorioso, lo que habla de fastos abolidos, de suntuosidades muertas, de poderío desvanecido, lo que es leyenda brillante, en suma, toma, en nuestro recuerdo, ó mejor dicho, en nuestra imaginación, proporciones inmensas. Murallas musgosas

que ayer apenas nos impresionaron de cerca, son hoy, en la lejanía, magníficas. Y por encima de todas las lecturas modernas surge, alucinador, el divino libro de las mentiras, el bello romancero de esta raza de reyes y de santos, el *Mahaavansa* sagrado. No hay en las literaturas occidentales un poema de igual significación nacional. Es la tumba de oro de Ceilán. De sus frases surgen, como de una ceniza muy espesa, las maravillas de las eras prestigiosas. Es al mismo tiempo una crónica y un evangelio. Así, comprende uno, leyéndolo, la melancolía altiva de esa raza esbelta que se siente incapaz de reconstruir un pasado y que lo llora.

La época de Parakamabahú, sobre todo, que corresponde aproximadamente al siglo XIII de nuestra era, provoca la orgullosa nostalgia de los cingaleses. Al visitar las pagodas, cuando un sacerdote os señala con un noble gesto del brazo desnudo alguna imagen santa y os dice que « data de la época del gran rey », es preciso ver cómo se encienden sus pupilas negras. ¡ El gran rey ! Figuraos un monarca que fuera al mismo tiempo un apóstol de la fe, como San Luis ó don Fernando *el Católico*, un conquistador como Carlos V, un gran protector de las artes, de las letras, como León X, y un hombre bueno, un hombre piadoso, un hermano de los que sufren, un San Vicente imperial, en fin; figuraos semejante ser envuelto en la pompa del Asia, y tendréis una

imagen de Parakamabahú. Desde el príncipio, su reinado se anunció magnífico y piadoso. Dirigiéndose á los magnates, que le presentaban la corona, díjoles : — « En los tiempos pasados, este pueblo fué oprimido por sus monarcas; el yugo de las tasas injustas pesó siempre sobre él, porque sus jefes eran desviados del buen camino por el amor ó el odio, por el miedo ó la ignorancia. Buscaban su bien propio y no el del pueblo y el de la iglesia. Desde hace largo tiempo la religión del Maestro está minada por centenares de herejías que las disputas de tres cofradías mantienen. Millares de frailes sin pudor no piensan sino en vivir vida agradable. La religión de Buda se corrompe antes de que hayan transcurrido los cinco mil años asignados por el profeta. ¡ Y qué decir de los que tienen hambre y á quienes yo debo dar de comer ! Todo eso lo he meditado durante largos años de lucha que sostuve para establecer este reino. Ahora ha llegado el momento. ¡ Que se haga mi voluntad ! » Su voluntad se hizo. Cien mil heraldos corrieron por los caminos sacudiendo los tamtams sonoros para que los pobres del país se reunieran. « Entonces — dice el libro santo, — su majestad dió en limosnas más que su propio peso en piedras preciosas ». En seguida corrió hacia la iglesia y la defendió contra sí misma antes de defenderla contra sus enemigos. Las tres cofradías eclesiásticas fueron convocadas,

para presentarse ante sabios doctores en el arte de reconocer lo que es verdad y lo que es mentira. La reunión fué solemnísima. El monarca interrogó uno por uno á los frailes, y al dar sus sentencias, consultó á sus consejeros. El libro dice : « Y como era justo, y como ni el amor ni el odio lo dominaban, sino únicamente el cuidado constante de día y de noche de su deber, el gran rey, cual sutil médico que distingue las enfermedades curables y las graves ó mortales, devolvió á sus órdenes á aquellos que estaban sanos y expulsó á grandes latigazos á los que estaban corrompidos ». Después de pensar en los demás, el buen rey pensó en sí mismo. Su infinita bondad y su ardiente religiosidad, no le daban hábitos de monje. Al contrario. Su amor del lujo, del placer, del fausto, era igual á su ternura. Amaba los perfumes, las sederías, las piedras preciosas y las flores. Su historia, en ciertos pasajes, es un inventario de riquezas y de esplendores. En sus mantos brillan las gemas variadas de todas las minas índicas. Sólo de perlas llevaba á veces centenares de variedades — perlas blancas, no como las que nosotros conocemos y que en realidad tienen reflejos y matices de aurora, sino de una blancura mate, de una blancura de cal ó de mármol roto; perlas rosadas, llenas de voluptuosos tintes y talladas cual lóbulos de orejas femeninas; perlas azules, hijas verdaderas del mar y del cielo, con hondos misterios en sus luces;

perlas áureas, en fin, como hechas de arenas de oro y de rayos de sol. — Pero la variedad en las perlas se comprende. Lo increíble es que haya habido, entre las regias pedrerías, más de cuarenta especies diferentes de rubíes. ¡Qué escala de tonos ígneos, qué gama de valores sanguíneos! Todos los rojos palpitaban en aquellos cristales, desde el puro carmín de los labios vírgenes, hasta la obscura púrpura de la sangre que se coagula. Había rubíes que eran celajes, rubíes que eran carne, rubíes que eran rubores. Sin llegar hasta el tono violáceo del granate, y sin bajar hasta las transparencias rosas del topacio, la misma piedra cambiaba de color con una delicadeza que sólo los ojos sutiles de los magnates asiáticos podían distinguir. Porque en aquellos esplendores en que, de lejos, apenas vemos la enormidad fabulosa, había también una sutil quintesencia. Á los cuarenta rubíes de tonos distintos, á los zafiros de cien matices cerúleos, á las ágatas de Nerbuddaa y de Jeselmere; á las piedras de la luna de infinitas opacidades misteriosas; á los ópalos multicromos; á las esmeraldas que de un claro de agua de lago subían hasta los glaucos verdes del mar que se prepara á la tormenta; á los crisoberilles, á las calcedonias, á las ampelites, á las amatistas, á las cornalinas, á todas las piedras coloreadas, en suma, uníanse, formando constelaciones místicas, los más extraordinarios diamantes. « Los diamantes de Parakamabahú

— decían los cantos reales — son más numerosos que las estrellas de los cielos.» Su manto, en efecto, ostentaba noventa mil, de diferentes matices y de diversos aspectos. Los había en forma de corazones y en forma de ojos. Los había que representaban religiosos emblemas. Los había imitaciones de flores, de frutas y de fieras. Los había que eran amuletos de amor ó de lucha, de salud ó de suerte. Y cada talla correspondía á un matiz. Los más blancos, los de Golconda, los que no eran sino un receptáculo transparente de luces, estaban consagrados á Buda. Eran los vidrios místicos. Los azulados, los que tenían reflejos rosas, los sutilmente violáceos, encarnaban el mundo de las plantas y de los animales. Los amarillos en fin, los que se ven arder en una llama tranquila é intensa, parecían los símbolos de los sentimientos. Y si estas eran las joyas, las sederías, los marfiles y las flores, no valían menos.

El día de su coronación — dice el *Mahavensa* — el rey, cuyos ojos eran largos como lirios, revistió sus ornamentos y se sentó, coronado de su diadema, en un trono de oro. El tumulto ensordecedor de los tam-tams era parecido al mugir del océano cuando desde el otro extremo del mundo la tempestad lo sacude. Y los elefantes vestidos de paños de oro se alineaban en las calles, ante los palacios, como nubes que bajaran hasta el suelo y que estuvieran llenas de relám-

pagos, y al ruido de los caballos de guerra impacientes bajo sus arneses de plata, la ciudad diríase que temblaba cual la mar. Y el cielo estaba oculto por multitud de parasoles multicolores y de banderas áureas y de telas riquísimas que agitaban en signo de gozo las manos de los habitantes. Y estos mismos habitantes gritaban : — ¡ Vive, ¡ oh ! rey !, ¡ vive ! ¡ oh ! ¡ gran rey ! Y todo el país veíase cubierto de arcos triunfales hechos de las más bellas flores que brillaban en vasos de esmalte. Y los trovadores cantaban himnos de gloria que subían hasta el cielo llevando el nombre de Parakamabahú entre humaredas de incienso. Las fiestas duraron muchos días, al cabo de los cuales el rey pensó que si Buda le daba tal poder era para que lo empleara en defensa de la religión. Así, cuando creyó llegado el momento, quitóse su manto de pedrerías y vistió sus arreos de combate. Las guerras santas continuaron. La voz divina le decía que era menester llevar la verdad á los que vivían en el error y salvar de la herejía á los reyes idólatras.

Uno de éstos, vencido por primera vez, ofreció convertirse si se le dejaba en su trono. Parakamabahú le dijo : « ¡ Oh ! hermano mío, conserva tus estados y tus guerreros y sirve la fe para ser más grande ! » Luego, reuniendo sus huestes, alejóse á un campamento en donde pensó reposarse algunos días. Pero apenas habían sus gentes dejado las armas, el rey antes perdonado preci-

pitóse sobre ellas. La pelea fué empeñada. Poco á poco, sin embargo, Parakamabahú logró ganar terreno y al fin hizo de nuevo prisionero á su enemigo y juró que lo trataría como á un traidor. « ¡ Sólo Buda puede salvarte la vida ! » — exclamó al desarmarlo. Pensando en estas palabras, el vencido pidió que los sacerdotes fueran á verle para prepararle á morir en paz; y cuando se vió rodeado de monjes de las tres órdenes, les hizo ver la gran tristeza de su situación con palabras muy desgarradoras. Todos lloraron. Luego, aunque sin gran esperanza, fuéronse hacia el monarca vencedor y le hablaron de este modo : « El muy santo y misericordioso Buda, en varios de sus discursos ha explicado largamente los males del odio y la bienaventuranza de la paz. El rey vencido no tiene hijos ni hermanos; además á causa de su avanzada edad, parece aproximarse hacia las puertas de la muerte, y así tu deseo de fundar aquí un reino para el servicio de la religión, se cumplirá pronto. Es justo, pues, que abandones esta conquista y que, dando libertad á tu enemigo, te vuelvas hacia tus estados. » El gran rey pensó que aquella era la voluntad divina y se inclinó ante el deseo de los monjes. Volvió á su capital y se consagró al engrandecimiento de su pueblo. Cada día fundó una obra piadosa ó hizo una caridad. Para los enfermos, construyó un hospital que podía contener millares de personas. De todas las ciudades de la India, sus emi-

sarios le mandaron sabios doctores en el arte de curar. Pero como el número de pacientes era siempre superior al tiempo de que los médicos disponían, él mismo iba por las mañanas á vendar las úlceras y á preparar los elíxires. Todos los seres de la creación le inspiraban grande simpatía. Una página del *Mahavanasa* nos hace ver su piedad por los animales. « Un cuervo — dice — afligido de un cáncer en la cabeza, entró en el regio hospital. Y aquel pájaro, encantado de la dulzura caritativa del monarca, se acercó á él. Los médicos descubrieron su mal y lo curaron. Y entonces el rey lo hizo pasear por toda la ciudad sobre un elefante y luego le devolvió su libertad. » ¡ Oh divina mansedumbre ! ¡ Cómo se nota, durante las ardientes mañanas de Colombo, cuando la vida se levanta con el sol, la profunda influencia de estas leyendas en el alma del pueblo ! Los cuervos chillones, en bandadas famélicas, llenan la calle, disputándose los granos de vida que la noche ha dejado caer; y para no interrumpirlos en sus disputas, los pobres indígenas que arrastran los cochecillos pintorescos, hacen mil evoluciones. Pájaros y hombres, todo inspira respeto piadoso á aquel pueblo. Sus cantos, como su historia, están llenos de lujo, de bondad y de ensueño. Son himnos que remontan á épocas fabulosas y que dicen la conquista del dominio de los devas ó genios diabólicos que poblaban el país en el principio de sus anales, por una raza

de sacerdotes guerreros que llegaron de muy lejos á transformar la vida inicial. Después de esta conquista, las guerras interiores principian. Cada monarquía ha dejado sus romances. Los hombres de armas pretenden arrebatar el poder á los hombres de iglesia. Cada jefe de tribu es un héroe. La sangre llena los bosques. Pero el cielo vela y envía, al fin, á los que llevan la palabra divina, á los primeros misioneros de Buda, que han viajado por los aires desde el centro de la India. « Los religiosos — dice *Mahavansa* — no tienen necesidad sino de predicar las doctrinas del maestro en la lengua nacional, para ver inclinarse ante ellos á las poblaciones todas de la isla. » Así, cuando Buda mismo acude, ya se encuentra entre adoradores. Los primeros monasterios alzan sus muros en seguida, y poco á poco las altas pagodas dominan las ciudades. Los reyes suntuosos y graves, comienzan á desfilar en sus elefantes sagrados, bajo parasoles de púrpura al son de tam-tams de triunfo. El pueblo en armas, sigue las huellas reales. Los palacios gigantescos surgen como por arte mágico y las ciudades crecen, como arrozales, en las riberas de los ríos y en las cimas de las montañas. La ciencia florece tanto como el arte. El amor sonríe á los que creen. Las bayaderas, cubiertas de pedrerías, envueltas en velos tejidos de oro, perpetúan la noción voluptuosa del ritmo. Las cortesanas, cual estatuas esbeltas de bronce tierno,

pucblaoı ns barrios principales á la hora del crepúsculo. La bendición de Buda lo embellece todo, lo enriquece todo. Las dinastías pasan admirables de magnificencia. Las edades, sin prisa, en una amplia marcha de elefantes, van transcurriendo. Entre los reyes, uno aparece, más que los otros brillante y bueno, más que ninguno. Es Parakamabahú. Después, otros príncipes tratan de imitarlo. Después otros deshacen lo hecho por él. Lcs europeos aparecen al fin. Y entonces, sorprendidos como en medio de un divino sueño de poderío sin fin, de riquezas infinitas, de pompas eternas, los hijos de los antiguos conquistadores vuelven hacia el pasado sus ojos melancólicos, y huyendo de la realidad que los hace esclavos de razas bárbaras, se pierden en la contemplación de sus leyendas, mientras los muros de sus palacios van derrumbándose piedra por piedra.



SINGAPUR

ó el Paraiso de los chinos

Mejor que en Pekín, los que estudian el peligro amarillo, podrían, en esta isla ecuatorial, darse una cuenta relativamente exacta de lo que la raza china, una vez educada según los métodos occidentales, logrará hacer. Aquí, en efecto, el fantasma que Guillermo II vió en sueños, se convierte en realidad. Pero esta realidad no es igual á la visión. El Buda armado, el gran tártaro conquistador, cubierto de puñales y de sables cual un camurai de abanico : el hombre gesticulador que galopa en el caballo flaco de Gengis Khan, resulta, cuando se le ve de cerca, un simple obrero ó un apacible negociante. El peligro es pacífico. No amenaza los puertos de guerra, sino los puertos comerciales. Sus naves, en vez de cañones, llevan fardos de sedas, de lacas, de porcelanas, de esencias; y pronto llevarán también cargamentos de lanas y algodones, de carbón y de hierro, de drogas y cristales, de joyas y

adornos, de granos y bebidas, de todo lo que la tierra y la industria producen, en fin. Se trata, tal vez, de pocos años. Pero esto no debiera sorprender á los europeos. ¿Acaso no son ellos los que se han empeñado en educar á ese inmenso pueblo que antes vivía contento en su retiro? Después de abrir brechas á cañonazos en la gran muralla, han exigido que se les permita traficar. Han fundado bancos, almacenes, depósitos, compañías, vías férreas, fábricas. Los chinos, en un principio, rieron. « Comprendo muy bien lo que es un camino de hierro — decía un ministro amarillo á lord Curzon, — pero nuestros coches antiguos hacen lo mismo con mayor calma, por lo cual nos parecerán siempre preferibles ». *Siempre* era mucho decir. Después de las sonrisas irónicas, el examen serio ha comenzado. Unos veinte millones de chinos tienen ya nociones vagas de progreso moderno. Poco á poco, gracias á la sutileza de la raza, los problemas religiosos que hoy se oponen al adelanto, irán resolviéndose, y entonces las leyes que prohiben construir edificios de más de noventa y nueve pies de altura para « no impedir el libre vuelo de los espiritus aéreos », ó clavar clavos en el suelo para « no herir á los dragones subterráneos » caerán en desuso.

En general, esos hombres amarillos no son ni místicos, ni fantaseadores, ni quiméricos. Sus mejores cualidades son el sentido de las cosas

prácticas, la resistencia para el trabajo, la honradez en el negocio, la perfecta cortesía y más aún el genio asimilativo. Todo el mundo conoce la anécdota del sastre cantonés. Un europeo le lleva un traje lleno de remiendos y de manchas, como muestra. Al cabo de tres días el sastre le trae el vestido nuevo, y el europeo ve con asombro que, no sólo es una imitación exacta como corte, sino que también tiene los mismos remiendos y las mismas manchas que el modelo. De un modo menos caricaturesco, los que ven trabajar á los doscientos mil chinos de Singapur, dicen lo mismo, en multitud de ejemplos y de historietas.



Ni necesidad hay, para comprender lo que en Singapur representa la raza amarilla de una larga estancia y de un profundo estudio. Unos días de turismo bastan. Esos hoteles suntuosos en los cuales nos alojamos; esos restaurants admirablemente servidos; esas tiendas limpias, bien surtidas, bien ordenadas; esos bancos en donde cambiamos nuestros oros europeos por dólars asiáticos; esas agencias activas; esas fábricas, esos talleres, lo que es vida, lo que es trabajo, lo que es riqueza, pertenecen á los chinos. El mocetón moreno, robusto, de piernas de atleta y de torso

de Apolo, que trota, casi desnudo, arrastrando el cochecillo en que nos paseamos, es chino. ¡ Qué diferencia entre él y los celestes de las estampas ! Fuerte y ágil, es una respuesta viva á los que hablan de degeneración física de la especie. En los bars y en los cafés, otros chinos ceremoniosos y atentos nos sirven con un tino que el más orgulloso *maître d'hôtel* francés podría envidiar. La comida, hecha por un cocinero chino, es excelente. En las tiendas, todas chinas, lo primero que sorprende es el precio : un traje vale treinta francos — un traje fino, de paño ligero ; las sederías menos aún, en proporción. ¡ Y qué altiva elegancia en el modo de vender ! Los dependientes os dejan ver y tocar, y comprar, sin irritaros con esa sempiterna charla reclamista que los vendedores parisienses parecen haber aprendido de los judíos africanos. Si no compráis nada, ningún signo exterior revelará el menor disgusto. Siempre cortés y cortesano, el hortera amarillo os acompañará sonriendo, hasta la puerta. En los talleres, en las fábricas, una actividad de colmena reina, y en la Bolsa hay tal movimiento, que ni Nueva York podría dar á esta ciudad lecciones de fiebre de oro. El instinto de jugadores que hace de los chinos pobres, en sus ciudades natales, esclavos de la lotería, lanza aquí á los chinos ricos en combinaciones estupendas de agio. Un europeo que vive en Singapur, escribe : « Los chinos tienen el genio de los *placement*. En

cuanto consiguen, trabajando de cualquier manera, unos centenares de pesetas, los colocan, no con la prudencia de un padre de familia, sino con la audacia de un financiero de raza. Todas las ramas le sirven. Un sastre, especula con el arroz y un vendedor de abanicos se interesa en las minas de diamantes del Brasil. El paso, que es tan difícil en Europa, entre el pequeño y el grande comercio, los chinos lo dan con la más natural soltura. El mismo hombre que en su tenducha acaba de contar los fósforos de mil cajas, ó que se ha pasado la vida pesando manteca, llega, de pronto, á convertirse en gran bolsista. Este chino banquero es el que por las tardes se pasea, en victorias dignas del Bosque de Bolonia, por las alamedas siempre verdes de las inmediaciones de Singapur. Su rostro afeitado indica astucia y satisfacción. Su traje, sin ser europeo, no es tampoco asiático. El sombrero de Panamá ó de paja de Siam, da sombra á los ojos. Por el cuello, algo abierto, del pijama de paño finísimo, adviértense la camisa inglesa y la corbata parisiense. El pantalón es de lino blanco; y los zapatos, de charol con hebilla áurea. La trenza misma, la trenza sagrada, apenas aparece, levantada bajo el sombrero, sino como una coleta de torero. Sólo las maneras son siempre chinas, es decir, ceremoniosas, urbanas, rebuscadas y algo teatrales. ¡Oh, los saludos amplios, con los brazos un poco abiertos,

cual en las cubiertas de las cajas de laca, que representan recepciones en palacios mandarinescos! ¡Oh, las inclinaciones de cabeza y las sonrisas beatas! Pero eso es exterior. El fondo es menos asiático y á veces no es nada asiático. Viviendo fuera del suelo natal, lejos de las influencias tradicionales, los celestes, desde el que arrastra un puspús hasta el que tiene un cochero alemán, un ayuda de cámara inglés y un cocinero francés, todos admiten la necesidad de adoptar los métodos occidentales que, á pesar de su grosería y de su ridículo, ofrecen grandes ventajas prácticas.



Un chino que enseña francés á los hijos de un banquero de Singapur, nos decía:

— En el fondo no somos, ni hemos sido nunca, enemigos de los progresos materiales. En el cultivo de la tierra, todo el mundo sabe que estamos más adelantados que los países de Europa. Nuestras provincias del litoral y del valle de Yang-tse-Kiang, son más probladas que Bélgica y producen más que las mejores tierras del norte, gracias á nuestros sistemas intensivos de cultivo. Nada nos sería, pues, más fácil, disponiendo cual disponemos de mano de obra abundante, que aceptar los métodos industriales euro-

peos. Para los pueblos conquistadores, Inglaterra y Francia sobre todo, han sido siempre tan rudos en sus exigencias, que el pueblo, ignorante y animado por la clase mandarina, verá aún durante mucho tiempo con recelo todo lo que proceda de occidente. Nuestros verdaderos conservadores son los mandarines, los malditos mandarines.

Y para probarnos que su odio es legítimo, el ardiente profesor amarillo nos explica el mecanismo gubernativo de las diez y ocho provincias imperiales.

— Figúrese usted — nos dice — que Francia estuviese administrada por académicos, pero no de la Academia de ciencias políticas, ni siquiera de la francesa, sino de la Academia de inscripciones y bellas artes. Porque nuestros mandarines y nuestros funcionarios todos, sin la menor excepción salen de las escuelas de humanidades y se han distinguido en los exámenes oficiales. El pueblo los cree sabios. Ellos se creen á sí mismos infalibles, pues, poco á poco, aun siendo inteligentes por naturaleza, llegan á atrofiarse el cerebro y á no pensar sino con fórmulas de antigua filosofía. No es para menos. Durante años y años, estudian día y noche los libros clásicos de Confucio y de sus discípulos, así como los caracteres de la escritura docta. Estos caracteres son unos 60.000, todos á cual más complicados. Cada uno representa, no un sonido, sino una idea y así,

por ejemplo, el signo « puerta » se parece al signo « entrar ». En general, un chino medianamente instruído, conoce mil caracteres, que es lo suficiente para escribir la lengua moderna. Pero un mandarín de primera clase, de la clase de los gobernadores, tiene que saber veinte mil signos por lo menos. Los exámenes primeros versan sobre esto y duran tres, cuatro y hasta seis días, durante los cuales el candidato, encerrado en una celda estrechísima, escribe sin cesar en largas bandas los jeroglíficos tradicionales. Después de este examen, se verifica el de letras y filosofía, ó sea los comentarios á los libros morales y religiosos. Los examinadores dicen : « ¿Qué es lo que se encuentra escrito en el libro tal en la página cual? » ó « ¿Cuántas veces Confucio emplea el signo « bondad » en su discurso sobre la condición humana? » Los examinandos tratan de citar de memoria lo más posible cuando la pregunta es filosófica, y para responder á un sabio que los interroga sobre los dragones protectores del pueblo, repiten, sin ayuda de textos, lo que escribieron hace tres mil años los doctores consagrados. Últimamente un virrey de Nankin, imbuído en ideas modernas, ordenó á los examinadores que introdujeran en los estudios superiores la astronomía y que en los exámenes del alto grado hicieran algunas preguntas sobre esta ciencia. ¿Quiere usted saber lo que preguntaron al año siguiente los doctores? Oiga usted : « ¿Por

qué en los libros de Confucio el signo que representa la luna está cerrado en su parte inferior, mientras el signo que indica el sol está abierto?» Esto fué todo. Y el virrey, ante quien se verificaron los exámenes, no pudo menos que llorar de entusiasmo oyendo las citas relativas al cielo, á los astros y á los aires, que los candidatos habían aprendido en los libros antiguos. En lo demás, sucede lo mismo. Las letras clásicas lo deforman todo, lo modifican todo. En los tratados milenarios de moral, encuéntranse razones para oponerse á la menor reforma. En cuanto el pueblo principia á modificar su industria ó su comercio, el mandarín consulta sus textos y hace oir las voces de los antepasados. El fanatismo por los muertos es general. Por no oponerse á la voluntad de sus abuelos, un chino se somete á cualquier régimen. Su verdadera patria es el cementerio. El país, como gran cuna de la raza, le es indiferente. Más que amor, hay antipatía entre provincia y provincia. Además, no hablando la misma lengua, cada comarca conserva su carácter, y un hombre de Cantón, por ejemplo, se siente extranjero en Pekín. Lo único que los une es la fe común y la común idea de la protección de los muertos. Fíjese usted, que cuando un mandarín quiere impedir que se construya un ferrocarril, lo primero que dice es que va á turbar el reposo de los cementerios. En el acto el pueblo se muestra hostil. Así, pues, mientras los chinos

estén dominados por rutinarios idólatras de viejos textos, no harán grandes progresos, á pesar de ser, en el fondo, mucho más inteligentes y mucho más activos que los europeos.

***

En otra ciudad, es probable que las últimas palabras del profesor de francés nos habrían hecho sonreir. Aquí no. Viendo á los celestes mostrarse superiores á todos los que habitan en Singapur, he llegado á preguntarme si realmente los hombres de esa raza prolífica y sobria que fué en remota edades la primera del mundo, no conservarán aún, adormecidas por el opio de la rutina, las mismas cualidades que hicieron su pasada grandeza. Al lado de ellos, los indios parecen frágiles figulinas de bronce y los malayos enormes figuras sin voluntad. ¡ Pero, qué digo ! Los ingleses mismos, que son políticamente los señores del país, declaran que el negocio, el trabajo, la vida, el movimiento, el progreso, están en manos de los chinos. Organizados á la europea, los celeste han hecho en el manejo del oro, lo mismo que los japoneses en el manejo de las armas. Han sobrepujado á sus maestros. De sus mismos vicios esenciales, como el amor al juego, han sacado virtudes de especulación bancaria. La disciplina social

que los une no tiene nada que envidiar á la que, en los campos de Mandchuria, da la victoria á sus hermanos nipones. El poder asimilativo de sus inteligencias, en fin, les permite competir con los más fieros industriales del mundo.

Hace años, un cónsul alemán notó que con dos ó tres docenas de cualquier artículo, bastaba para llenar la gran ciudad de Singapur. Los billares, los mostradores de bar, los tiros al blanco, todo lo visible, decía « made in Germany » y presentaba los caracteres de la manufactura tudesca. Sin embargo, aquello era el perpetuo milagro de los panes y los peces. Los billares venidos de Hamburgo en realidad, no llegaban á veinte, y los que se veían en los cafés pasaban de ciento. Un chino, al fin, le sacó de cavilaciones, llevándolo á visitar una manufactura. En su respeto del modelo, los imitadores amarillos no omitían ni aun la marca de fábrica. Pues bien : este caso es aquí universal. Las fábricas abundan. Un objeto cualquiera, basta para que operarios habilísimos fabriquen millares idénticos. Si pensamos en la abundancia y en la baratura de la mano de obra, así como en la inteligente modestia de los grandes negociantes chinos que saben contentarse con beneficios pequeñísimos, para asegurarse la lealtad de los mercados, tendremos una idea justa de lo que es el verdadero peligro amarillo. Los cien millones de soldados cubiertos de armaduras que los visionarios contemplan

con espanto en un porvenir pavoroso, serán, realmente, cien millones de obreros. Ya los chinos de Hong-Kong, de Shanghai, de Takú y de las demás concesiones internacionales, trabajan y se organizan. La agricultura misma, que es poderosa, tiene empeño en que se adopten ciertos adelantos, como el alumbrado eléctrico, para que las tierras hoy sembradas de colza y de otras materias que producen el aceite, puedan convertirse en arrozales ó en sementeras. En las llanuras del Hunán, bastante cerca de ciudades populosas, se comienza á explotar minas de carbón que, bien trabajadas, podrán un día mover centenares de maquinarias. De la costa, la idea de la industria va abriéndose senderos hacia el interior. Pero, hasta hoy, lo único que puede servirnos para estudiar á los chinos transformados, europeizados, llenos de actividad y de robustez, es Singapur. La raza misma, aquí trasplantada, parece cobrar energía física á los pocos años. « ¡ Es el aire sano de la vida sin mandarines ! » — dice el profesor. Y eso debe ser, en efecto, pues climatológicamente cualquier comarca del Celeste Imperio es paradisíaca, si se compara con este horno. Además del cuerpo, el espíritu florece, la voluntad se vigoriza, el sentido práctico, ya tan sutil en todos los asiáticos, se ahonda. El sistema sindical, por ejemplo, es aquí bastante perfecto para que un publicista europeo haya creído que no era inútil estudiarlo y darlo á

conocer en centros de trabajo como París, Londres y Hamburgo. « Las mil formas de la asociación — dice — que nuestras ciudades activas han visto florecer últimamente, son clásicas en Singapur. El sindicato es una necesidad para los chinos trabajadores. Los « boys » ó criados poseen el suyo, muy poderoso, y cuando uno de los socios tiene alguna queja formal contra su amo, éste, *boycoteado,* no logra otro doméstico. Y si esto existe entre los más humildes, figuraos cómo se organizarán los que, trabajando en talleres y fábricas, forman la aristocracia del proletariado. Las mismas sociedades secretas, que en el imperio chino son organismos religiosos ó políticos, conviértense, en la gran ciudad obrera, en mecanismos de prosperidad. Hay francmasonerías de cada cuerpo de edificio, en las cuales se discuten los intereses del gremio. Algunas sociedades, protegidas por los banqueros, organizan cursos técnicos. Porque la solidaridad china no es una frase, sino un hecho. Los pobres culíes que acaban de desembarcar muertos de hambre, hallan en el acto pan, el pan de cada día, y la estera para dormir. Los ricos dan prestado á los modestos y los modestos mantienen á los miserables. « Si un día fuera posible una reforma del mandarinato y nuestra patria nos ofreciese las mismas garantías de libertad de trabajo — nos dice el profesor de francés — todos los chinos volveríamos á la China, llevando nuestra expe-

riencia y nuestros capitales.» Ese día, el peligro amarillo será una realidad. Ese día, la más vasta, la más formidable democracia obrera, habrá declarado la guerra á la industria occidental. Los celestes que están dispersos en las ciudades protegidas ó administradas por europeos en Extremo Oriente, bastarían á reclutar y á disciplinar el gran ejército. Contadlos. En Singapur hay cerca de 200.000 : en Chólon, 100.000 : en Bangkok, 60.000 : en Manila, 60.000... ¿Y en Shanghai?... ¿Y en Hong-Kong?... El cálculo de un millón, conocedores de los adelantes modernos y ávidos de ganar dinero explotando los recursos de su propia patria, no es exagerado — al contrario.



SHANGHAI

los chinos que trabajan

¿Es acaso la entrada de Amberes por el Escault verde gris, bajo un cielo de lluvia?... ¿Es Roterdam y sus húmedas costas bañadas por el Mosa?... ¿Ó es más bien el Elba de Hamburgo, envuelto en una tibia bruma de primavera?... Algo del Norte es, en todo caso; algo ya visto en las excursiones frecuentes y en los cuadros familiares; algo que no tiene nada de exótico, ni de lejano, ni de raro. Ningún follaje extraño aparece en las riberas, y en el horizonte ningún color luce violento. Es un panorama de paz laboriosa, como los que, todos los días, vemos en Europa. Los campos que se extienden á derecha é izquierda, denotan un meticuloso cultivo. Desde lejos se ven los surcos del arado y los canales del regadillo. Las casas de labranza con sus muros blancos, álzanse de trecho en trecho entre la verdura. Ante las puertas, tres ó cuatro árboles que sólo producen sombra; es el único lujo que los labra-

dores pueden permitirse; el resto de la tierra es necesario que dé algo más práctico. Y así, la monotonía de los arrozales se extiende en ondas suaves hasta que, allá á lo lejos, las primeras chimeneas aparecen.

La impresión de lo ya visto se acentúa. Sí, sin duda, este espectáculo no es nuevo. ¿Es Hamburgo ó es Amberes? Una por una, las altas columnas humeantes se alzan. Son las avanzadas del industrialismo. Detrás de ellas se amontonan fuerzas mayores. Ved. Es más que Amberes, es más que Hamburgo, pues ninguna torre de municipio antiguo, ningún campanario gótico, ni la más pobre almena de castillo histórico, poetiza el paisaje. Es Nueva York, tal vez. En el puerto, ante los muelles de hierro, millares de barcos descargan y cargan en medio de un tumulto vertiginoso. Las gentes que llenan los *bunds*, forman hormigueros humanos. Los rótulos enormes — petróleos, aceros, máquinas y transportes — se mecen en el espacio sobre los troles. Y más arriba, por encima de los techos rojos, las chimeneas de las fábricas forman monstruosas columnatas humeantes, florestas formidables de menhires, laberintos de cubos informes.

Las guías nos dicen que este es el París del Extremo Oriente. Pero, en realidad, los dos nombres chocan. ¿París? No. Ni Oriente tampoco. Es una gran metrópoli de trabajo que se describe mejor con cifras estadísticas que con

frases. Es el mercado de la seda, del algodón y el hierro, de la China. Sus manufacturas son infinitas y formidables. Al desembarcar se encuentra la « International Coton Mil », y la guía dice que allí trabajan 2.500 obreros; del otro lado del río está el Arsenal con sus 3.000 trabajadores. En cuanto á las fábricas de tejidos de seda, son treinta, y entre ellas las hay que tienen dos mil operarios. No nos detengamos. Allá, en la esquina, humea un edificio enorme : es una fábrica de acero que produce ochenta toneladas de rails, al día. Más lejos otras chimeneas anuncian otras manufacturas. Un ruido de volantes que silban, de martillos que ensordecen, de correas que rechinan, llena el espacio. Es la China que trabaja, la China industrial.

Apenas hace unos cuantos años, todo lo que no eran labores de marfil, de laca, de seda ó de porcelana, parecíanos imposible de aclimatarse en el Celeste Imperio. Los libros de los ingenieros belgas nos habían contado mil anécdotas cómicas. Un día, los más importantes capitalistas de Amoy formaron una Sociedad para explotar una mina de carbón. Al principio pensaron en nombrar director de los trabajos á un europeo; pero un relojero chino les ofreció dirigirlo todo. Los mineros amarillos, algo boxers en el fondo, aceptaron. El relojero abrió las galerías en la playa. Al cabo de unos cuantos meses, el nivel del agua subió y las minas se convirtieron en un lago

subterráneo. Otro día, en los arsenales de Nang-Xing, los mandarines oyeron hablar de la conveniencia de tener un armamento homogéneo. En el acto reunieron todos los cañones recientemente comprados en Francia y en Alemania, y los cortaron de manera que resultaran de igual tamaño. Algún tiempo más tarde se trató de construir cierta cantidad de granadas para los nuevos *obuseros* Krupp. Los ingenieros chinos los hicieron absolutamente iguales al modelo; pero de una sola pieza y llenos. En la Casa de Moneda de Nang-King, en fin, un funcionario fabricaba, hasta hace poco, piezas de oro de cien sapecas que sólo tenían la mitad del peso legal, y eso sin robar, sólo porque le parecía más cómodo limarlas cuando salían del cuño, que bruñirlas, como debe hacerse.

Pero todo eso pertenece á épocas pasadas. Actualmente, el obrero chino es tan hábil y tan laborioso como el obrero europeo. Las fábricas de acero de Hanyang construyen ruedas para laminar por una tercera parte de lo que cuestan en Europa. Los astilleros de Futcheu y de Shanghai, producen en condiciones tan ventajosas, que las compañías alemanas les encargan ahora sus nuevos buques de cabotaje. Una Memoria consular francesa del año pasado, dice que en breve las fábricas de tejidos de algodón chinas, serán superiores á las del resto del mundo. Hombres y mujeres trabajan juntos en cente-

nares de manufacturas, con una actividad y una inteligencia admirables. « La calidad de la mano de obra — dice Leroy-Beaulieu — satisface á los directores europeos, y en los talleres que yo he visitado, el orden y la limpieza son tan grandes como en los mejores de Europa y de América. » Doce ó catorce horas de labor no espantan á los chinos. Los conquistadores industriales, no contentos con tener el carbón á mitad de precio que en Francia, exigen también tener la labor por la cuarta parte que en cualquier otro país. En las fábricas de tejidos que pueden considerarse como los modelos, los aprendices ganan de 12 á 23 céntimos al día y los obreros de 70 á 90.

Sin embargo, los europeos están poco satisfechos.

— ¡ Hace diez años — exclaman levantando los brazos al cielo — esos miserables ganaban la mitad y no se quejaban !

Los dos grandes defectos que los industriales encuentran á sus obreros, en todos los países, es que no sean esclavos y que tengan necesidad de un salario para vivir. En la China, sin embargo, no pueden quejarse sino á medias. El coolis es *casi* un esclavo y *casi* no cobra. Los asiáticos, que están lejos de ser menos inteligentes que los occidentales, notan lo que se puede hacer industrialmente, gracias á los sistemas modernos, y ya poderosas sociedades de capitalistas chinos luchan contra los europeos.

Lo que antes era de los extranjeros en su totalidad, ya hoy pertenece en su mayor parte á los nacionales. Y eso que Shanghai es entre todos los puertos comerciales de Extremo Oriente el más conservador el más *occidental*, el más poblado de blancos. Las grandes calles, el, Bund y Nankin Road, especialmente, parecen vías de Nueva York ó de Londres. Las tiendas son europeas y están servidas por europeos. En Hong-Kong, en Singapur, en Cholón, el triunfo chino es más visible. Los ingleses mismos declaran que Singapur pertenece á los chinos.

Aquí, en Shanghai, será necesario esperar algunos años más. Ya el comercio de la concesión francesa es amarillo. La conquista de los barrios alemanes ó ingleses no puede tardar.



EL JAPÓN

TOKÍO

Tokío... La estación de Shimbashi... Los primeros árboles metropolitanos... Y en el tren minúsculo, más pequeño, más ligero que un tranvía madrileño, el movimiento peculiar de toda llegada se inicia, pero no como en Europa, no con febriles impaciencias y curiosidades infantiles, no con ruido ni con alegría, sino grave y pausadamente. Diríase, en verdad, que formamos parte de un cortejo fúnebre y que vamos á apearnos á la puerta del cementerio. Antes de ponerse de pie, los caballeros arreglan de un modo escrupuloso los nobles pliegues de sus kimonos obscuros; luego, para pasar la mano entre dos vecinos con objeto de buscar sus diminutas maletas de bambú, hacen reverencias, muchas reverencias, cuatro, cinco, seis reverencias. ¡Y qué reverencias! Los cuerpos se inclinan hasta tocar el suelo con las manos. Son los célebres *plongeons*, que tanto llamaban la atención á los antiguos viajeros. Las sonrisas también son las mismas. Cada movimiento supone una sonrisa. Las mujeres,

sobre todo sonríen perpetuamente; las viejas más que las jóvenes, las niñas más que las viejas. Aquí, en mi coche, hay hasta media docena de musmés, que no deben tener arriba de quince años, y que de seguro pertenecen á las altas clases sociales.

Á primera vista, todas parecen fabricadas en el mismo molde y movidas por igual resorte. Las bocas diminutas, iluminadas con un ligero toque de carmín que las hace más pequeñas aún y más infantiles; los ojillos negros, rientes, luminosos y maliciosos; las manos finísimas, manos de princesas, y sobre todo los peinados, esos grandes, esos caprichosos peinados que son obras de complicadísima arquitectura; esos peinados en los cuales hay arcos, círculos, espirales, fuentes y cúpulas; — esos peinados orgullo y tormento de las señoritas niponas, son, en todas ellas, iguales. Y, sin embargo, parece que los hay de diez y seis estilos distintos. ¡Diez y seis estilos! Pero tales sutilezas no se ven desde luego. Ahora, lo único que he logrado, después de contemplar á mis vecinitas atenta y respetuosamente durante las horas del viaje, es convencerme de que no son tan iguales como al principio se me antojara. ¡No! Hay entre ellas diversidad de expresión, de fisonomía y de facciones. De perfil — si puede llamarse perfil á esta silueta de contornos apenas delineados — nótase que la variedad de tipos es numerosa. Lo que las hace resultar uniformes, es

el mecanismo de los modales y de las actitudes. En esto, seguro estoy de ello, no hay ni diez y seis ni seis modales, sino uno solo, único y exclusivo. Envueltas en sus amplios kimonos, mis compañeras de viaje han evolucionado, desde que salieron de Yokohama, con una armonía que me obliga á pensar en aquellos grupos de « sisters » americanos, que, imitando á las Barrison, llenan los cafés-conciertos europeos de automáticos bailes. En cada circunstancia, en efecto, han hecho el mismo gesto, y lo han hecho del propio modo, con idéntica gracia grave, con igual coquetería discreta. Ahora, para reunir las infinitas é infinitamente pequeñas cajas de laca que las sirven de equipaje, son uniformes gorjeos, uniformes reverencias, uniformes ondulaciones...

***

¡ Tokío, Tokío !... Ya sus primeras casas empiezan á aparecer entre árboles floridos. Es la realización de un ensueño muy antiguo y que todos hemos hecho leyendo descripciones pintorescas. He allí las paredes de madera, los techos en forma de tortugas, las ventanas que, en vez de vidrios, tienen papeles... He allí las tiendecillas sin mostrador, en las cuales todo está en el suelo en cajitas misteriosas... He allí á los japoneses

sentados sobre sus esteras, como en las estampas, con posturas singulares, en equilibrios inverosímiles... Sin duda, todo es tal cual yo me lo había figurado; pero con algo menos de vida, ó mejor dicho, con algo menos de poesía, de color, de capricho, de rareza. ¡ Singular y lamentable alma la del viajero ! En vez de alimentarse de realidades lógicas, vive de fantasmagóricas esperanzas y sufre de inevitables desilusiones. Lo que no corresponde á su egoísmo sentimental, le causa tristezas incurables. ¡ Y es tan fácil que su anhelo resulte vano !



¿Qué le falta á este Japón en que vivo desde hace algunas horas, para ser mi Japón soñado? Los caballeros que me rodean no tienen nada de europeo en el traje. Por ninguna parte descubro el sombrero hongo ni la *jaquette* imitación de Londres. Todos son kimonos, discretos kimonos de diario, sin dragones bordados en las mangas, es cierto, y sin vuelos de cigüeñas en la espalda; pero kimonos, al fin, verdaderos kimonos bajo los cuales los cuerpos de bronce van desnudos. El paisaje que se descubre por las ventanillas, es la realización de un biombo, con sus pinos de ramas atormentadas y sus campos pantanosos cubiertos

de admirables alfombras de lotos. Para colmo de suerte, hasta tengo á mi lado un grupo de musmés como antes sólo las había visto en los álbums de Utamaro y de Toyokuni. ¿Qué le falta, pues, á mi Japón real para ser tan bello como mi Japón soñado? ¿Será acaso que yo esperaba, sin darme cuenta de ello, un Tokío igual al Madrid que los franceses buscan, un Tokío feudal, con samurayes de máscaras feroces, con palanquines rodeados de suntuosidad misteriosa, cortejos de daimios y patrullas de arqueros? No; no lo creo. Los libros modernos, por el contrario, habíanme preparado á encontrar un Japón americanizado. Y, sin embargo, éste que veo y que es muy japonés, éste que veo por la ventanilla, no es mi Japón ideal y delicioso.



Helo aquí mi Japón. ¡Amaterasu, diosa del sol y patrona de Yamato, bendita seas! ¡Y tú también, milagrosa Kamiya San-No-Inari, tú, que curas todos los males y proteges á los que aman; tú también, sé bendita! Al apearme del tren, mientras un atleta amarillo acomoda mi equipaje en un kuruma, mi ensueño se realiza. De pie en la puerta de la estación, una musmé me sonríe, ó mejor dicho, se sonríe á sí misma. Es delgada,

pálida, de un color de ámbar claro y transparente, con las venas finísimas marcadas en el cuello desnudo. El óvalo de su rostro es perfecto. Sus ojos, no grandes pero largos, muy estrechos y muy largos, tienen una dulzura voluptuosa que explica el entusiasmo de aquellos antiguos poetas nipones que compusieron las *tankas* en que las pupilas femeninas son comparadas con filtros de encantamiento. Las manos exangües, de dedos afiladísimos, son translúcidas. Los labios, en fin, sus labios entreabiertos en esa sonrisa perpetua, sus labios húmedos, dejan ver una exquisita dentadura de granos de arroz. Y esta aparición no lleva el traje gris sin adornos de mis compañeras de viaje, sino un kimono amarillo pálido, cubierto de lirios blancos, que la hacen aparecer como una Primavera de esta tierra, más menuda y menos espléndida que la de Boticelli, pero no menos seductora. Yo la contemplo absorto. Y gracias á ella, á su belleza extraña, á su gracia lejana, á su esplendor de leyenda, la vulgaridad de esta plaza de estación desaparece y un Japón admirable surge ante mis ojos extasiados.

***

Bajo esta lluvia fina, tibia, igual á la del norte de Europa, Tokío me parece poco propicio para

recibir á los que llegan á él llenos de ilusiones. Una vez terminado el espectáculo, vulgar pero animado, de la estación de Shimbachi, comienza el viaje hacia el hotel, viaje eterno, viaje sin fin, en estos vehículos altos y estrechos tirados por un hombre que trota lo mismo que un caballo. ¡Ah, la tristeza de esos carritos! Mejor que en la China y en la India, la siento aquí, á causa, sin duda, de las calles llenas de lodo, á causa también de las distancias enormes.

Hace media hora por corremos que callejuelas sórdidas, y aun estamos lejos. Las carreras, en general, son de una hora, á veces de dos horas. Los cocheros de Europa pondrían mala cara ante la perspectiva de estas *courses*. Los kurumayas japoneses se contentan con sonreir, satisfechos en apariencia, en el fondo resignados, y echan á trotar por las interminables, por las increíbles vías de su ciudad. De vez en cuando se detienen un segundo para enjugarse el sudor del rostro, y en seguida la marcha continúa, monótona, y para quien no está acostumbrado á verla, más que monótona, angustiosa.



Yo me figuro que hemos recorrido espacios enormes, la mitad de Tokío por lo menos. En realidad, no hemos salido de un barrio, ó, mejor

dicho, de un « rincón »; y mi guía, que quiere hacerme ver otras calles, da orden á los « señores » kurumayas de que antes de llevarnos al hotel nos conduzcan hacia Shiba-Ku. Esto, según parece, es con objeto de aprovechar el buen tiempo. Y como yo temo una ironía, me explica que aquí hay que escoger entre el lodo y el polvo, y que el lodo es una bendición divina comparado con el polvo.

— Todas esas gentes que ve usted con quevedos — agrega mi buen *cicerone* — los llevan por el polvo, y no por falta de vista.

Ya había yo notado en Yokohama y en Kobe que apenas hay japonés sin lentes. Los soldados, los conductores de tranvía, los agentes de policía, los horteras, los trabajadores de las fábricas, todo el mundo los usa. Son objetos de necesidad nacional. Y así, es de contemplar la facha extraña de estas multitudes que pasan bajo los amplios paraguas de papel engomado, en equilibrio sobre sus altas sandalias de madera, con los kimonos arremangados hasta la cintura y los lentes puestos — los redondos, los enormes lentes éstos, que parecen copiados en las caricaturas alemanas. — Me acuerdo de haber visto, hace mucho tiempo, en una pantomina parisiense, á un doctor del Paraguay desnudo, pero con quevedos de oro, y aquella imagen me obsesiona desde hace días como un símbolo de esta gente.

Porque el traje, aun el traje nacional, es aquí

una excepción. En cuanto llegan á su casa, los japoneses se quitan el kimono lo mismo que nosotros no quitamos el abrigo. En el campo, niños y niñas van desnuditos hasta la edad de diez años. ¡Pero qué digo en el campo!

En Tokío, en Kobe, en Yokohama, en Osaka, en todas las grandes ciudades, es frecuente ver á las mujeres con el torso completamente desnudo, dando de mamar á sus hijos en las puertas de sus casas. En cuanto á los hombres que reman en los canales, de un extremo del imperio al otro, van lo mismo, es decir, sin más traje que un taparrabo, un simple taparrabo de salvaje.

Esto no debía de extrañarme, puesto que ya lo sabía.



Pero, ¿acaso no sabía también que las calles eran así como las veo, estrechas, tortuosas, sucias sin aceras y sin empedrado?... ¿Acaso no había leído antes de venir mil descripciones detalladas y escrupulosas?... Sí. Lo que ahora veo en la realidad, ya me era por los libros y las estampas familiar. Esos canales de aguas negras que cruzan la población en todo sentido y que en las horas de la marea se llenan de sampanes cargados de pescado seco, de arroz, de madera, de pieles; esas calles céntricas, en que todo el mundo vive fuera,

en que se cocina en medio del arroyo, en que los niños juegan entre el lodo, en que las gallinas escarban la tierra lo mismo que en el campo; esas casitas que son grandes cajones cubiertos de tejas negras, y en cada una de las cuales, indispensablemente, hay una tiendecilla de cualquier cosa, donde toda la familia vende y nadie compra; esos hombres sudosos que arrastran carretas cargadas de sacos enormes; esa falta de color, de brillo, de alegría general, en fin, ya lo conocía yo. Pero la realidad, esta vez, es más completa, más intensa que la visión.

Yo no me figuraba este barniz negro uniforme con que los japoneses pintan y adornan sus casas, y que da á las calles un aspecto de duelo. En las horas de sol los comerciantes ponen en sus puertas colgaduras negras con letras blancas, iguales á las que en nuestras ciudades anuncian un muerto. Es la moda. Y cuando uno viene de la China calumniada, cuyas calles son alegres cual una feria, en donde las banderas amarillas con sus dragones rojos, ondean ante cada ventanilla, en donde los niños gritan y los hombres cantan, todo esto se hace más sombrío, más sórdido, más siniestro de lo que en efecto es.

***

Llevamos un par de horas recorriendo las

calles, las mejores, las más animadas calles, y aun no hemos podido admirar algo. La lluvia ha cesado por completo. En el cielo, que va limpiándose poco á poco, delicadísimos tonos verdes, de un verde transparente de esmeralda, aparecen á medida que las nubes huyen. Una claridad casi blanca, algo que es como un claro de luna extraordinario, envuelve la ciudad en un velo que suaviza los contornos y embellece los objetos. Cada vez que pasamos ante algún jardín, vemos los árboles cubiertos de gotas de lluvia, que brillan como si estuvieran floridos de perlas. Los niños, medio desnudos, amontonándose en medio del arroyo, forman exquisitos grupos de bronce viviente. De vez en cuando una musmé pasa, rítmica y menuda, bajo la aureola blanca de su paraguas de papel.

Sólo las calles continúan siempre feas, de una fealdad miserable, feas de lodo, feas de pobreza, feas de humildad. Ninguna gracia las redime. Son sórdidas con resignación, casi con gusto. Los vecinos se sirven de ellas como de dependencias de sus casas. Lo que no cabe en la cocina ó en el patio, ó en el corral, se pone fuera. Las cajas viejas, las carretas rotas, los cestos de la basura, los trapos mojados, fuera, fuera. Los gallineros ylos *nichos* de los perros, fuera. Los yunques de los herreros, fuera. Las tinas de teñir, con sus piezas de género que chorrean gotas azules, fuera también, fuera. Y para colmo de males, el progreso,

que no se ha acordado de hacer aceras ni de poner alumbrado público, ha sabido, en cambio, aumentar el horror de lo que ya existía, con la novedad de sus hilos telegráficos y telefónicos. ¡Oh, esas redes infinitas! No podéis figuraros igual tela de arañas. Por las callejuelas más humildes, son centenares los alambres y centenares los postes que los sostienen.

La historia del « teléfono en cada habitación », aun en las de los mendigos, no es una leyenda. En donde no hay ni cama ni trajes, hay teléfono. En las esquinas, en todas las esquinas, se ven kioscos con un letrero que dice : « Teléfono público ». ¡Y así, lo europeo se reduce á algunos sombreros hongos y á muchos aparatos telefónicos!



En el hotel (uno de los tres únicos hoteles europeos de esta ciudad de dos millones de habitantes), mi *cicerone* me conduce al comedor, y, ¡oh sorpresa! lo encontramos vacío. Ni mesa, ni sillas. Sobre la alfombra, en uno de los extremos, las más ámplias, las más blancas esteras que ojos humanos han visto. Delante de la chimenea, una selva verdadera de árboles liliputienses. Encinos de una cuarta, con sus troncos rugosos; cipreses centenarios del tamaño de una muñeca; pinos

esbeltos que no le llegarían á la rodilla á un niño; toda la flora enana de este pueblo singular, en fin, está allí artísticamente reunida. Dos musmés entran y empiezan á disponer sobre las esteras una gran cantidad de almohadones de terciopelo negro, iguales á los que, en las iglesias protestantes, cubren los reclinatorios. Mi guía comprende entonces de lo que se trata.

— Sin duda, de una comida japonesa — me dice, — de alguna boda aristocrática ó de cualquier aniversario.

En efecto; los invernaderos del hotel, que conservan su aspecto y en donde, según parece, por lo general, no hay sino unos cuantos ingleses que bostezan, están ahora llenos de japonesas y japoneses, todos en traje nacional, todos suntuosamente ataviados. Y en este *decor* europeo de altas plantas tropicales, de mecedoras de bambú, de candelabros de bronce con centenares de luces eléctricas, experimento la sensación de no haber salido de París y de encontrarme en el *hall* del Continental ó del Ritz una noche de baile de máscaras. La música misma, que viene nadie sabe de dónde, contribuye á esta ilusión. Es una melopea lenta y monótona de voces de guitarras; una de esas melopeas que se oyen en todos los cafés concieorts cuando van á bailar, vestidas pe guechas, algunas muchachas de Montmartre.

Pero poco á poco mi visión cambia. No es una fiesta de trajes, no. Es un inmenso biombo anti-

guo que se ha animado, que vive, que sonríe. Todos esos seres parecen bordados en seda ó pintados á la acuarela. ¡Son tan correctos! ¡Son tan solemnes! Cada vez que dos personas se encuentran, salúdanse como en los pasos de lanceros, pero con mayor lentitud, con más gravedad. Ellas, sobre todo, musmés frágiles, tienen una manera deliciosa de inclinarse hasta tocar el suelo con las manos, y luego de volverse á inclinar, y en seguida de inclinarse de nuevo en series de reverencias interminables, y todo sin decir una palabra, sonriendo no sólo con sus labios carnosos, sino también con los ojillos negros y con las mejillas pálidas; sonriendo con todo el rostro, con todo el cuerpo y con todo el traje también. Porque aquí no hay un solo kimono obscuro como los que se ven en la calle. Las telas son alegres, claras, rientes, llenas de vuelos de pájaros ó de ramajes floridos, lo mismo que en las estampas, ¡Y qué decir de los peinados! Esta vez sí creo reconocer los diez y seis estilos de moñes, de *bandeaux*, de cenefas, de ondulaciones. Lo único que no veo, son los antiguos alfileres, que, al parecer, ya no se usan y que eran tan decorativos.

Lo que me sorprende es la diferencia enorme que existe entre estas musmés aristocráticas y las muchachas del pueblo que he encontrado por las calles. Ni siquiera de la misma raza parecen. Éstas son delgadas y esbeltas, con rostros alar-

gados, con ojos garzos, mientras las otras, las plebeyas, tienen caras achatadas, párpados oblicuos y cuerpos regordetes. Los historiadores creo que explican tal diversidad de tipos, asegurando que de los dos invasores que poblaron el Japón, hace tres mil años, los altaicos, venidos de los montes Urales, bellos y blancos, formaron la clase samurai, mientras los otros, malayos de Filipinas, enanos y amarillos, se mezclaron con los indígenas ainos y crearon el pueblo. Sin tan plausible explicación, el fenómeno sería incomprensible, pues no se trata, como en Europa, de afinamiento mayor de una casta, sino de diferencia verdadera en la estructura, en las facciones, en el color. Estas damiselas de los kimonos suntuosos, que ostentan en las mangas el blasón de sus familias bordado en campo blanco, son de un ámbar claro y translúcido sin mancha ninguna de sangre obscura, y apenas más morenas que las españolas de Andalucía. Las otras, en cambio, son de color de bronce, lo mismo que las indias de América.



EN LOS TEMPLOS DE NIKKO

la mayor maravilla del mundo

He entrado por la Puerta divina. Sin detenerme en las ciudades laboriosas, he venido hasta el corazón mismo del país, con objeto de oir, en la excelsa paz de estas tardes estivales, las voces milenarias de la selva, de las leyendas y de los torrentes. La casita en que me hospedo, está suspendida en el espacio, cual uno de aquellos nidos que en los cuadros de Hokusai se mantienen en equilibrio increíble en los muros carcomidos. Cuando corro mis ventanillas de papel, el perfume de los lirios penetra en la estancia, entre cantos de cigarra y murmullos de arboledas. Muy abajo, muy abajo, un torrente llena la hondonada de espuma celeste. ¡Pero, qué digo uno! Cada cien pasos se descubre un salto de agua. Aquí está el de Ziakko, que se despeña noblemente por una regia escalera de peñascos; más allá, el de Zikuan-no-taki, célebre en el mundo por su frialdad glacial : un poco más lejos, el Dai-ya-

gava, que es una de las ocho maravillas clásicas del Japón, y más adelante, el Sira-Ito, así llamado, porque parece una cabellera de plata que ondula. Los poetas han dejado en las piedras de esta comarca numerosos versos en honor de las cascadas. « Parece — dice una inscripción — que fueran vacíos azules entre dos rocas, de tal modo son claras ». « Cuando me refresco las sienes en estas aguas — dice otro — todas mis penas se desvanecen ». Y una tercera : « Diríase el cinturón blanco de mi amada, cuando cae á sus pies á la hora de desnudarse ». Estas inscripciones anunciarían, desde luego, que estamos en un lugar de poéticas tradiciones, si fuera aquí necesario algo más que el nombre de la montaña misma para tal objeto. Los japoneses juran que quien no ha visto Nikko no sabe lo que es la belleza. Aun los que, como Kipling y Loti vinieron con ánimo hostil, tuvieron que confesar que se hallaban en el más bello santuario artístico de la tierra. El famoso Dresser escribe : « Son maravillas de color comparables á la Alhambra, pero mil veces superiores ». Y esto mismo, que suena á herejía, no es sino la más estricta verdad.



Nikko, lo mismo que todos los santos sitios del Japón, tiene orígenes milagrosos.

Su fundador, Siono-sionin, hijo de Takafusi-no-suké, nació en la provincia de Simodzuke, el vigésimo día del cuarto mes del año séptimo de Tem-pei. Desde su más tierna infancia mostróse tan piadoso, que sus compañeros le llamaron « insecto de iglesia ». Á la edad de siete años, un ángel se le apareció cuando se encontraba en un templo, y le dijo : « Yo soy Sei-siu-mei-sei-ten-siu. En nombre de los dioses te concedo el don de la sabiduría ». Muy modesto, el niño sabio guardó en secreto su ciencia infusa. Á los veinte años, escapóse de su casa para ir á meditar en una caverna de Idzurú. Allí pasó tres años. Luego, en otra gruta, pasó otros tres años, solitariamente. El primer año de Tem-pei-zin-go, que corresponde á 767 de nuestro calendario, sintió la necesidad de ir hasta la montaña. Una voz misteriosa ordenábale que marchase. Marchó día y noche, sin descanso, hasta que al fin llegó al borde de este Inari azul que forma tan gran número de cascadas. Las aguas estaban muy altas y por ninguna parte se distinguía la menor señal de vado. El santo peregrino se arrodilló y permaneció así cerca de una semana. Cuando sus fuerzas comenzaban á flaquear, un ángel « igual á un Demonio », apareció del otro lado del río y mostrándole dos enormes serpientes rojas, le habló de esta manera : « Yo soy Sinsia-daio. Cuando Guen-so y San-so fueron de China al país de los indios, pudieron, gracias á sus oraciones, atravesar el

desierto. Quiero que tus oraciones sean igualmente recompensadas. ¡Pasa! » Al pronunciar esta última palabra, las dos serpientes se lanzaron, hasta formar un puente, por el cual pasó Sio-dio-sio-nin, para ir á fundar el templo de Nikko.

El « cicerone » erudito que me habla de estos orígenes, temeroso sin duda de que no dé fe á sus palabras, me cita en su apoyo un libro sagrado que se titula *Bo-so-konritsuki*. « Los doctores chinos — agrega — han estudiado la vida milagrosa de Sio-dio-sio-nin y están seguros de que fué un gran santo en el cual es necesario creer. Si usted quiere, cuando volvamos al hotel le traduciré un capítulo de las crónicas de Li-Ko-Mé, para que se convenza ».

No hay necesidad de libros del Celeste imperio para comprender el divino origen de todo esto. He allí, justamente, una torre que aparece entre las criptomerías gigantescas y que proclama, con su belleza, la verdad de los milagros. Porque es un milagro de arte, un milagro de santuosidad, la arquitectura de Nikko. El ensueño mismo no llega á tanto esplendor. Es una realidad que hace palidecer á la imaginación. Es algo más rico, más delicado y más enorme, que lo que hemos visto en los cuentos de hadas. Los alcázares de las « Mil y una noches » palidecen ante estas construcciones. Leed los libros de los viajeros y encontraréis en todos, desde Dresser hasta Loti y

desde Lowel hasta Kipling, la misma impotencia para describir tanta maravilla. « Es imposible— dicen, — es imposible ».



Por alamedas de criptomerías gigantescas, llegamos al lugar en donde se encuentran reunidos, en un espacio relativamente pequeño, los tres grandes templos. Desde lejos una pagoda aparece, entre los árboles, con sus cinco techos superpuestos, pintados de azul, y sus muros rojos llenos de filigranas. Este solo monumento bastaría para ilustrar un pueblo. Aquí apenas tiene la importancia de un campanario. Á sus pies aparece un friso de monos representando las virtudes. Los hay que se tapan la boca, los ojos y las orejas, para simbolizar la discreción; los hay que se inmovilizan en actitudes beatas, para indicar la fe; los hay que se ayudan á subir por rocas escarpadas, para patentizar la caridad; y todos esos cuerpos peludos y todas esas caras grotescas tienen una fuerza expresiva tan intensa, que luego quedan grabados para siempre los gestos simiescos en la memoria. Los proverbios japoneses se inspiran á través de los siglos en las posturas de estos monos. Algunos pasos más lejos, un muro que rodea uno de los santuarios, ostenta

la más sorprendente decoración escultural de pájaros y de flores que se mezclan, que se combinan, que forman grupos caprichosos en los cuales las alas atornasoladas de los faisanes y las colas irisadas de los pavos reales, hacen resaltar las violencias de tonos de las rosas y de las peonias. Cada flor, cada ave, cada insecto, es una joya artística. Los más ilustres escultores trabajaron años y años en tallar así esta madera que en seguida pintores famosos coloraron con paciente realismo.

También los dioses que guardan las puertas en cada templo son obras de un mérito muy grande, que requirieron lustros enteros de trabajo. Éste que escala una roca, es Daikoku, el señor de las riquezas. Su cabellera está formada de cuernos entrelazados y en su risa hay algo de feroz. Sus manos de presa, sostienen un saco repleto. El pañuelo que rodea su cuello, es un tejido de oro y de pedrerías. En otro nicho, dentro de una jaula de laca, un demonio gesticula y baila, y abre los ojos tan grandes, que se le ven hasta los nervios interiores. Á un lado, formando uno de esos contrastes peculiares en el arte japonés, Benter, dios de la Belleza, sonríe con su sonrisa que cura todos los males. ¿Y éste que se yergue airado blandiendo una maza de oro, quién es? Sin duda Bishamon, patrón, de los samurayes. En cuanto á este otro que tiene una expresión de perpetua alegría y cuya carcajada es tan franca, segura-

mente es el buen Hotel, protector de los que beben y de los que cantan, divinidad rabelesiana que parece un Buda borracho.



Penetremos en un templo cualquiera — en uno de los dos grandes, en el Iyemitsu ó en el Iyeyasu. — El de Iyemitsu tiene una puerta de oro labrado, que rutila como un cáliz, y su techo azul celeste, con remates áureos, es como una inmensa piedra de jade. En el de Iyeyasu las puertas son como encajes de colores y están procedidas por una columnata de marfil. Los cinco escalones que hay que subir para llegar al umbral, son de bronce esculpido. En cuanto á los muros interiores, á los artesonados, á los adornos, ambos son igualmente admirables. Más que dos templos diferentes, son dos ejemplares del mismo santuario. Los colores, los motivos, las proporciones, todo se repite de uno á otro. « Es verdad — dice Loti — entre los palacios de esos dioses no se sabe cuál es el más bello, y lo extraño es que un solo pueblo haya podido fabricar los dos gemelos. »

Al penetrar en el recinto sagrado, una impresión de sobrenatural se apodera del alma. La suntuosidad en la delicadeza es alucinadora. Y

como los templos japoneses no son inmensos cual las catedrales cristianas, ni están hechos para multitudes sino para aristocracias reducidas, la vista abarca desde luego los detalles. Por todas partes oros, lacas, marfiles, jades, bronces, sedas, filigranas. Las maderas preciosas que forman la arquitectura propiamente dicha, están labradas aun en sus más ocultas superficies. Los dragones tutelares se estiran en los frisos, suben por los pilares, se arrastran por las partes inferiores de las paredes formando misteriosos grupos; parecen con sus ojos de fuego los guardianes de tantos tesoros, los pastores de tantos rebaños. Porque es inaudito el número de animales sin nombre que se amontonan en estos templos. Los leones alados, con colas de peces y melenas interminables, cuelgan de los arquitrabes. Los pavos reales arrastran sus plumajes, que toman proporciones fabulosas y que se tiñen de oros y de púrpuras. Los ibis llegan con sus picos hasta el techo y á sus pies los perros con cabezas de cocodrilos abren sus fauces hambrientas. Seres espantosos, mitad toros, mitad ratas, sostienen con brazos humanos las cajas de las reliquias. En los capiteles, legiones de serpientes multicéfalas, de cuerpos triangulares, se enroscan y bajan formando columnatas salomónicas. Luego, casi tan numerosas y tan variadas como los dragones, las quimeras, las blancas quimeras de alas de fénix que anidan en los cabezales de las puertas, que

ocupan los espacios vacíos entre los *paneaux*, que se esconden entre las flores y entre las ramas. Los japoneses que tan horribles muecas dan á los animales, saben prestar á las plantas seducciones desconocidas en el resto del mundo. Desde luego se adivina que para ellos las corolas y los tallos tienen algo de divino. « La tierra — dice un himno chintoista que los sacerdotes de Nikko cantan en las ceremonias del culto,—la tierra es la madre de quien todas las criaturas han recibido la vida. » Por eso todos, todos la adoran. Grandes árboles y menudas hierbas, piedras, arenas que hollamos, aguas, tempestades, brisas, ruido de torrentes, canto de aves, perfumes de flores, no son sino estrofas en honor de la tierra. Entre los altares populares, hay uno consagrado á cierto personaje de la antigua leyenda que le salvó la vida á un sauce florido. Las flores son santas. Tienen vida, tienen amores, tienen caprichos, tienen deseos. Á veces, por no dejarse separar del tallo en que nacieron, se deshojan y mueren. Otras veces al ver pasar á una mariposa bonita, se inclinan hacia ella, tratan de acariciarla, se estremecen de placer. Los escultores las han representado en los santuarios de Nikko con todas sus caprichosas metamorfosis con todos sus esplendores divinos. Hay un plafón de crisantemos divinos, de hortensias, de lotos y de lirios, que hacen la más deliciosa sinfonía de tonos pálidos que puede soñarse, de rosa desfa-

lleciente, de azul celeste y de oro verde. En el centro, una corola inmensa se transforma en mujer. Pero aun rápidamente, sería imposible describir todos los plafones. Los hay de vigas doradas y esculpidas que hacen juegos de sombras enigmáticas en el fondo blanco; los hay de fénix pintados entre ramas floridas; los hay de hidras verdes que se retuercen sobre escudos de oro; los hay de medallones minúsculos cincelados y esmaltados como joyeles de precio. ¡Y qué decir de los muros de laca! Uno sólo, el que en el santuario de Iyemitsu rodea el altar, es tan maravilloso, tan rico, tan perfecto, que aun la imaginación más ardiente se lo pintaría menos bello de lo que es en realidad. Figuraos un biombo esculpido por grandes artistas, cubierto de cobres que fueran encajes de metal, un biombo de diez metros de alto y de cincuenta ó sesenta de extensión; figuráoslo rutilante de oro, brillante de laca, frisado de colores, y tendréis una idea de lo que es, pero una idea vaga y débil.

Sí; la palabra humana no puede nunca traducir esas maravillas de arte, de gracia, de luz, de armonía, de suntuosidad. Decir, por ejemplo, que las más espléndidas arquitecturas europeas son miserables si se comparan con éstas, no parece sino una frase. En realidad es algo más, puesto que es una sensación. ¡Pero qué diferencia entre la intensidad con que se experimenta y la palidez con que se expresa! Las únicas pala-

bras que convienen para este caso, son aquellas de Rudyard Kipling que rezan : « Esto ha sido hecho como hubiese podido hacerlo un dios ». Es todo lo que puede decirse. Y en cuanto á los techos de oro, á los muros de laca, á las torres de marfil, á las linternas de bronce, á todo lo que cautiva con sus colores y sus líneas, con su riqueza y su gracia, lo mejor es repetir, como los seres sencillos que se detienen absortos á contemplarlos, la palabra « divino, divino, divino », sin tratar de explicar, ni de pintar, ni de sugerir.



LOS JARDINES

El amor de la naturaleza es como una religión nacional de este pueblo. Desde muy temprano, los niños aprenden á amar á las plantas, á las piedras, á los insectos. Y notad que digo amar empleando la palabra en su más castizo sentido. Es amor, en efecto, amor y no simpatía, amor y no afición, amor verdadero, tierno y voluptuoso, el que los nipones sienten por sus hermanos los vegetales. Nutridos con la savia espiritual de las leyendas búdicas, saben que las ramas tienen melancolías, que las hierbas sufren ó gozan, que las hojas, al murmurar, dicen sus íntimos pensamientos y que en los troncos rugosos se esconde un alma que llora cuando el hacha la hiere. Todo esto constituye para la educación de la sensibilidad infantil una lección admirable. En sus jardines, lejos del ruido de la calle, los chiquillos viven en verdadera comunión con los seres vegetales que son sus primeros amigos. Luego, al llegar á la edad en que el carácter toma

una forma definitiva, sus padres los llevan á contemplar los paisajes célebres, lo mismo que en Europa se lleva á los adolescentes á visitar los museos. Un punto de vista bello, es un lugar de romerías. Apenas sale uno de Tokío, empieza á notarlo. Ante cada rinconcillo florido, ante cada curva armoniosa del río, ante cada colina de líneas puras, álzanse los miradores rústicos de una casa de te. Y como esos miradores, ó más bien dicho pabellones, están siempre llenos de gente silenciosa que parece extasiarse en una contemplación mística, uno no puede menos de preguntar :

— ¿Qué hace allí esa multitud absorta?... ¿Es acaso éste un lugar de peregrinaciones religiosas? ¿Hay aquí algún Buda milagroso?

— Ningún Buda — contesta el guía.

— ¿Alguna fuente de esas que calman dolores?

— Tampoco.

— Algo debe sin embargo suceder, puesto que esa multitud se reune así, en medio de un camino desierto en una casa de te, á una hora determinada.

— Nada de especial — termina el guía. — Todos los días de todo el año pasa lo mismo. Esa multitud que á usted le parece en éxtasis y que sólo está en contemplación estética, ha venido de cien pueblos distintos á admirar el paisaje.

Y en efecto ir á ver una llanura cubierta de flores ó un lago en cuya superficie nadan los lotos

sagrados; subir á una montaña azul ó contemplar una puesta de sol tras un bosque de criptomerias; extasiarse ante un riachuelo que canta entre las peñas, ó ver un torrente plateado bañando el césped de un jardín; pasearse bajo ramas floridas ó inmovilizarse bajo un árbol solitario, acudir, en una palabra, á cualquier sitio famoso por su hermosura natural con la voluptuosidad con que se acude á una cita de amor, constituye para los japoneses el mayor de los placeres. Los más humildes como los más ricos, organizan *partidas de contemplación* lo mismo que nosotros organizamos partidas galantes. ¡Pero qué digo! En la propia corte ¿cuáles os figuráis que son los dos más grandes, los dos más imperiales días de fiesta? ¿El santo de su majestad la emperatriz que se llama Primavera, y el de su majestad el emperador, descendiente de Ama Terasu Kami, diosa del sol? No. ¿El aniversario de la jornada gloriosa en que el último según Tokuwawa fué derrotado por los leales samurayes de Kioto restauradores del poder verdadero del soberano? Tampoco. Las dos mayores festividades palaciegas están consagradas, en este imperio extraño, donde todo parece que lo reglamentan las hadas, á la religión de las flores en que los príncipes y los samurayes han visto el símbolo de sus virtudes. En efecto, la primera fiesta, que se verifica en abril, es la de los cerezos floridos. La segunda, en octubre, la de los crisantemos. Los

magnates, los príncipes de la iglesia, los representantes de los reyes extranjeros, todos los que forman la alta sociedad de Tokío, acuden á la invitación de su majestad, para contemplar como simples poetas, las flores nacionales en el parque imperial. — ¡ Nada más !... Pero los japoneses, con justicia, exclaman :

— ¿Y qué más?...



Sólo el pueblo tiene más.

Después del florecimiento inverosímil de estos cerezos cuyas ramas se cubren de nieve sonrosada, tiene, en mayo, los racimos de wistarias tan frágiles en su purpúrea suntuosidad decorativa. Tiene, luego, las magníficas alfombras de peonias que, con sus ricos colores, con sus luminosas carnaciones, ocultan la hierba de los campos. Tiene, cuando el verano principia, los iris de mil matices, los esbeltos iris que crecen, en los jardines lo mismo que en las montañas, con aristocrática elegancia. Tiene, en el mes de los grandes calores, el loto místico, la flor de Buda, que se baña orgullosamente en los estanques de los parques y que convierte en senderos floridos los fosos de los castillos feudales. Tiene, después de los crisantemos, las flores del ciruelo cuya blancura rivaliza con la

nieve. Tiene, en fin, la eclosión suntuosa de las camelias en pleno invierno.

— Pero — diréis, — ¿acaso en todas partes no pasa, más ó menos, lo mismo?

Sí : en todas partes hay flores para cada estación. Mas no como aquí, no con esta belleza extraordinaria que metamorfosea de un simple cerezo florido en el más armonioso, en el más delicado espectáculo. No con esta abundancia que cubre las inmediaciones de Tokío de iris durante un mes entero y que hace, en los parques, verdaderos bosques de las plantaciones de camelias. ¡Qué digo! Los árboles mismos son aquí mucho más bellos que en Europa, y sus hojas, cuando reverdecen con tonos tiernos en primavera ó cuando, en otoño, se tiñen de matices rubios, constituyen fiestas verdaderas para quien las contempla. Entre las romerías populares, una de las que rivaliza con la de los cerezos floridos, es la de los arces en el momento en que sus hojas toman un color y un lustre metálicos.

***

He dicho romerías porque el pueblo no se contenta, como los magnates que forman la sociedad imperial, con reunirse un día fijo en un parque determinado para contemplar las más simbóli-

cas, las más nobles flores en su más grande esplendor, sino que organiza ardientes peregrinaciones con objeto de honrar de una manera religiosa á todas las bellas plantas, por humildes que parezcan y por poco emblemáticas de grandeza que sean. En el mismo Yosiwara, donde las mujeres galantes viven encerradas en claustros de amor, se forman, para celebrar los tres mayores florecimientos del año, cortejos dignos de épocas más suntuosas. « Cuando las nuevas flores aparecen — dice Normán — las cortesanas las hacen regias visitas. » La palabra regias, está bien empleada. Con sus trajes recamados de oro y sus cabelleras erizadas de alfileres áureos; con sus lentos pasos y sus hieráticos movimientos; con la majestad de sus ojos fijos y la gracia austera de sus labios herméticos; con la magnificencia del séquito que las sigue y el recogimiento de la multitud que las contempla, las pobres vendedoras de sonrisas parecen, esos días, princesas de leyendas en un místico desfile.

***

La cortesana Komurasaki, en una de sus cartas de amor al ronin Gupachi, dice: « Contemplo estas flores que me habéis enviado, cual si contemplara vuestro rostro. La religión nos enseña que un

dios vive en cada corola. Ante los dioses de este ramillete, os juro un amor eterno.»



Buscando las bases históricas del ardiente patriotismo japonés, algunos filósofos se preguntan cómo un pueblo que ha aceptado con facilidad extraordinaria la influencia china antaño y ogaño la europea, puede adorar con tal fanatismo su suelo natal. La verdad es que el patriotismo de los nipones es puramente poético y social. Tienen orgullo en ser descendientes de los fieros samurayes de las grandes épocas; están satisfechos de pertenecer á una raza que jamás se ha mezclado con hordas conquistadoras; y más que todo eso, sienten un amor exclusivo por sus campos, por sus montañas, por sus mares, por sus ríos. Las ideas extranjeras, las creencias extranjeras, los métodos extranjeros, pueden aceptarlos sin creer que al obrar así renuncien á la integridad de su carácter nacional. En lo que no consienten, es pensar que los extranjeros logren un día adueñarse de la más mínima parte de sus tierras sagradas. « Las tierras japonesas — dice la constitución — no pueden pertenecer sino á los japoneses.» Y esto no obedece á un ideal de propiedad material, sino al amor poético del

suelo tan bello y tan santo del Yamato. No hay más que leer los antiguos libros, para notar esta adoración. En cuanto hablan de sus campos, los japoneses lloran de entusiasmo. Una obra de Tchikafusa, termina de esta manera :

« El Yamato es una región divina, donde todo está hecho por los dioses. »

Otra obra que se titula *El traje de Plumas*, dice :

« Se habla de los goces celestiales. El cielo no conoce el goce, puesto que no posee la belleza de estas tierras. ¡ Oh ! tierra del Mío, tierra divina en donde el mundo y el cielo se unen y se confunden ! ¡ Mío ! me pareces aún más bella en primavera, cuando el viento canta entre los árboles de tus selvas ! »

Un poema, que Berard ha traducido, dice :

« Nuestros árboles, nuestras hierbas, nuestras piedras, nuestra arena, todo ha recibido un alma divina. El murmullo de la brisa entre las plantas y las manchas de los insectos de las hierbas, son admirables espectáculos. »

La más antigua, en fin, y la más popular poesía japonesa, comienza diciendo :

¡ Oh, tierra del Yamato !
¡ Bello Akitsucima incomparable !
¡ Cuán querido eres para mí !

Y esto que los poetas épicos cantan, esto que el pueblo adora, esto que la religión diviniza, no es

la tierra que produce y nutre, la vulgar, la ubérrima landa arrocera, sino el florido suelo deliciosamente inútil para la vida material pero indispensable á la existencia sensitiva del pueblo entero. En los paisajes más bellos, es en donde los samurayes vinculan su patriotismo. Los soldaditos que durante la última guerra escribían á sus familias, no se mostraban emocionados de un modo profundo, sino cuando evocaban el recuerdo de sus jardines natales.

Las flores caídas aquí,
¡ Oh ! brisa extranjera
Se lleva mi corazón
Á otras flores,
Á las flores de mi jardín.

Esto dice uno.

Y otro :

Ha caído,
La flor de la parra
De mi jardín.
¡ Ah ! Cuán diferente de ayer
El hoy sin flores y sin parras !

***

Pero no hay necesidad de recurrir á los poemas épicos, ni á los suspiros nostálgicos de los que guerrean por la patria. Aun en la milenaria tran-

quilidad de la existencia corriente, los poetas han sido más elocuentes al hablar de las flores que de las mujeres. Para convencernos de ello nos bastará con hojear las antologías clásicas en que los gobiernos reunen los poemas más populares.

En la primera página leemos :

Estoy celoso del viento
Que acaricia
Allá arriba
Allá do llegar no puedo,
Las flores del cerezo.

Así habla Tsurayuki.

Uno de sus rivales, Hikomaro, dice :

¡ Oh, corola de loto !
Nada es tan bello como tú,
Y comprendo que una gota de rocío
Conviértase al brillar sobre tí,
En el rubí más lindo.

Y no digáis á estos poetas que la belleza de las flores no dura sino un día, porque os responderán, citando al patriarca Sorei :

La flor del tsakura
No es tan frágil,
Aunque lo es mucho
En su admirable gracia,
Como los sentimientos del hombre !

Los amantes, comprenden que las flores son tan necesarias como las caricias para el placer. Una poetisa exclama :

Kerria, no florezcas,
No te muestres inútilmente bella,
Mi amigo que te ama tanto,
Mi amigo que es el tuyo,
No vendrá esta noche.

Otra amorosa, más triste aún, dice :

No, no me consuela el canto
Del ruiseñor que me habla
Entre las sombras del jardín.
¡ Ah ! si viera yo los crisantemos,
¡ Tal vez me consolaría !

Y ninguno quizás tan enternecedor como éste que, para no llorar, sonríe en la estrofa siguiente :

Admito que te soy odioso,
Está bien; lo admito.
Pero realmente, ¿por qué
No has de venir á ver
Las flores de mi jardincillo?

Los que no sufren, los que no aman, sienten lo mismo la necesidad de contemplar las flores. Un poeta escribe :

¡ Oh ! tú, nieve de primavera
Cae suavemente,

Para no deshojar
Las flores de las ramas,
Antes de que yo las vea.

Y el célebre Hakahito :

Por la landa primaveral,
Para buscar violetas,
Me aventuré,
El encanto de las flores es tal,
Que me sorprendió la noche !

Para terminar, he aquí una estrofa del príncipe Ake :

¡ Oh ! si las olas blancas,
En el mar de Isé,
Fuesen flores
Yo me precipitaría
Para cogerlas !

Podría alguien decir que no sólo en japonés los poetas han cantado las flores. Es cierto. Pero lo que sólo en el Japón han hecho los poetas, es cantarlas con esa ternura, con ese entusiasmo y con esa frecuencia. La fraternidad de que os hablé al principio, llega, en muchos casos, á trocarse en voluptuosidad. Las plantas no sólo son hermanas. Á veces también son esposas, como en la leyenda célebre del sauce búdico que un noble salvó del hacha de un leñador y que, por la

noche, para recompensarlo, acudió á su lecho, convertido en ninfa, para acariciarlo.



En realidad, los japoneses viven entre los árboles. Sus casas no son sino cajas de madera sin muros. Un tabique de papel separa las habitaciones del patio interior. En el día, ese tabique se corre y la casa entera se convierte en un mirador completamente abierto. Así, desde que se levantan hasta que se acuestan, hombres mujeres y niños tienen ante la vista el panorama delicioso de un paisaje célebre. Porque lo que yo llamo patio interior es, en realidad, un jardín á la moda del país, una reproducción en diminutas proporciones de algún rinconcillo de la montaña ó de algún parque famoso.

Para los que venimos de Occidente, la primera impresión es de extrañeza. Tanto arte, tanta minuciosidad, nos desconcierta. La imagen ridícula y deliciosa de los jardines de navidad acude á nuestra memoria. Mas en cuanto comenzamos á comprender, en cuanto vemos que en esa pequeñez aparente hay una real grandeza evocadora, la admiración reemplaza á la extrañeza. Con una maestría que iguala á la de los escultores de figulinas de marfil, el jardinero poeta ha colo-

cado, ante una peña musgosa que simula un fondo de montaña, los mismos árboles, las mismas cascadas, los mismos precipicios que existen en el paisaje modelo. Para eso sirven esos pinos y aquellos robles centenarios que apenas tienen cincuenta centímetros de alto y que tanto entusiasmaban á Edmundo de Goncourt, cuando, en 1889, el jardinero Hato Wasuké los dió á conocer á los europeos en el pabellón japonés de la Exposición universal de París. « Era — dice Montesquiou — como una floresta bebé de centenarios arbustos que se estiraban en serpentinas ramificaciones, que se redondeaban en armónicas amplitudes y que daban una sombra tan verídica que se hacía necesario arrancarse á los ensueños bíblicos para convencerse de que era una selva de Liliput, un Líbano en miniatura. » Sí; estos arbolillos tan raros en Occidente y tan comunes, tan populares en el Japón, sirven para dar, en un espacio reducidísimo, sensaciones de grandeza natural. Y para eso sirven también las piedras de formas singulares que vemos en las tiendas de los horticultores. Para eso, en fin, la canalización complicada que hace subir el agua desde el río. Y la perfección del conjunto es tal, que un erudito cualquiera puede, después de una rápida ojeada, decir en dónde se encuentra el original del jardincillo.



En sus grandes jardines nacionales, los japoneses no se contentan siempre con reproducir paisajes célebres. Muy á menudo los árboles, las flores, las piedras y las aguas, constituyen, en su sabia ordenanza, símbolos poéticos ó evocaciones religiosas. Los hijos de los samurayes escuchan, entre las verduras, la voz legendaria de su raza. En donde nosotros sólo vemos frescura, gracia, color, las almas creyentes encuentran recuerdos de santos episodios. Un islote artificial en que admiramos los esbeltos iris, es para quien sabe las intimidades tradicionales del país, la cuna de un dios ó de un héroe, y en un estanque poblado de lotos, suele verse reflejado un rostro glorioso de emperatriz. El jardín del Arsenal, en Tokío, que tiene por fondo una verde playa del mar interior, es una lección de heroísmo para los iniciados. Las sombras de dos guerreros que después de la derrota de sus jefes se dejaron morir de hambre por no comer el arroz que crecía en las tierras ocupadas por sus enemigos, vagan por boscajes llenos de frutos espléndidos. Otro jardín célebre, es aquel de que habla Chamberlain como de una enseñanza del poder de la palabra santa. Más que un jardín, parece un campo de altas piedras que un viento formidable hubiera inclinado hacia el mismo lado. Sus árboles son raros. Pero en esa misma sequedad está su encanto espiritual. La leyenda que lo inspiró, dice que cierta tarde un sacerdote de Buda, lleno

de tristeza ante el espectáculo de la indiferencia de las piedras, detúvose en un campo pedregoso y dirigiéndose al suelo explicó la doctrina santa con tal emoción, con tal ardor, que poco á poco los más grandes pedruscos fueron inclinándose hacia él para oirlo mejor.



¿Será este el origen del gran entusiasmo que los jardineros japoneses tienen por las piedras como elementos decorativos?

Todos los occidentales nos hacemos esta pregunta al ver que un pedazo cualquiera de granito cubierto de musgo, tiene en los parques tanta importancia como la más bella azalea florida ó el más lindo loto abierto. Pero es probable que lejos de venir el entusiasmo de la leyenda, la leyenda venga del entusiasmo. Á cada paso se encuentra, entre los árboles que rodean los templos, alguna piedra con historia. Aquí es un menhir de forma extraordinaria que tiene las virtudes de un Buda; allá una pizarra que cura los males ocultos; más lejos un basalto que hace milagros. Yo he visto muchos de estos fenómenos. Ante ninguno de ellos me he inclinado con fe. Mas en cambio he querido dirigir una sonrisa á la piedra célebre que, habiendo un

día recibido una patada del emperador O-Djin se escapó llorando. Por desgracia mi deseo ha sido vano. Y para consolarme, he admirado en los jardines, entre lagos diminutos hechos con una tina, y ríos traídos por cañerías del Sumida-gawa, las colinas de un metro de alto que, aun sin historia, tienen formas exquisitas.



El filósofo que más hondamente ha sondeado el alma japonesa, Percival Lowel, dice en su estudio sobre el sentido artístico del Extremo Oriente, que entre todos los pueblos de la tierra el más impersonal ó mejor aún, el menos subjetivo, es el nipón. « Las bases del arte extremo oriental — agrega — son tres : la naturaleza, la religión y el humor. Esta trinidad, aunque extraña á primera vista, es muy homogénea. La naturaleza representa la impersonalidad concreta y la religión la impersonalidad abstracta. En cuanto al humor, es el que sirve para poner en ridículo á la personalidad en general. » En efecto, para los pueblos amarillos, para el pueblo japonés sobre todo, el hombre merece, en el mundo poético, mucho menos espacio que una flor ó un claro de luna. Su inspiración no se ocuparía en encontrar imágenes de pasiones ó de

sentimientos humanos. Su propia alma es un campo de exploraciones enteramente inculto. «¿Qué soy yo — parece decirse — qué es mi ser interno, comparado con las montañas inmensas ó con el mar infinito?. » Y así, en su modestia instintiva, apenas si se atreve, de vez en cuando, á colocar siluetas de su propia especie en las faldas de las colinas ó en las riberas de los arroyos. La naturaleza sola, sin idílicas parejas que la animen, basta á su gusto. La mujer misma, la mujer, símbolo del placer, encarnación del amor, ocupa mucho menos espacio en la poesía japonesa, como ya lo hemos visto en las citas anteriores, que los cerezos floridos ó los montes nevados.

FIN

ÍNDICE

EL JAPÓN

CHARTRES. — TIP. GARNIER. — 196.10.12.


BIBLIOTECA
NACIONAL
BN

1002098836
